AURORA VENTURINI

El marido de mi madrastra

LITERATURA MONDADORI

Venturini, Aurora
El marido de mi madrastra. - 1ª ed. - Buenos Aires : Mondadori, 2012
240 p. ; 23x14 cm. (Literatura Mondadori)

ISBN 978-987-658-141-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.

www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-658-141-7

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en Cosmos Print,
E. Fernandez 155, Avellaneda, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 2012.

El marido de mi madrastra

Carbúncula

Carbúncula Tartaruga sale al anochecer apoyada en sus gruesos bastones de madera durísima, acaso sea roble. De otra manera, esos soportes se hubieran doblado y hasta se hubieran quebrado, tal la enormidad seudohumana de la usuaria, porque Carbúncula es inmensa. Carbúncula es torpe en su caminar lentísimo. Tan lento...

Avanza con tal lentitud que se dijera se desliza como los caracoles y las babosas. Deja tras de ella un lampo blanquecino y fofo.

Viene con su resbaloso modo susurrando algo ininteligible. Asegura que reza. No aclara a quién dirige su oración. Carbúncula nunca aclara nada a nadie; es sombra redonda, robusta, olorosa, inquietante de sí misma. Resulta horrenda, pero se acepta, ella lo hace con aparente goce y satisfacción.

"Porque yo...", comienza sus cháchatas feas.

Digo feas porque son en contra de alguien. Ella, según ella, es perfecta y no habrá juez que se atreva a juzgarla, "porque yo..."; y ahí se saldan la teoría, la tesis y la conclusión.

Lleva grabadores en todos los bolsillos de sus chaquetas y en su casa los hay hasta en los árboles del parque.

"Porque yo sé de vos más que vos misma", repite al oído temeroso de aquellas mujeres a las que ella supone amigas.

Alguna, remisa, intentó zafarla: "Pero yo le hice escuchar una grabación". Siempre procede de tal suerte.

Se viste con la ropa de hombre que heredó de su papá, un ser tan raro como ella. Aseguran que Carbúncula mató a su mamá.

En mis momentos de gran melancolía, pienso que tuvo una buena razón para aniquilar a su vieja: el hecho de traerla al mundo.

Vive sola en la mansión de habitaciones barrocas, muebles barrocos, cuadros y estatuas.

Tiene la casa un altillo al cual se sube por una escalerilla caracol de hierro ya muy herrumbrado. Suele alquilarlo, pero los inquilinos duran poco.

En su cocina mugrienta, cocina potajes y sopas. A veces compra las vituallas y entonces se sirve a sí misma en el comedor barroco, tan, que en cada uno

de los motivos florales o rostros hay tierra apelmazada por añares. Cuando la mugre invade, ella acude a una sirvienta a la que le paga unos pesos por hora. En mis momentos de gran melancolía, me he interrogado a mí misma acerca de por qué las sirvientas que lo fueron de Carbúncula jamás han contado aquello que les borró las ganas de ofrecerse para trabajar afuera o con cama adentro.

Y yo inquirí a más de una.

Y más de una exclamó: "No me haga hablar, por favor".

Ninguna quiso contar.

Las paredes de la mansión Tartaruga están tapizadas de libros. Posee infinidad de libros, uno al lado del otro, inmóviles, con esa inmovilidad confesa de los objetos que aseguran que no han sido tocados nunca. Se ve que no lee.

Mira los cuadros con las caras y el cuerpo hasta la cintura, al óleo, de sus antepasados, y resuella. Ella supone suspirar, pero no.

Las piezas, seguiditas, forman como una vía de ferrocarril interminable. No es posible contarlas. En la mansión, la monstruosidad elude cualquier logística.

Hay un baño; en él hay una bañera no instalada.

Adentro de la bañera hay trastos inservibles: ropa, palanganas y escupideras desfondadas, zapatos antiquísimos, sombreros, etcétera.

Junto al inodoro, un balde.

En el pequeño mueble de toilettes, botellas y botellitas semivacías, cisnes, talqueras, rouge rojísimo, peines, peinetas, cajas y cajitas. Un baratillo cojo y enloquecido.

Diseminados por los pisos se ven comederos con yuyos, con agua, o vacíos y volcados.

Andando por los numerosos pasillos y corredores uno encuentra percheros con capas tejidas, bufandas, chales y chalinas; collares de perlas, de vidrio, de madera, de metal y de otros materiales que parecen extraplanetarios. Penden desde los techos abovedados arañas de caireles y de bronce.

En la mansión Tartaruga, aunque sobran luces eléctricas, una oscuridad sofocante resulta invencible.

Algunos pasillos denotan no haber sido transitados por siglos.

La vitrina de los frascos de perfume lleva al transeúnte a exóticos interiores africanos y parisinos, a un mismo tiempo. Pachulí y Coty se confunden en ardiente abrazo.

La puerta principal, de madera tosca, agrede a quien intente oscilar la campanilla. Esa puerta, cerrada, ahoga; abierta, muerde.

Las portezuelas, a su vez, son agresivas. Baten un no se sabe qué, peligroso y cruel, al entrarsalir, al salirentrar.

JW

Igual ocurre con las ventanas y con los balcones. Quienes construyeron esta gran casa adoraron los pisos de laja.

Por las hendiduras de lajas circulan las tortuguitas recién nacidas, los bebétortuga, los nenes y las nenas.

Cuando viene de un paseo por la ciudad, Carbúncula observa el piso de hendiduras a fin de no aplastar a un bebitotortuguitapobrecito, hijitomíoadoradorubiecito venga con mamá.

Un esfuerzo descomunal le significa agacharse para levantar a uno de los pergeños.

Lo hace resollando aunque ella supone que suspira un bello romanticismo. En cuanto al amor a las tortugas, es bien sincero...

A veces conversa con su hijito, el rubio, y yo he comprobado durante una visita al caserón que el rubio le contesta. Es una respuesta amorosa de boca de víbora doméstica, aunque sin voz.

Casi olfateando las lajas con su nariz picuda, camina hacia la cocina. Agarra varias hojas de lechuga, las troza y va distribuyéndolas nido por nido, puesto que las quelonias madres ocupan nidos en las oquedades de los cimientos de los patios.

Las escenas de la casa extraña, aunque espantosas, deslíen un sopor tierno como de neblina del viejo Londres.

Ella vigila el connubio de los quelonios apareados en tremebunda y estertórea bulla de aserradero.

Carbúncula vive al mismo tiempo el tiempo de coyunda de los córneos caparazones.

"Vamos... vamos...", aúlla cuando él la sube a ella; la dueña se ha levantado la pollera y bajado el calzón y acciona en su vulva tormentosamente: "Basta... basta...", aúlla aún.

Carbúncula nunca tuvo relaciones sexuales con nadie; podríamos decir que ha mantenido relaciones sexuales a distancia, con las tortugas del esfuerzo y del orgasmo.

Carbúncula Tartaruga morirá virgen porque con sus deditos cortitos no ha podido romperse el himen.

El abuelo Melo

Del abuelo Melo sólo guardo una fantasía que viene desde un daguerrotipo arruinado. La última vez que lo vi fue en la pared de la sala de estar de la casa de mis tíos.

Todo cuanto ha rodeado a este señor, a quien no conocí, porque cuando nací él ya había fallecido, es lánguido y dorado, desvanecido. Me parece antiquísima romanza esa existencia que no obstante la ausencia de su sello, fue.

Vivió en la ciudad de Buenos Aires pero nació en Uruguay, en una casa de estilo inglés porque su madre vino desde Londres junto con su padre que era ferroviario. Mi abuelo desempeñó tareas de periodismo en época de don Bartolomé Mitre, en el diario *La Nación*, y asimismo fue tipógrafo.

Dicen que murió de saturnismo, o sea, con una bocha en el estómago, del metal que salpicaban los tipos de las letras de las máquinas impresoras.

Cuentan que sufría unos estados melancólicos propios de una época en que la tristeza significaba distinción. Al señor Melo lo rodeaba una aureola distinguida y lisa cual un rasguido, cual un gemido de arpa eólica.

Seguramente que de él no resten ni las cenizas dado que falleció a fines del siglo XIX y lo colocaron en un panteón del Cementerio de la Recoleta de la familia Riglos.

Algún parentesco los ligaría, pero no sé tanto de este duende familiero que estuvo en línea muy próxima y al que me hubiera gustado conocer. Dicen que hablaba el idioma inglés y que leía al anochecer de su barrio porteño, sentado en una silla tapizada, a la luz de una lámpara de pie.

Dicen que cuidaba un rosal de rosa té y bebía té en una taza con bandita azul.

El muy delgado periodista siempre trajeaba bien y calzaba abotinado y galera o sombrero de alitas recogidas a ambos lados, como los sombreros que lucía el actor sir Laurence Olivier. Guardo noticias de sus películas porque se parece a mi abuelo.

Nunca podré localizar huella alguna que me asegure que caminó por ella este agradable caballero. Pero aunque no pueda localizarlo, sé que va en mi torrente sanguíneo.

Son esas maravillas de las herencias áureas.

Son esas modalidades que una usa con comodidad porque le vienen desde las lejanías llanas llenas de pasos ya caminados y de palabras ya pronunciadas, sus pasos y sus palabras andados por las calles de las cuatro estaciones; las palabras repetidas.

La mamá de ese abuelo se llamaba Margarita Leiton y tenía la mirada celeste pero muy severa. Existen referencias acerca de su personalidad, aunque no demasiadas. Es impresionante aquello que, según los parientes, pronunció al final de una corta agonía: "No hay Dios".

En un arcón antepasado hallamos, unos cuantos chicos de la casa, el daguerrotipo de una silueta ya borrada por los años y la humedad del hermetismo. La silueta observada con lupa nos deja ver la superficie de papel gastado, la figura de una damita joven, vestida de tramada tela florecida cual un jardín ya apagado.

Los jardines irradian; éste, no.

La damita es rubia y delgada, calza zapatos de taco alto con capellada acordonada, de época, y guantes en sus manos, una de las cuales sostiene una sombrilla abierta contra un cielo de popelina. A un tiempo, se apoya en una mesita de caña de la India, blanca, que hace juego con una silla. Ubico tanto a la figulina como a los muebles y algún cortinado, en la segunda mitad del siglo XIX.

Esos cuantos chicos de la casa vertimos diversas opiniones sobre quién era la imagen casi ausente. Yo me di cuenta de que se trataba de mi bisabuela Leiton, pero me callé.

En la casa había otros daguerrotipos.

Mis tías mayores los quitaron de las paredes porque denunciaban demasiada permanencia en este mundo y ellas no sólo se quitaban los cuadros de la pared, sino también sus edades.

La tía abuela Amada

Amada era hermana de mi abuela, quien a su vez fue viuda de Melo. Salteo a mi abuela de la que no hay mucho que contar, y saco a relucir a mi tía Amada, que vale la pena sacar a relucir.

Mi tía abuela había capeado todas las tormentas del universo, las gratamente habitables, las medianamente y las imposibles.

La veo haciendo a un lado el telón de niebla que un tiempo feroz nos interpone entre el pasado y ahora.

Meditaré acerca de mi propósito desmedido de arrojar luz a fin de lucir unas situaciones de todo tipo; algunas de estas situaciones me desvelan los sueños, o se introducen con escenas ingratas que me vuelven a la vigilia con llanto adentro del pecho.

Olvidar es imposible, especialmente cuando una, en el fondo, se niega, se arroja en un prado de nostalgias, al claro de luna que brilla y resuena a música preciosa.

Evitaré el neorromanticismo decadente...

Pero quién podría obviarlo tratando semejantes asuntos...

De todas maneras, trataré de soslayarlo.

Margarita Leiton, en otro daguerrotipo, va en piragua.

Pero yo busco uno de tía Amada y de ella ya perduran fotos.

La antigualla todavía abriga en invierno y desabriga en verano a la muchacha fotografiada en la ciudad de La Plata, en años muy cercanos, aunque no tanto, a la fundación.

Aires mágicos aportan el tono agresivo de su voz, su checheo constante; vozarrona de señora que gusta del vino, que para algo nació sanjuanina y añora los parrales y las acequias de la vendimia; además, fuma puros.

Dice que en su patria chica, lo dice con desmedro hacia la ciudad que habita "llena de gringos patasucias", montaba una bonita mula y salía a mirar los amaneceres que bajaban desde la cordillera de los Andes que espía a San Juan por cada esquina y la retiembla en ocasiones.

Que montaba su mula y en los esteros desmontaba y se sentaba en una piedra, siempre la misma, donde venía un duende a conversar a hora muy temprana y que las palabras que le oyó pronunciar fueron las más deliciosas oídas por su ánima.

Aprendió del duende mañanero que tenemos orejas sublimes en el ánima y que muchas personas por ignorarlo nunca sentirán los divinos susurros que ella, más que escuchar, advirtió en forma de árboles y de pájaros; de niñitos jugando alrededor de un río más dorado que una moneda de oro fino.

Mi tía abuela Amada repetía aquello de "monedita de oro fino" en plurales y singulares charlas.

Nunca me animé a confesar que de los silabeos musicales-bajos que de ella fluían, vi una que otra monedita de oro fino y no quise tocarla. Ahora, la tocaría y me guardaría alguna a fin de demostrar la veracidad de lo que afirmo.

Venía de visita a mi casa y nunca empezaba a conversar a la espera de preguntas. Solía estarse horas sentada en el patio, frente al corredor techado con adornos de triangulitos de latón simétricos.

Mi casa era melancólica y solitaria, encajada entre dos terrenos muy extensos.

Desde donde se sentaba doña Amada podía ver salir el sol y aparecer la luna. Ella llenaba el espacio

entre sol y luna con hondos suspiros y susurros. Algo de miedo nos infundía, allá en la infancia.

Tan pequeña mujercita crecía al expresarse y sumaba lampos inquietos al inmóvil prado.

Con el correr de las aguas debajo de los puentes, se vino abajo empobrecida, aunque nunca significó alguien pudiente.

La pobreza final se la heredó su hijo único, Bernardo.

Pero antes de hablar de sus años tardíos, miserables, deseo contar de sus erarios de oro fino.

Amada Margaride

Dejando a un lado muy íntimos pareceres por mi tía abuela, cuyo apellido paterno fue Margaride, que fuera el apellido de soltera de mi abuela, quien pasó a ser Melo luego de su matrimonio, una tardecita abrileña de otoño dorado, el tono que reblandecía su naturaleza, inquirí acerca de su edad de amores.

La vieja fumaba un puro y jugaba redondeles con el humo, y dijo: "Vea, mi hija, mi vida no fue en joda".

Yo resguardaba muy en profundo semiolvido referencias al respecto.

"Nos criamos en un lugar cordillerano, llamado La Aldea de San Juan de la Frontera, justo es aclarar que fuimos fronterizos con Chile, y mi padre trabajó de arriero, cruzando esa mentada frontera."

Susurró muy quedamente: "Nacimos en el Carrascal y tuve diez hermanos. Mi papá venía, se cogía a la mujer y se iba de nuevo con la tropilla contra las neviscas bravas y los terremotos".

Doña Amada espacia sus decires y va ahumándolos.

Ella fue la última de los once y mientras Teodolina, su madre, la estaba pariendo, estalló el terremoto y la parturienta murió. "Me sacaron a tirones y el terror casi me mata. Pero siempre resulté una comida muy dura para la muerte."

Por "guachita" la bautizaron Amada y la amaron sus tías.

El viejo no regresó de una partida a cargo de ganado coincidente con uno de aquellos movimientos de tierra y pedradas de los que no notifican los medios.

Así sucedió que "ni tuvo una sepultura".

Un ronquido seguido de otros ronquidos me avisan que ella se adormeció; esto le ocurre cada vez que toma dos vasos de vino y acaba su puro. Acostumbra taparse con un ponchito de trama pesada y suele amanecer ahí mismo.

Total, ya nadie la espera.

Es que la han esperado tantos y tanto, que aunó fatigas para dormir largo y tendido, eternamente.

Entraré a la casa. Tía Amada se enoja si la despiertan.

Mañana le preguntaré, cuando llegue la hora de oro fino, por su primer marido Cósimo del Solar Pacheco.

Durante muchos atardeceres conversábamos mi tía y yo. (Ya no la llamaré tía abuela.)

En nuestras conversaciones versaban asuntos capturados adentro de las cuatro paredes de las piezas o por los alrededores. Pero yo quería ir mucho más lejos.

Mi tía Amada de pronto abrió los portalones gruesos y ferrados de las numerosas celdas; de no ser así, no hubiera accedido a tales noticias que por momentos parecían ser el producto de una locura senil, no exenta de hermosura.

Soslayando un estado peligroso, Amada embellecía su locución, aunque casi centenaria, mantenía aparentes diálogos con la Parca, insultándola, echándola, hasta estar segura de que la flaca y deshilachada entidad huía.

Así fue como supe que tuvo diez hermanos, sien-

do ella la número once; cuatro de ellos murieron: tres niñas y un varón.

"Unas tías me trajeron a Buenos Aires a los trece años y me casaron a los catorce con Cósimo." La historia de los infantes Margaride se resume en fatal advenimiento y variados destinos señados por la tía Amada. No trepa a la cumbre de una altísima felicidad ni desciende al abismo de una infernal desdicha.

Confidencia: "En la isla estaba el verano. Siempre creí que esa ardiente temporada fue propiedad absoluta del lugar flotante en las aguas del ancho río, que más ahí... ahí no más, nacía el feo invierno. Cósimo traía montones de monedas de oro fino. No vaya a pensar que unas pocas monedas o reducidos montones. Piense y acertará en amontonamientos que ocupaban una tabla entera de la mesa del comedor grande. En bolsas las transportaban Cósimo y sus marineros que hablaban en inglés. Todos viajaban por el río en una enorme barca a vela.

"Después se arrimaban unos viandantes que venían a buscar monedas a cambio de caballos y carretas, pero los viandantes caminaban sobre la arena y traían arenilla adherida a las botas.

"Una vez vi, en un carretón, una vaca. Oí cuando la sacrificaron y después comimos asado y achuras. La calavera de la vaca nos servía de silla cuando

mirábamos el arenal y el campo. Nos pasábamos las noches contando y apilando las moneditas de oro fino y formando con ellas torrecillas que se vencían por su peso si excedíamos las cantidades".

Luego de este relato, tía Amada se abrumó y entró en sueñera.

Al rato, despabilada, dijo: "Cuando nos cansábamos, nos íbamos a dormir a las cuchetas. Nos gustaba dormir en el velero aunque no había camas sino cuchetas; yo dormía en la de arriba y Cósimo en la de abajo. Solía navegar con mi marido o me quedaba en la casa, especialmente cuando el viaje duraba meses y meses".

Yo desearía conocer el nombre y la ubicación de la isla. Amada elude una respuesta porque no quiere que yo compruebe lagunas en su memoria. De pronto, por su cuenta y riesgo, relata: "A la isla iba con mi marido en el Vapor de la Carrera que zarpaba del puerto de Buenos Aires... En la isla había una prisión destinada a detenidos por causas políticas... Creo recordar que el nombre del lugar es Martín García". Pide que no tome lo recién expresado como datos exactos, pero que no ponga en dudas el tema "moneditas de oro fino". Una tarde me puso al tanto de sus travesuras. Travesura de adolescente que no vivió su edad ni su tiempo. "Yo tenía un amante. Cuando Cósimo navegaba por varios

meses, íbamos a las praderas insulares, nos besábamos y todo lo demás... Nada ni nadie por los alrededores. Aprovechábamos la jornada entera. Cuando sospechaba que él volvería, suspendíamos hasta el próximo viaje".

La vuelta de Cósimo coincidía con la llegada de los gendarmes y los hombres detenidos por delitos políticos y otros motivos: "Veíamos a los guardias armados y a los presos asegurados con cadenas en los pies y en las manos. Cerca de la cárcel se abría el foso".

Cenaríamos esa noche en mi casa junto a tía Amada que se quedaría a dormir en la cama que está al lado de la mía.

Dejé para el atardecer siguiente la revelación misteriosa del foso.

Cuando fuimos a acostarnos, Amada rezó su rosario arrodillada apoyándose en la cama como reclinatorio. Después colocó dos sillas juntas y empezó a desvestirse. Me di vuelta contra la pared, por respeto.

Cuando hubo silencio, miré y vi en las dos sillas juntas los harapos del vestuario de la adormecida.

Entré en duermevela bajo un montón nada despreciable de moneditas de oro fino que no servían para nada a ojos vista.

Reinició su perorata tía Amada en el lugar crepuscular de siempre. Yo le haría una que otra pregunta. Ella degustó su segundo vaso de vino y prendió su primer puro.

Enseguida flotaron nerviosos redondeles de humo, danzantes. Tía Amada entrecerraba sus párpados tal vez navegando las aguas del río y pisando el arenal; acaso junto a Cósimo, su marido, o entre el sauzal, con Felipe, su amante.

Pasó un rato.

Desembarcó en la tarde mi tía marinante.

Dijo: "El mentado foso lo descubrimos Felipe y yo, porque un anochecer en que estábamos arrumacados cerca de una troja, vimos a dos guardianes que salían por la puerta principal de la prisión y arrojaban un bulto que desaparecía de la superficie del campo. Supusimos, y bien, que ahí habría un foso.

"Pasamos la noche en el campo.

"Al amanecer, cuando todavía no cantó el gallo, fuimos a mirar y descubrimos el foso; también nos enteramos de su contenido espantoso que no nos dejaría dormir por varias noches.

"Había en el fondo huesos de personas y de animales vacunos.

"Un fuego permanente incendiaba el movimiento de sube y baja del muerto recién sucumbido a la entraña del abismo. Y ese cuerpo tan desvalido era arrastrado y arrasado por las lenguas ardientes, y bailaba igual que los negros en los carnavales, con locura siniestra. Una lenguaraza gigantesca casi lo atrajo al borde. Casi nos lo trajo a nosotros dos, como obsequio del infierno.

"Salimos disparando como ánima que se lleva el diablo; yo a mi casa donde los sirvientes aún estaban durmiendo; Felipe a la suya que era un ranchito del humilde rancherío vecino. Suspendimos los connubios y resolvimos rezar muchos rosarios y confesarnos en la capilla que funcionaba cerca de la prisión. Juramos no volver a pecar hasta que no se nos pasara el susto".

Le pregunto si volvieron a encontrarse ella y su amante. Contestó que luego de un mes de penitencia, cuando Cósimo viajó al Brasil, volvieron a encontrarse más enamorados que nunca, y que no se confesaron más porque prometieron al padre cura que dejarían de cometer pecados y no cumplieron.

Ese día Amada resolvió regresar al villorrio que habitaba en Las Mil Casas, un barrio de extramuros, con su hijo Bernardo y una mujer que vivía con Bernardo, sin casarse: "Eran juntados".

Ella viene sin ser invitada y se va sin que la echen.

Es libre en toda la extensión terrible que significa la libertad: no se ocupa de nada ni de nadie, y de tal manera le responden.

Hablemos un poco de Cósimo

Naturalmente, al mes siguiente ella volvió a mi casa.

Le pregunté a la hora y sitio permanentes, por Cósimo. Prendió su puro: "Cósimo del Solar Pacheco, ya sabe, fue mi primer marido; no tuvimos descendencia. En realidad, creo que hemos cogido cinco o seis veces en diez años. A mi marido le gustaba navegar junto a los marineros y a los marineritos... ¿sabe qué deseo significar?".

Le respondí que no sabía qué quería significar.

Saltó: "No se haga la inocente y me obligue a revelar que Cósimo era puto".

Agregó afligida: "Y bueno... ya lo entendió... seguro que sí".

Prosigue: "Lo esperaba para celebrar la Nochebuena. No me acuerdo en qué año. Habían traído los sirvientes un pino en una tina. Entre todos regalamos y engalanamos la casa con fueguecitos y lujos de fiestas de Navidad y Año Nuevo. Hasta un Nacimiento pusieron al pie del arbolito. Estaba la mesa

puesta con las copas finas de cristal para el champagne. Cósimo no apareció. Fue la primera vez que lo extrañé. Pasaron seis meses y vinieron mis tías de Buenos Aires. Dijeron que a mi marido lo mataron durante una reyerta en Río de Janeiro, que yo estaba viuda y rica. Me llevaron a Buenos Aires y en esa fría Capital conocí a Duprat. A León Duprat".

Justo es volver a Cósimo del Solar Pachecho, muerto durante una reyerta en Río de Janeiro, y decir que murió legándole una fortuna a mi tía Amada Margaride de del Solar Pacheco, viudita nada despreciable, de unos veinticinco años y muy bonita.

El trabajo de Cósimo nunca fue vigilado por autoridad alguna; además, sus apellidos lo defendían de cualquier ataque por obra de averiguaciones.

Recuerdo que en más de una oportunidad de entreverada charla, tía Amada me ha dicho: "Aquello sí que era buena vida... dormir, comer y vagabundear por la floresta del paraíso; hacer el amor cuando Cósimo no estaba; esperar los paquetes de ropa y botines, prendas y pilchas lujosísimas que traían de Europa, vía brasilera. Habitar unas noches mágicas, sobre todo los veranos. La isla era dueña del verano... Y ahí, nomás, estaba el invierno, feo".

Ahora, qué haría en Buenos Aires en el enorme caserón del barrio sur que asuela y que hiela la brisa del Río de la Plata.

Mi tía veraniega de la isla; mi tía caminadora hasta cualquier lugar donde habitara el dulce duende que hace milagros para congraciar a la gente con la obligación de existir.

Segundo casamiento de Amada Margaride de del Solar Pacheco

"Usted quiere preguntarme: ¿qué haría yo en el viejo caserón del Barrio Sur porteño, junto a mis tías?"

Le contesto que sí, y ella modifica aquello de "qué haría yo" por "qué harían conmigo".

Pienso que con aquella viuda de veinticinco años, con excelente herencia que le venía de don Cósimo, qué es lo que no podría hacerse...

"Me casaron con León Duprat, un abogado diez años mayor que yo, es decir bastante joven, muy buen mozo y que trabajaba poco en los estudios de abogacía... No sentía vocación por su carrera de Derecho. León vivía como si fuera multimillonario, pero estaba quebrado por su afición al juego. Mis tías sólo sabían, por comentarios, que era multimillonario. Lo fue cuando nos casamos. Viajamos por todo el país, por Uruguay, Chile y Perú.

"Naturalmente, con mis moneditas de oro fino. Pobres moneditas...

"Se desbarrancaban igual que cuando formábamos torrecitas en la gran mesa, en la isla, con Cósimo."

Cuenta que al cabo de dos años, se embarazó. Al cabo de nueve meses, nació Bernardo.

Yo conocía a Bernardo Duprat. Éramos parientes, de ahí que casi nos odiábamos. No existía razón de fondo para odiarse; sólo esa moda de despreciarse entre primos. Bernardo tenía, en tiempos de la miseria de tía Amada, unos cuarenta años.

Convivía con una mujer barata, una chiruza peleadora, en el vecindario atroz de Las Mil Casas en el corazón de la localidad de Tolosa, que es próxima a La Plata, pero nada que ver con nuestra ciudad capitalina de la provincia de Buenos Aires.

Una vez en que se enfermó Amada, fuimos los parientes cercanos y nos quedamos perplejos ante tanta dejadez. Se puede nacer o convertirse en pobre, pero este estado de humillante suciedad y abandono resulta imperdonable.

Entré a la pieza dormitorio de tía Amada y no me animé a sentarme en ninguna de las dos sillas desfondadas ni en la orilla de su espantoso camastro. Me impresionó sobremanera el piso de esa horrenda habitación hecho con tablones cachados, quebrados en tramos y flojos. Esa flojera era notable bajo nuestras pisadas.

En las paredes mustias, sólo un cuadrito de la Virgen de Luján.

Un toallero sostenía prendas descoloridas, pobrísimas. En un palanganero de hierro, una palangana con agua ya muy usada. La pena más inmensa atoró el corazón que me dolía.

Por el patio corrían unos chicos. Se pegaban, rodaban por los ladrillos, se insultaban. Eran los nietos de Amada.

Apareció Bernardo. Venía en mangas de camisa. En alpargatas. Un atorrante que tomaba mate con bizcochos. Dijo que no había almorzado y que los chicos pedían comida por el barrio.

"Nadie les negará comida, pobres criaturas", dijo este vago.

Anotició que su mamá ya había tomado café con leche, que él le preparó con todo cariño, "pobre vieja".

Desde ahí nomás se divisaba la calle por donde rodaban las ruedas de los carros. Todo quedaba envuelto en niebla desoladora y gris.

Noté que la enferma estaba avergonzada. Nunca nos esperó, y allí estábamos por ser sus parientes.

Esta desoladora visita fue durante un frío invierno; los inviernos de La Plata y aledaños, indecisos entre lluvia fina, viento y sol perturbador. La indecisión convertida en tiempo de la ciudad y sus vecindarios.

Cuando un platense se siente víctima de la temperatura, protesta; más bien malhumorado. En más

de una oportunidad dejamos para mañana lo que debiéramos hacer hoy y a la noche nos cuesta conciliar el sueño a causa de una preocupación sádicamente consolidada contra nosotros mismos. No obstante, somos lo mejor dentro del provincianismo vigente. Y si no, mire usted la Catedral, vea el Museo de Historia Natural. ¿Sabe quién fue Ameghino? Hay mucho más y tanto como para llenar varios tomos de Ediciones Aguilar, de papel hoja de cebolla.

Querida ciudad de La Plata, beso tu Piedra Fundamental de Plaza Moreno.

El regreso de la tía Amada

Saliendo de mi habitación la vi de espaldas, sentada en el mismo lugar de siempre.

Opinó: "Está más delgada". Noté que ella misma había reducido su presencia, desdibujándose en la sombra que avanzaba a paso de duende por los canteros, que bajaba por el cerco de retama en flor, porque era invierno.

Recapacité que todos estábamos en las mismas condiciones: magros y desleídos.

"¿Qué está pensando?", inquirió molesta, insinuando una guerrilla de palabras duras y tensado acento.

Contesté que la veía más delgada pero bien visible. Que la veía. "Y yo a usted." Así dijo y en seguida prendió un puro.

Reflexionó que todavía ocupábamos un lugar en el espacio, tanto nosotras dos como sus parientes cercanos.

Yo quería que me hablara sobre Bernardo Duprat, su único hijo.

Adivinó: "Yo soy culpable de los desequilibrios y mañerías de Bernardo porque lo traté como si fuera un juguete".

Supe que a Bernardo lo criaron una nurse y dos sirvientas. "Nunca le cambié los pañales; me daba asco el olor a caca; pero lo mimé, y demasiado, cuando me lo entregaban limpito y bien alimentado. Después jugábamos con los chiches tan bonitos hasta la noche. Creo que mi corazón saltaba de gozo entonces... Lo mandé a una escuela inglesa por consejo de los Leiton, que son más parientes suyos que míos." En eso le sobraba razón, porque Margarita Leiton de Melo fue mi bisabuela, mamá del abuelo Melo.

Agrega: "Don Pedro Melo sí que fue un caballero, un señor. Usted sabrá que fue periodista del diario *La Nación*, cuando el doctor Bartolomé Mitre era dueño de ese importante medio de comunicación... ¿conocerá algunos artículos de su autoría...

o al menos vio su daguerrotipo? Contésteme si al menos lo vio de esa manera tan difusa, pero pudo admirar su prestancia y distinción..."

Lo vi y admiré su prestancia y distinción muy fin de siglo.

Asiente: "Eso está muy bien".

Arrebujada en su ponchito de lana, continúa con una historia que resbala de su lengua al aire ya algo agresivo de la estación, y que al decepcionarlo, produce chisporroteo de fuego frío, valga el contrasentido.

"Bernardo estudió y nunca se recibió de nada. Viajó, y nunca habló de sus largas estadas en Europa. No sé nada de la vida de mi hijo. Sé que fundió lo que restaba de mi fortuna, antes de su existencia al divino cuete, porque Bernardo no sirve para otra cosa, ahora, que para faltarme el respeto. Se ha ayuntado con esa yegua arrabalera; en cuanto a los hijos, quién sabe de dónde proceden porque a nosotros no salen ni se parecen."

Estoy para ofrecerle un lugarcito en mi pieza y no me animo.

Entro a la casa a buscar un abrigo porque hace viento fuerte la sudestada. Cuando vuelvo, a los dos o tres minutos, ella ya no está.

Me costaba conciliar el sueño por la ausencia prolongada de mi tía querida, durante más o menos

veinte días. No me animaba a visitar el barrio de Las Mil Casas, donde residía, por repugnancia; una sensación resbalosa de tocar un insecto húmedo y baboso; el mundo circundante y lo que contiene. Supe doblegar mi voluntad y no hago aquello que supere mis fuerzas.

La memoria de la habitación de tablas flojas del caserón de Bernardo Duprat dañaba mi ánima y yo dejaba pasar los días.

Tal vez fue la tarde número veinticinco cuando la vi sentada en el banco, entre la bruma invernal, fumando.

Dije: "Casi un mes sin vernos, es imperdonable".

"Usted querrá saber algo más de mi vida... usted es harto curiosa..."

Le contesté que me interesaban los múltiples y maravillosos pasajes por los que anduvo, aun los penosos, por el solo hecho de pertenecerle.

Me observó: "Usted me recuerda al abuelo Melo; tiene la misma fina distinción y acaso se muera bastante joven sin cansar al prójimo como lo canso yo".

Comenté que no deseaba morir muy joven.

Agregó: "Nunca habrá algo suficientemente importante que supere lo que usted ya vivenció, porque la existencia humana es un ancho río de abulia. Créamelo".

No polemizaría con aquella vieja increíble.

Yo quería a mi tía Amada que significaba en mi imaginación algo así como un hada antiquísima que portara un enorme cofre de pasos perdidos y errabundos, de horas bohemias, de inmensos valles intermontanos.

La invité a mi casa, al comedor, en familia. Y ella aseguró que en la casa lo único potable era un silencio que nos abrazó a todos nosotros convirtiéndonos en otros silencios menores.

Se atrevió a calificarnos de sórdidos.

Nunca polemizaría, repito, con ella; en el fondo de mi ánima le di la razón.

Todos nosotros apenas si nos conocíamos significando un tipo de extranjería monstruosa debatiéndose en un circuito de idas y vueltas, de amores y odios, de rechazo.

Sentada junto a ella, luego de extrañarla sin par, ahora sufría su presencia, me asqueaba su denso aroma a sombra, a cosa vencida, desvencijada. Temí que leyera tras de mi frente, y ya no pensé más estas discordias.

Se puso de pie haciendo crujir la granza rojiza del cantero: "Me voy; salude de mi parte a todos".

Comenzó su caminata que sería de una hora, con paréntesis en un banco, el mismo siempre, donde fumaba otro puro.

No he contado que yo dictaba clase de psicología en varias escuelas. Eso me entretenía y ayudaba a olvidar mis bobas penitas y, un poco, a mi tía Amada.

Antes de acostarme creía verla. Pero era una imagen adorable inventada por mi capacidad de fantasía.

Bernardo

Confieso que cuando pensaba en Amada iba a sentarme al banco pisando el cantero de granza. Entonces vino Bernardo.

Se le notaba que estaba peinado y afeitado de peluquería y barbería. Vestía un traje más lustroso que sus zapatos, a causa del uso muy repetido.

Yo lo nombraba primo Bernardo, pero no era primo; hijo de la hermana de mi abuela vendría a ser tío segundo, o algo así.

Preguntó por la gente de la casa y le adelanté que habían salido.

Entonces se sentó en el banco vecino al mío.

Dijo que a su mamá hubo que sofrenarla; no entendí qué significaba, y me aclaró.

"¿Estuvo en la pieza de mi mamá?, ¿vio las tablas flojas?..."

Contesté que vi las tablas flojas y la miseria firme.

Dijo: "Ya no va a escapar la vieja chota... le saqué las tablas del piso; la cama ocupa cuatro tablas. Si se baja de la cama se cae al sótano".

Respondí mediante un hermetismo especial propio de los silencios de los sórdidos.

No he vuelto a saber de esta gente.

Acápite

No sé si debiera escribir el fin de este estado familiar. Lo haré y jamás volveré sobre el tema.

Nunca regresé al barrio de Las Mil Casas, por asco.

En cuanto a mi tía Amada la amaré durante el lapso que me adjudique la Eternidad.

En cuanto a Bernardo lo odiaré "eternamente" por abandonar a su mamá frente al vacío. Mas a su favor diré que ella lo abandonó en la infancia.

Laura Láinez

Los sucedidos que continúan a esta presentación, que intenta ser relato, ocurrieron en aquellos años neorrománticos por cuyos rieles corrían rodando las décadas de 1940-1950, en nuestra ciudad de La Plata.

Entonces yo era una estudiante de Humanidades, Universidad dependiente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Había elegido esos estudios atendiendo a la calidad del profesorado que dictaba sus cátedras.Yo exultaba de gozo durante las horas cumplidas en el Museo de Historia Natural Perito Moreno; o sea Francisco P. Moreno, dado que perito significa una especialidad. Antropología, que yo cursaba, estaba a cargo del profesor-doctor Cristofredo Jacob. Este señor, natural de Baviera, Alemania, a pesar de que nos rebajaba a la minúscula minusvalía estatural de una hormiga, enseñó a los escasos sobrevivientes del aula a ver más que a mi-

rar; a opinar más que a hablar, a pesar de las consecuencias que de tales composturas devinieran. Entre huesos, huacos, fierros, vasos, vasijas, pieles, momias y esqueletos expectantes desde sus órbitas secas que colgaban junto a nosotros asistiendo (aunque jamás dijeran ni opinaran ni mu) tomábamos apuntes sigilosos, interrogábamos sin conseguir respuesta; Jacob sólo contestaba cuando el argumento valía la pena según su caletre. Y nos callábamos mohínos, con el interior magullado y a un mismo tiempo grato de estar frente a un sabio.

Con el correr de las aguas debajo de los puentes, yo sería medioevalista y mi vida dedicada a visitar museos, sobre todo en antros europeos, se convirtió en una existencia mortificada por el barullo del mecanicismo invasor hasta de las artes plásticas, que desmoronaba viejos torreones en su apertura metálica y de materiales sintéticos. Impediré que se me corte la ilación del relato a causa de lo recientemente expresado; en tiempo de Cristofredo Jacob tendía a un clasicismo grecorromano, dorado de algunos barbarismos de Albión y otras regiones rubias. Sería por el año 1947 cuando conocí a las Láinez. Las vi por primera vez en la cátedra de los profesores Bergna, matrimonio encantador y armonioso, dibujantes y especializados en diseñar fundamentos antropológicos.

Mi incapacidad manual me rendía delante de los modelos que debía reseñar en los folios de dibujo. Nunca hubiera capturado la espantosa grandeza de una calota de Homo. La pieza ósea significaba para mí un toro bravo acechándome. Así eran de atroces los objetos crecidos en mi imaginación, que a simple vista se me ofrecían con inocencia.

No le pasaba de tal manera a Laura Láinez. Ella casi los fotografiaba con trazos y sombras geniales... Mis entregas a lápiz y pictóricas se las debía a los Bergna; yo les daba unos versos que versificaba, y en paz.

Ahí estaba Laura Láinez pergeñando temas ilustrativos de las clases magistrales de Jacob.

La que trabajaba era Laura, la mayor; Cosentina jugueteaba unos mamarrachos y les sonreía... Advertí en ella un cierto ausentismo, cierto aislamiento. Por caridad y buena educación no inquirí acerca de qué tarea estaba encargada en ese ambiente. Sin que yo preguntara, me contó Laura: "Ella es algo boba, pero maneja los lápices, y la profesora soy yo. Debí traer a Cosentina desde hace una semana a la fecha, porque mamá tuvo que encargarse de solucionar unas diligencias por asuntos familiares, y desde mañana ella se quedará en casa". Laura no significaba alguien corriente y difería de las estudiantes y profesoras jóvenes que iban y venían por los pasillos y los salones o

aulas. Permanecía cruzada de piernas equilibrándose en un banco alto de asiento mínimo, y llenaba unos folios amplísimos con rayas y simbologías de su *métier*. Llevaba pantalones azules pespunteados de rojo y una blusilla con jabot y mangas terminadas en puños plisados audazmente que convertían sus manos en dos mariposones, y los mariposones posaban de aquí para allá, en el papel, al ritmo de los lápices. Calzaba botitas de montar de cuero negro y lustrado, y una catarata de cabellos castaños se le desbarrancaba cubriéndole el pecho. Cuando me miró, vi en sus ojos verdes, de un verde indefinido que desvaía al celeste, dos desesperaciones. De una supe de inmediato cuando contó: "Mi pobre Cosentina es harto discapacitada". No me pareció tan pobre.

Vestía un batón nuevo a florones y calzaba zapatos con tirilla marca niña boba o reina Guillermina; oía a cada minuto la hora en su reloj pulsera de buena marca. Le brillaba en un dedo un zafiro fino, esto último descubrí a la luz de un farol sol de noche, porque las lámparas del edificio ya estaban apagadas. "Mañana te dejo en casa." Hubo paréntesis silencioso.

Cosentina babeaba la tristeza de quedarse en la casa desde el día siguiente, mientras Laura diseñaba un Cromagnon temible.

Siguió retando Laura a Cosentina: "Mañana quedarás en casa, aunque seguramente te vas a escapar. La última vez volvió transpirada y hecha pelota y no quiso confesar por dónde anduvo vagando... La encontramos otra vez en el parque Saavedra". Cosentina bajó la cabeza, creo que avergonzada. Enardeció Laura: "Ah, y no le preguntes por sus vagancias y posibles amistades, porque se arroja al piso y se revuelca como una delirante". Dije a Laura: "Me parece que tus reproches en la cara la ponen muy mal". "¿Estás opinando desde un nivel psicológico?" "Y, es mi especialidad, y a ciertos temperamentos es necesario tratarlos de una manera menos drástica." "Claro, porque vos no tenés que aguantártela."

Corté el pésimo diálogo. Laura suspiró: "No me tomes a mal, por favor". A esta altura de los acontecimientos, Cosentina se cubría la cara con sus manos gruesas.

La observé. Antes de testear no me animo a diagnosticar. La franqueza matemática de las pruebas (tests) es exacta; admitiré no obstante ello que en el caso Cosentina despuntaba a simple vista un mogolismo tenue acentuado por el momento de desesperación en que la sumió la brusca reacción de Laura. Pero yo no estaba ahí en calidad de psicóloga sino

como estudiante de antropología en la fase de ilustrar los temas. Cosentina no significaba una paciente. Era un ser circunstancial que se evaporaría de mi espacio en cualquier segundo sin dejar huella alguna de su derrengada presencia. Esto no acontecía con Laura que enseñaba, alumna sobresaliente, en la mesa del matrimonio Bergna.

Ella me preguntó acerca del grupo de Humanidades integrado por mí y por Ramón. Presentando a Ramón, diré, era un muchacho aseñorado, uruguayo, de una localidad cercana a Montevideo y becario de una institución importante. Él fue mi pareja, en cuanto a esa calificación se atiene, y en los estudios: apuntes, extraer libros de la biblioteca de la facultad, uno de nosotros, y solicitarlo el otro de inmediato y en esta forma, los libros nos servían hasta rendir la materia. Yo vivía en mi departamento de Mirabosque y en ocasiones Ramón se quedaba porque se había hecho ya la noche.

Ninguno de los dos programábamos un casamiento, significando el uno para la otra, y viceversa, medios para llegar a un fin, el profesorado y el doctorado. Cuando Ramón viajaba a su pueblo, en vacaciones, me escribía, y al volver me traía una botella de guindado que es el licor típico de los orientales. Jamás le inquirí si tenía novia montevideana. Nada. Él nunca preguntó algo al respecto en cuanto a mí. Cuando

nos diplomáramos, Ramón se iría a su país. No volveríamos a escribirnos. Así lo decidimos los dos.

Confieso lo único que yo amaba: mis estudios y aprobar con sobresaliente... En Humanidades trabajaba Pedro, un viejecito nervioso que nos leía el puntaje obtenido en los exámenes. Se acostumbraba silenciar el nombre del aplazado. Yo exultaba de goce fenomenal cuando don Pedro leía mi nombre en la lista: sobresaliente... Sobresaliente con felicitación de la mesa.

Y el universo era para mí una enorme boca sonriente.

Supongo que en cuanto a lo que a mí respecta, el enamoramiento llegaba al máximo por las clases del doctor-profesor Cristofredo Jacob; me fascinaba al verlo entrar a la gran aula, y con el transcurso de las clases él también se fascinó conmigo, todo esto dicho desde un nivel intelectual absoluto. Jacob se anunciaba desde los pasillos altos, luego bajando la escalerita de hierro y latón que asonábase con pesados pasos. Nacido en Baviera, no pudo ser sino alemán... Señor muy fornido y poderoso. La falta de tiempo para dedicar a su presentación en público lo convirtió en una gran trama peluda, de la cual la cabellera que dejaba deslizar largos rulos dejaba, en la cara, fulgurar dos estrellas ardorosas que miraban entre una tremenda hirsutez.

En su mano derecha faltaban dedos: pulgar, índice y del medio y una fracción lineal de la palma.

Arrastraba un banquito y señalaba inmensidades de una insigne antigüedad cruel que ponía de manifiesto nuestros bestiales y tristísimos orígenes. Con sarcasmo solía añadir al señalamiento: "De esta porquería salimos".

Una crecida tarde de un gris muy otoñal, apuntó con su regla la mano delicada de una bestia que precedía en siglos de siglos a pitecantropo y casi gimió: "Qué lindas manos tuvo el reptil antes de perderlas". Y: "Miren mi mano derecha; esto pasó en la Patagonia, me lastimé con una pieza ósea y el miedo a la cadaverina me congeló la sangre, y entonces agarré la botella de whisky, tragué la mitad y eché la otra mitad en la herida y me acuchillé ahí nomás". El aula tembló. Jacob terminó el discurso y subió la escalerilla alumbrándose con el farol de noche.

El lugar de Laura

Ella ni bien llegaba al Museo, pasaba por el enorme hall y abría una portezuela de uno de los pasillos laterales. Allí tenía su despacho que compartía con el matrimonio Bergna. Siempre llegaba andando encima de un apresuramiento que no le permitía

ni siquiera saludar. Traía unos cartones bajo el brazo, una carpeta, un bolso al hombro. Comenzaba a delinear, a medir, a pintar sombreando o aclarando los paisajes de su autoría. Cuando dedicaba su talento, que no era poco, a reseñar objetos, animales o seres aparentemente humanos, aparentemente humanoides, entraba en actitud de éxtasis, que debitaba y realizaba, según mi apreciación, un viaje interior.

Laura estaba apasionada por la ciencia antropológica. En más de una oportunidad viendo un dibujo recién terminado noté que se mostraba fatigada como si hubiera caminado leguas, muchas leguas bajo la lluvia, porque transpiraba. Esta antropóloga vivía los temas antepasados con objetividad, avecinada en el territorio ingrato junto a esos espantosos animales y semianimales. Acaso la atacaran... Un día en que llegamos juntas, evitó mirar la pared que enfrenta a cualquier visitante del Museo. Sentí su respiración aliviada ya en el patiecito. Me animé a preguntarle qué le había ocurrido a la entrada. Dijo que no le ocurrió nada en absoluto.

Fui a observar la pared receptora de las miradas de cuantos llegaban al Museo de Ciencias Naturales.

Alardean ocupando el muro dos enormes cuadros al óleo con escenas que algún cataclismo ha devastado y que nuestras memorias no guardan, pero que la imaginación reproduce; los motivos alusivos a un

ayer espantoso se van borrando, apagándose como el fuego de una estufa a leña, muy lentamente. Existen en los cuadros unos misteriosos secretos, unos silencios caritativos que pueden defendernos de nuestra vanidad inquisidora de la región prohibida.

Comprendió que los tonos amarillos y los sanguíneos trazos tirados como al descuido la asustan; yo sentí malestar hepático, pero es una constante que me descontrola casi siempre; ese malestar se me agudizó, igual seguí viendo las escenas truculentas, crueles, que desde afuera devendrían en paisajes solitarios pero de enorme latencia pulsional. Me interrogué: "¿Qué podría brotar de esa llanura del desierto amarillo donde pastan y rumian bestias colosales?". Creí oír la voz de Jacob y me despabilé.

Tuve la fea sensación de descender del muro, de la pared, de los cuadros al óleo; de la miseria que fui y nunca dejaré de ser; la bestia infusa; la muerte.

Escribí la bestia infusa porque existe en el aura de esos monstruos pictóricos algo o alguien que insiste en contarnos la verdad desnuda de la Creación y en ella, la aparición miserable de todas las razas...

Después de tal traslación volví al subsuelo, al sótano del Museo. Ya conocen mis amables lectores que ahí funciona la cátedra del doctor-profesor Cristofredo Jacob.

En el aula sólo estaba el silencio; es el silencio de los museos, de estanque, paréntesis, hueco; es el Silencio escrito con mayúscula. En tal situación y afinando los sentidos es posible escuchar la respiración de las serpientes fatigadas de estar petrificadas al solo objeto de que los abribocas paseantes expelan "Oh". Pero si estos desprevenidos imbeciloides se lo propusieran, acaso uno de ellos, o a lo sumo dos, podrían asistir al barullo más espectacular que retempló a unos tiempos universales que estos bobos ni se imaginan. Pero es peor ser capacitado a nivel de ingresar a los temporales magnos de la iniciación de las formas, de los colores, de los gritos. Lo peor es que una dedicación extraordinaria puede darnos esa factibilidad.

Los cuadros

Cuando llegó Laura a la sala de dibujo, antes de que se sentara en el banquito alto la invité a mirar los cuadros que cuelgan de la pared que da a la puerta de entrada; ella hizo un gesto de sorpresa, pero aceptó; caminamos el breve pasillo que separa los ambientes y nos paramos, enfrentando los cuadros, como dos juncos altos y delgados, pensantes, aunque cada cual con su preocupación distinta a la del de al lado. Con

voz muy pausada le dije que siempre me asustaron. Ella a su vez: "A mí me producen ganas de vomitar como cuando estuve embarazada". Aclaro: Laura estaba divorciada y tenía seis hijos. Había contraído matrimonio a los diecisiete años; recibía dinero del ex marido que dedicaba a crianza y alimentación de la prole. Además, cobraba bastante en el Museo. No nadaba en la abundancia pero se defendía. Habitaba una casa grande y cómoda, y a veces cuidaba a Cosentina, cuando la mamá no podía por alguna causa pasajera. Yo le aconsejé en una ocasión: "Si tu mamá desaparece, vos internala a Cosentina, que no es buen espectáculo para tus niños". Ella no opinó.

Seguimos metiéndonos en la forestación agresiva de los marcos, sobre los envejecidos cartones donde el color amarillo preponderaba. Ninguna de nosotras, aunque sin moverse ni hablar, hallaba esa paz serena del aficionado a visitar museos y pasearse por las largas galerías de exposición; estábamos tensas hasta cortar el aire con el perfil de nuestras somatizadas percepciones.

Incité: "Vamos a invadir las escenas". Vimos relampaguear luces fatuas, acontecían fenómenos inenarrables, el ambiente tórrido nos derretía como el fuego lo hace con el sebo de una vela cuyo pabilo, incendiado, no sirve, ha muerto, se ha desflecado, y la vela decae en grasos goterones.

Laura dijo: "Esto es lo que temía". Yo temía asimismo a la embestida del mamut. El cuadrúpedo arremolinaba sus crines ásperas y mohosas a consecuencia de una estada demasiado extensa; no había olvidado su instinto defensivo, y a la carrera monstruosa se venía... Y no era el único ser de heredadas potencias, de vigor, de bravura.

Otras criaturas antediluvianas aún no se habían percatado de las presencias invasoras y ajenas a sus temporalidades. De despabilarse, ahí nomás hubiéramos muerto.

Yo me espeluzné a lo largo de toda mi piel que es el órgano mayor del cuerpo, que lo defiende y contiene. Temí la apostura torera del mamut. El cuadrúpedo, inmenso en esa época, mostraba intención de atacarme.

Los ojos le brillaban con ferocidad. En eso, Laura me dijo: "El corzuelo me heredó su mirada húmeda de amor enamorado". Dejé el lar del mamut concentrándome en el más bien endeble corzo amable. Comencé un tipo de reflexiones macabras cuando de las naturalezas de los árboles, las yerbas, los vientos y la fauna, saqué unos mínimos pedazos, trocé a los ya nombrados y fui uniéndolos lo mejor que pude hasta conseguir un algo, un alguien que resulté ser yo de ese puzzle cruel.

Dije a Laura: "Te das cuenta... cuando la serpiente anciana rugía en esos territorios imposibles

de aceptar, nosotros ya estábamos en la juntura de esos cueros, esas pieles, esos huesos; gritos, sollozos; vientos; erizamientos amarillos insoportables y abortivas sombras". Contestó: "Sí".

Andando de regreso a la sala de dibujo, agregó: "¿Te fijaste que a mí, el corzuelo me heredó la mirada húmeda de enamoramiento?". "Sí", le respondí, y de ese paseo tan informal nunca volvimos a hablar.

Un viaje de despedida

Aquel día lo pasé en el Museo porque recibiríamos urnas y huacos peruanos. Me apasionaba conocer el tesoro antiguo de sus continentes, asistir a su apertura. Pude de tal manera ver la pequeña niña momificada por más de tres siglos. La cubría una pollera roja y me apenó la sugerencia de que fuera la consecuencia de una ceremonia ritual. Mas la niña hablaría con las voces de unas prendas raquíticas que la desvestían; la exponían a una intemperie cruel, la desamparaban.

La Muñequita desleía señales de castigo encima de su naturaleza delicada. Los tiempos habían denigrado su gracia. Esperábamos que nos hablara mediante los humildosos atuendos desgajados después de tan prolongado silencio.

Otros huacos todavía cerrados nos instigaban a la investigación con sus colores brumosos, luctuosos, debido a estadas supuestamente de tres o cuatro siglos. Así fue que cayó la noche de un día de fin de curso y de exámenes en Humanidades. Volví a mi departamento de Mirabosque a las siete de la tarde y vi que brillaba en mi escritorio la llave de Ramón. Lo concertamos de esa forma: cuando se diplomara, nada de despedidas ni de llantinas. Pensé que ya estaría en el Uruguay. Aunque fuimos pareja durante nuestros estudios, ahora ya no éramos nada el uno para el otro y viceversa.

No obstante esa circunstancia, di varias vueltas alrededor del escritorio, desorientada. Al ratito tiré la llave al cesto de la basura. Me liberaba de unos pormenores vividos en la adolescencia casi rayando el límite de la plena juventud. Ramón se quedó por un tiempo y durmió en el desván de mi departamento, en un sillón cama. Así ahorraba el alquiler de una pensión. Nunca compartimos el lecho en las noches. Tengo para mí que es antihigiénico ayuntarse en pareja ocho horas. Exponiéndome a la crítica negativa, diré que los maduros matrimonios ayuntados toda la noche me dan asco; inconscientes, transpiramos, pateamos, gritamos. Creo que nos morimos al entrar en sueño profundo. Son ideas mías, tal vez sean ideas turbias y disociales...

A las once de esa jornada, Laura tocó el timbre de la puerta.

Abrí con el portero eléctrico.Vino algo desaforada.

Me preguntó por Ramón. Le conté. Empezó a sollozar como si fuera una viuda jovencita y enamorada de su difunto. Le dije que se dejara de joder, que si a mí me importaba un rábano la partida de Ramón, a ella le debería importar medio rábano o cero rabanito. Secó su llanto y me dijo que yo era una desalmada. Nunca expreso la palabra alma, en cambio expreso ánima; sería una desanimada y no me sentía desanimada y ella opinó que yo carecía de sentimiento porque Ramón me quería.Y le pregunté que cómo sabía ella eso; contestó que se adivinaba con ver cómo me miraba...

Mandé: "Basta ya de pavadas".

Me invitó a cenar. No acepté. Estaba fatigada. Laura me fustigó con el látigo de una duda: "A vos te gusta el viejo de Antropología..."

Naturalmente, el viejo de Antropología significaba Cristofredo Jacob; me quedé temblando. Debí reflexionar de inmediato a fin de no estallar de ira. Inquirí en qué se apoyaba para siquiera sugerir tal insinuación, y espetó: "Callate, si es vox pópuli".

Jamás hubiera imaginado esa vox pópuli. Un geniecito muy travieso saltó dentro de mis vísceras más sensibles y quedé quieta apoyada en mi propia

sombra. Invité a mi vez a Laura a tomar un whisky, a comer unos sándwiches de miga; acostumbro cenar. Mientras estábamos en ágape sencillo y frugal, intenté saber acerca de la vox pópuli. Ella me dijo que nos vieron al límite del macadam que separa el Bosque de la callejuela, besándonos. Aclaré: "Hay besos y besos..." Insistió: "Los vieron por el Bosque y en el zoológico antes de que cerraran las puertas, muy aquerenciados".

Los pasos antediluvianos

Las clases de Antropología empezaban a las seis de la tarde. Al finalizar cada una de esas clases comenzábamos a preguntar. De tal manera, diré que recién a las ocho de la noche nos íbamos del Museo. Yo me acostumbré a prolongar la jornada y no para perder tiempo.

Las charlas individuales con Jacob llenaban todos los posibles espacios de duda, repletándolos generosamente. Así fui alargando el término de mis estudios. Del grupo de Humanidades sólo dos estudiantes cambiamos las materias de lengua griega y latín por Antropología. Un anochecer, en el límite del macadam con la callejuela, Jacob me conminó a que me graduara y él vería la posibilidad de conse-

guirme una pasantía junto a su cátedra. Recuerdo que me dijo: "Usted va a tener posibilidad de dictar cátedras de Ciencias de la Educación y Psicología, y no reducirse a las clases de Antropología que son muy exigentes, y de ahí, muy peligrosas".

Le pregunté el porqué de tal peligrosidad...

Dijo: "La Antropología absorbe el seso y el sexo".

No llegué a captar de qué monstruosidad me estaba tratando de salvar este señor cauto y medido en la totalidad de sus actitudes y expresiones. Igual, no insistí. Creo que fue la noche de despedida con el beso mentado por Laura. Beso en la mejilla que no dejó sino la huella de una caricia peluda y áspera.

Resolví rendir. Obtuve sobresaliente y felicitación de la mesa. Fui ayudante de la cátedra junto al doctor profesor Cristofredo Jacob. En más de una ocasión me quedaba a dormir en el Museo, donde me atrapara la sueñera. Al amanecer de esas noches, salía disparada a mi departamento a ducharme y desayunar. Además conseguí horas de Psicología en escuelas secundarias y planeaba un viaje a Europa. Cumplía veintisiete años que no significaba ni mucho ni poco; significaba un dato apenas marginal en una existencia desaforada de ambiciones.

La confianza con Jacob llegó al punto de que me sumara a las bestias maltratadas, no con crueldad

física; con sacudimientos psíquicos que me obligaban a asumir una conducta de ciencia infusa, a veces inabordable a mi naturaleza latina. Y me fui dando cuenta de la diferencia enorme que hay entre un hijo del Mediterráneo y un alemán.

Yo amaba profundamente al sabio y lo hubiera puesto encima de un trono, pero solía advertir que vivía expuesta a sucumbir ante la soberbia de su voz tonante, la fiereza de su accionar de mando, el genio tudesco.

Los domingos íbamos al zoológico. Durante tres años concurrí todos los domingos a ese paseo lindo, infantil, repetitivo, de risas, llantos de niños, llamados de atención de nurses, globos y monos de cerámica con pelo de perro que se venden a las puertas y que los pequeños aún piden a sus papás. Y me fui estructurando: los domingos eran propiedad del paseo del Bosque, y los días de semana, de las horas de cátedra y de la continua pasantía en Antropología.

Una noche miré a Jacob dormido sobre una piel tendida en el piso del salón de clase. Lejana, su voz de tres años atrás resonó suave: "La Antropología absorbe el seso y el sexo".

Yo tenía confianza con el personal de guardia del edificio.

El guardia me abrió la puerta enorme. Salí al Bosque y me fui andando hacia el macadam; crucé

la rambla de plantas y entré a mi departamento. Cerré por dentro con mi llave.

Encontré a Laura durmiendo en el sofá cama que fuera de Ramón; le di una llave para que viniera cuando se le ocurriera y ésta fue la primera vez; habría otras.

Me preguntó de dónde venía y le contesté que venía del Museo. En lugar de asombrarse, expelió: "Ah..."

Le indiqué que siguiera durmiendo. Dijo, muy sonriente, que soñó con Ramón. Interrogué: "¿Con quién?".

Sorprendida, me aplicó una calificación: "Desalmada y desanimada; elegí".

Ambas, desveladas, decidimos tomar café con leche a las dos de la mañana. Lo bebíamos sin palabras; curiosamente metida cada cual en su estanco privadísimo. También singular, porque lo éramos.

Mi único apoyo en esos momentos fue saber que tenía mi pasaporte en regla.

De pronto conversábamos de viajes. Ella carecía de pasaporte. Ella poseía familia, mal que bien, poseía familia y casi siempre una pareja más o menos estable. Temí que se me hubieran secado las dos opciones prometidas por Jacob. Puse proa a París durante un mes; partí al día siguiente. Regresé luego de treinta días. Temí que todo estuviera tal como lo dejé. Temí que todo hubiera cambiado...

Luego de dar explicaciones, retomé los mismos hábitos de antes.

Así fue como llegué a mis treinta años de edad.

Conversaciones con Laura Láinez

Laura venía seguido al Museo porque para llegar a mi cátedra del subsuelo no debía sino destrepar la escalerilla caracol ferruginosa. Seguía dibujando y decorando en las clases del matrimonio Bergna.

A veces coincidían nuestros paréntesis de especializaciones y tomábamos un refrigerio en la confitería del paseo del Bosque. Ya entrado el crepúsculo, ella cenaba y yo comía algo liviano. Mi afección hepática permite que llegue hasta ahí no más, en cuanto a ingestiones gastronómicas; siempre quedé esquelética. Y no por anorexia.

Acostumbro guardar silencio luego de regresar de mis viajes, continuos, a mi ciudad de La Plata. En tiempos de mi niñez, leía en el renglón dedicado a viajeros del diario *El Día*, por ejemplo: "De La Plata a Buenos Aires viajó la familia Gómez"..., pudiera bien ser otro apellido y viajar desde Buenos Aires a La Plata. A esa circunstancia se deben mis silenciamientos viajeros. Cuando pase un tiempo y el tema sea propuesto casualmente, relataré cosas. Ahora no.

Durante una reunión de esas de cenáculo, esta vez en verano, vino al caso un nombre adorado por mí de labios de ella: "¿Qué sabés de Jorge Luis? ¿Hace mucho que no lo ves? Yo lo vi hace un mes más o menos por la calle ocho y cuarenta y siete, ja, siempre con su canotier de paja y tan elegante".

Le contesté que cargaba sobre mi ánima un silencio de seis años o algo así. Pero que todo estaba bien y según lo dispone ese fenómeno que no puede analizarse y que se llama destino. Laura afirmó que ella no era fatalista. Y continuó: "Fijate que se me acercó... ay... qué perfume tiene ese guacho... Y me preguntó por vos".

Sentí un temblor generalizado de pies a cabeza y simulé frigidez.

Siguió: "No digas que no te importa... No es como lo del viejo de Antropología; Jorge Luis y vos pudieron ser felices". Le dije: "No seas cursi, Laura Láinez, felicidad es sólo una palabra". Y ella, afectándose de filósofa: "Las cosas son gracias a las palabras".

Laura se pone insoportable cuando supone que es una filósofa.

Esa noche en mi departamento, monologué conmigo misma; lo último expuesto por mi amiga es real. Jorge Luis fue y será amor de mis amores, estúpida novelita rosa, horrendo drama, corriendo como lo hacen las aguas debajo de los puentes, por los le-

chos, anchos, largos, vivos, muertos, escuetos de todos y cada uno de los estilos literarios y plásticos livianos cual un capitel dorio y encallando en la forestación de un capitel corintio. No quisiera volver a verlo.

Tres viajes de ida y vuelta me costó un levísimo olvido, la cicatriz mal cerrada de un tajo en mitad del pecho, próximo al corazón. Me costó la vida, dado que nunca me repuse del terror a los vendavales que despabilaron a una niña a las puertas de su adolescencia precoz.

Aunque parezca una mentira boba, me fui monologando, mi más feroz vocación momentánea entonces, gravemente infecta hoy, significó poseer una casita junto al mar y oír y ver, en el teatro Colón, *El murciélago*, de Strauss.

Niña me até a sus caprichos de encantamiento. No superé tales ataduras y aunque no lo confiese ni siquiera a mi más íntimo interior, todavía amo a Jorge Luis, todavía me acerco a la fuente de cerámica que está en la plazoleta de la iglesia San Ponciano, y cuando nadie mira, la beso.

Durante su gestión como intendente de La Plata la mandó elaborar delicada y rural, con gauchos y caballos en relieve.

Huyo de lo que no pudo y debió ser. Tengo la plena seguridad de que ambos nacimos destinados el uno a la otra, desde tiempos disímiles.

Desde un tiempo a esta parte, Jacob...

El doctor profesor Cristofredo Jacob ha envejecido; ahora deambula por la superficie del Museo mirando los objetos como si recién los evidenciara. Han cambiado, fuera del Museo, los tiempos y sus circunstancias; otras maneras políticas y sociales van formando nuevos modos de ser y actuar. Pero los antediluvianos casi no lo hemos notado, aunque las horas de los relojes nos dictan que vamos pasando al ritmo de los segunderos y de los minuteros y que de vez en cuando debiéramos detenernos para que nos den cuerda o para que nos cambien las pilas. Los antediluvianos no les prestamos atención y allá vamos en nuestro albur.

Yo aún gozo de vasta cuerda; una llanura como la pampa tiene la extensión de mi ánima.

Luego de mi último viaje a París no se habló ya de pasear por el zoo los domingos. Un domingo cualquiera fui por mi cuenta y riesgo. En un recodo del paseo divisé a Jacob apoyado en su bastón. Me escondí. Igual nos contactábamos con temas afines en las clases como si nunca hubiéramos sido tan compinches. Un día el doctor profesor Cristofredo Jacob se fue a Baviera, su cuna. No volvió.

El marido de mi madrastra

No estoy segura del lugar de mi nacimiento. Un velo de neblina, tramado y develado sobre el suceso, opacó tal circunstancia.

Me contaron superficialidades acerca de este caso.

Yo siempre advertí que mentían.

Así procedían los soeces.

Soez, el sitio donde me despabilaron: un caserón húmedo de cuyas paredes descascaradas fluían goterones turbios que salpicaban desde el piso. De los sumidos muros, pendían colgados de clavos enormes cuadros con escenas de desiertos y paisajes muy tristes.

En el sitio había una gran angustia de resignación que flotaba desde los muebles y desde los soeces.

Me despabilé ahí a los cuatro años. Ignoro aventuras más antiguas. Por ejemplo, la de mi nacimiento.

No olvido los pisos de aquella casa húmeda, entablillados con maderas rajadas, quebradas, con ratoneras. De los huecos, por la noche, veía salir a los ratones, a las lauchas, a las ratas gordas.

"No vaya a tocarlos", gritaba una voz soez. Los muebles de ese estanco eran invernales, sin adornos, desnudos de gracia; muebles muertos. Nombraban a algunos muebles con nombres pinchantes; los llamaban trinchantes. Al pasar lastimaban. En un trinchante alto y ojival había bajorrelieves de caras de ancianos y coronas, malos y barrocos.

Los patios de allí estaban enladrillados y en uno de ellos, una bomba surtía de agua. Nos alumbrábamos con lámparas de kerosene por falta de electricidad. En invierno me moría de frío; en verano me moría de calor; en las cuatro estaciones me moría de miedo.

Soy Máxima Bellini y no sé por qué.

Unos fantasmas de cuando en cuando vienen a revelarme secretísimos misterios resguardados con saña encima de mi persona y de mi ánima. Los fantasmas levantan apenitas una punta del velo y a medida que corren las aguas debajo de los puentes me es dado ver algo más que los soeces ocultan de inmediato. No sé cuándo veré el panorama total que oculta la insensible manta tramada que cubre mi origen. Si pudiera liberarme, comprendería de dónde

he heredado tan extensas amarguras y tan extremas penas, como así también tan espectaculares euforias. Las medianías, las medias tintas, no son mi manera. Estoy hendida de bipolaridad.

No soy como los otros.

Fui, soy, un ser tremendo, doloroso y cruel conmigo y con el entorno; un ser ciego andando a tientas.

Necesito creer. Rezo. Espío entre el tramado hilado de mi velo siniestro. Y algo me permite descubrir la recogida prenda.

¿Qué es? La localidad de Tigre, en la provincia de Buenos Aires, una casa a dos aguas (su techo) y murmullo de las aguas de un río cercano; follaje intenso y perfumado; cantan unas personas vestidas con prendas de géneros livianos y coloridos. Ladran los perros.

Ahora soy Máxima Bellini y no sé por qué...

Esta familia en cuyo seno alboreó mi vida se apellidaba Pinto; la joven mujer que me arrullaba era María Pinto.

Había una señora muy vieja, la madre, mi abuela.

Todos los habitantes de este predio son vistosos. Yo amo a la joven peinada con trenzas y que usaba pollerón amplio y llamativo.

Diré que se trataba de una familia de gitanos: los gitanos Pinto de la localidad de Tigre que son mis

parientes, dicho esto a riesgo de que mis pacientes lectores piensen que miento. Y no miento.

Soy artífice

Soy la artífice de mi propio destino.

Insisto en rasgar este velo impío que me somete a los espantosos soeces y convertirme en mi propia historiadora.

Acaso yo sea Máxima Bellini porque cuando nació mi hermana en la casa triste y apolillada, la bautizaron Máxima Bellini, y fue cuando una abuela dijo: "Para limpiar los nombres".

Regreso a la casa de Tigre, ya con dos años de edad, cuando María Pinto cosía en su máquina Singer un tapadito colorado con puños y cuello de piel de chinchilla. Ella dijo: "Para tus fríos, mi niña". Me gustaba estar con María cuyo perfume a canela en rama apreciaba y navegaba... Hasta ahí me deja entrever el tramado egoísmo. El olor tierno me persigue dentro de los platillos de arroz con leche y de natilla... Era lindo comer en aquella habitación silvestre.

Me siento navegadora del río Tigre cuyas aguas salpicaban cantando a los gitanos. Soy feliz en el recuerdo de los perros y los caballos de Jovita, la osa a

quien dediqué un cuento; los zíngaros criaron a Jovita que miraba con ojos rojos y bailaba en el campamento. El comienzo de mi vida es sólo previsible. Tanto cariño como el que me prodigaron esos vistosos personajes sólo se prodiga a los hijos.

Ahora opinan que no quiero a nadie, y es cierto.

Gasté mi capacidad amatoria cerca de un río de primera infancia apenitas despuntada, en un paraíso del que me expulsaron como Dios expulsó a Adán y Eva del gran paraíso de La Biblia.

Vuelvo a meterme en la piel de Máxima Bellini, en la ciudad de La Plata. Mi hermana también se llama así.

Una abuela extranjera, peinada con rodete, me arrinconaba cuando yo tenía cinco años, me señalaba con un dedo índice tosco, susurrando: "Vos sos fea, la nena nueva es linda y es hija".

La nueva Máxima Bellini era granujienta, pecosa y esquelética.

Después, en la escuela, opinarían: "No parecen hermanas las Máxima Bellini... la mayor poetisa y la chiquita medio imbeciloide".

Yo pude aclarar algo al respecto, pero no lo hice por miedo al gusano con el que me asustaban en la casa triste.

Por la calle de tierra que aún no habían asfaltado pasaba el caramelero don Lino Carlino; entonces yo tenía cinco años y me faltaban cuatro meses para cumplir seis.

Don Lino vestía un delantal color rosa como el de las nenas del jardín de infantes y calzaba sobre su cabeza una galera igual a la del señor Dalton, que por ser deshollinador esgrimía un largo palo y, por ser inglés, siempre usaba paraguas.

Don Lino también usaba galera, pero no paraguas. Y en lugar de palo para limpiar chimeneas, esgrimía un palito terminado en forma de piña agujereada, y en los agujeros insertaba caramelos y chupetines de todos los colores a los que llamaba pirulines y los vendía a cinco centavos cada uno. La piel del rostro del pirulinero edulcoraba al sol reverberando tinte de almíbar, como el que queda pegado al fondo de las budineras luego de la cocción del postre. Su voz preciosa se oía muy dulce ofreciendo al aire tibio de la media tarde su mercancía: "Pirulines a cinco centavos cada uno". A mí, el encuentro con don Lino me resultaba mágico. Seguramente él adivinaría mi admiración y simpatía por su persona y me regalaba un pirulín rojo.

Aviso a mis pacientes lectores que mencionaré: "mamá", a la mujer mayor, y "hermana", a la mujer-

cita. En cuanto al marido de mi mamá, descubran, es el hombre de la casa triste.

Mi mamá (valga) comprobó la mutua admiración y simpatía que nos profesábamos don Lino y yo, y poniendo mala cara, fue a contárselo a su marido. El marido de mi mamá puso cara horrible.

Pronto terminaría la primavera y comenzaría el verano floreciendo las copas de los paraísos de las ramblas.

El marido de mi mamá esperó a don Lino al día siguiente de la delación de mi mamá. El marido de mi mamá salió al encuentro del caramelero y le asestó una trompada en un ojo. Trastabilló mi amigo, pero pudo hacer equilibrio. Sangrando, siguió con su venta: "Pirulines a cinco centavos cada uno".

Desde el mirador de la última pieza seguí mirándolo hasta que dobló la esquina. Noté que mi hermana Máxima, que siempre se chupaba un dedo, se chupaba toda la mano. Mi mamá arrancó la ropa que estaba colgada en la soga, y pasó demasiado cerca de mí, atropellándome. Pude mantener el equilibrio, como antes don Lino.

De pronto surgió de las sombras de una de las piezas de la casa triste el marido de mi mamá que venía desnudo.

Me gritó con estridencia: "¿Así que a vos te gusta chupar el pirulín?". Sorprendida, no respondí.

El hombre dijo a Máxima: "Váyase para adentro".

En seguida me atrapó y obligó a poner con violencia mi cara entre sus piernas, donde advertí que se movía un gusano igual a uno que estaba en el tronco del árbol de brevas.

Tremulé en pánico cuando el marido de mi mamá quería que yo hiciera con su gusano lo que hacía con el pirulín rojo de don Lino. Me debatí espantada y el soez aflojó.

Surgió de la pieza apolillada mi mamá gritando: "Terminen de una vez... No te hagas la inocente... Puerca, a vos te gusta".

Cómo llegué a la casa triste

Exactamente, de eso, no guardo memoria.

La trama velada se cierne muy espesa y sólo permite entrever a una pareja formada por doña Honoria y don Carlos; ella me tiene de la mano; debo acercarme ya a los tres años. Sé que he llorado mucho esa noche y que mi familia vistosa se fue. Ignoro por qué no me llevaron...

De esta pareja reflejo unas fantasías.

Flota desde mi subconsciente algo que deseo agiornar; me resulta difícil. Oigo la llantina de Máxima que ha nacido. Casi imaginándolo, oigo la

conversación entre doña Honoria y el marido de mi mamá; la señora dice que yo ya no les hago falta porque el crimen del estudiante ecuatoriano ya está olvidado, y porque "ya tienen una beba legítima".

El marido de mi mamá dice que, más adelante, cuando "la patrona salga del posparto".

La pareja se fue prometiendo volver.

Bautizaron a Máxima Bellini; yo también era Máxima Bellini, pero con el agua bautismal en la cabeza de la pequeña, los nombres que yo había ensuciado, se limpiarían.

Mi mamá se repuso y doña Honoria y don Carlos volvieron a buscarme. No me dejaron ir, aduciendo que yo "era la luz de sus ojos".

Los pequeños y sucios añitos infantiles caían sobre mí con sus pesadillas fragorosas tanto vividas como inventadas y mi existencia fue un suplicio erótico.

Cada uno de los poros de mi piel sabía del éxtasis de la angustia.

Yo no existía, vibraba con la tensión de un cable eléctrico.

El marido de mi mamá andaba desnudo durante los días tórridos de enero; para asomarse a la vereda se ponía un gastado pantalón y calzaba zapatillas. Me obligaba a mirarle debajo de las zapatillas para que comprobara si se le había pegado alguna porquería en la suela trapera. Yo cumplía seis años cuando me

agarraba y me llevaba a su pieza y me sentaba frente a él. Me decía: "Mirá el gusanito cómo se mueve" y me mostraba su pie desnudo moviendo el dedo gordo con tal agilidad que parecía algo separado de su asquerosa pata; repetía ese ejercicio hasta que la excitación lo tiraba al piso de madera, y ahí, retorciéndose, se ponía verde de cara, con los ojos amarillos. Yo salía corriendo de la habitación y, en el patio, mi mamá me cazaba de los cabellos y me llevaba de nuevo a la pieza, diciéndome: "¿Qué le hiciste a tu padre, atorrantita? Miralo... ¿no te da lástima?".

Ella me abofeteaba hasta dejarme la cara colorada como un tomate. Me exigía darle besos al hombre desde la cabeza hasta el dedo gordo del pie. Lo hacía muchas veces por temor de que ella me cortara la lengua con el cuchillo de pelar papas.

Las tablas de la cocina

La cocina de la casa triste significaba para mí tres tablas. Una tabla grande que servía de mesa, sostenida por dos caballetes y, a ambos lados de la tabla grande, dos tablas que se animaban y me golpeaban hasta dejarme convertida en un esqueleto, igual al que aparecía en una propaganda, en el diario.

Esa figura me daba miedo.

Mi mamá ponía sobre la mesa papel de diario a manera de mantel y la propaganda, a veces, según la página, mantel en la ocasión, me miraba desde las cuencas vacías, obsesionándome.

Todos los días mataban una gallina del gallinero. Casi todos los días, cuando se almorzaba, había puchero de gallina o tortilla de papas, que eran las únicas comidas que sabía cocinar mi mamá.

El marido de mi mamá vendía rifas, sentado, durante algunas horas.

Esas rifas se las proporcionaba el dueño de un bazar de baratijas, que para sumar clientela rifaba alguna chuchería.

Supe, después, que al marido de... no lo empleaban en la administración porque había acribillado a un estudiante cuando trabajaba de pesquisa en la policía.

Supe también que pesquisa es aquel sujeto que espía a la gente y "lleva el cuento" o delata.

Volviendo al tema culinario, diré que el vino tinto en botella grande nunca escaseó. Cuando el hombre vendía pocas rifas, no comíamos; tomábamos café con leche mojando pan duro.

Durante una comida regada con mucho vino, la pareja siniestra empezó a bromear pasando las piernas por debajo de la mesa. Noté que en la entrepierna de él jugueteaba el dedo del pie de mi mamá, y me sugerí viceversa...

Tomaron impulso y, moviéndose, perdieron estabilidad; la tabla se volcó encima de mi mamá y de mi hermana. La pequeña huyó asustada. Yo miraba la volcada propaganda esquelética del diario; la pareja se acopló espantosamente; pude huir y no lo hice. Los zafios me vieron; me atraparon. Ella ofreció: "Vamos... terminá de una vez con esta atorrantita... ¿no ves que le gusta?".

El soez destrozó mi cuerpo. Entre tablas arrasadas, comida aplastada, papeles desdichados, terminé mi infancia a los seis años.

Alguien me aconsejó que nunca contara estas escenas porque pensarían que yo inventaba atrocidades al solo efecto de escandalizar. En realidad, no me gusta escribir estas desgracias, pero en cierto modo descargo mi subconsciente atosigado y advierto mejoría hepática. Sufro del hígado; padezco un temperamento bilioso atrabiliario que oscurece mis mejores horas; aunque yo no tengo mejores horas. Pienso que en este mismo momento una nena puede estar siendo atropellada y que la policía de minoridad no cumple a fondo con su cometido. Cuando vean una nena melancólica, vayan directamente a la pregunta: "¿Cómo te trata tu papá?". Y ahí está la clave.

La hepatitis

De aquella espantosa pesadilla de las tablas, desperté en un doloroso ataque de hígado.

Un médico de los antiguos que no revisaban, diagnosticó: "Esta niña se muere"; después recetó alguna poción o tónico.

Estuve parada en el umbral de la muerte viviendo un mundo de pesadillas afiebradas. Fue horrible. Cuando aprendí a leer de corrido, leí la *Divina Comedia* de Dante y llegué a la conclusión de que ese poeta visitó el infierno, el mismo que yo sufrí entonces.

A los siete años volví a la cocina de las tablas. A la mujer de mi drama la llamo "mamá", pero el único parentesco que nos une es nuestra estada en el infierno.

En la cocina de mis siete años comprobé que sólo había cambiado el papel de diario que cubría la tabla a modo de mantel.

Casualmente, esa edición traía el mismo aviso proclamado por el esqueleto que me observaba con las cuencas vacías de la calavera.

Ese detalle y el anunciado puchero de gallina que traían tras un humo turbio me subió en un antiguo chucho helado.

La enorme botella de vino tinto que atrapó el marido de mi mamá, chupando de ella ruidosamen-

te, consiguió que un sabor amargo subiera desde mi estómago a mi garganta.

Mi mamá trozaba la gallina con las manos y "ay", porque estaba muy caliente. El marido cazó al vuelo una pata-muslo muy caliente; a mordiscones dio buena cuenta de la gran presa, eructando.

Dijo: "Hoy hay comida gracias a papito, muertos de hambre". Mi mamá "ay" porque se quemaba y chupaba una pata de gallina, sorbiendo su grasa dado que carecía de dientes.

Mi hermana usaba los cubiertos de acuerdo a sus capacidades, que no eran muchas, pero se defendía. La pobre chica sabía demasiadas cosas perversas que provenían del desgraciado entorno. Se llevó el cuchillo a la boca varias veces: La comida terminaba cuando la gallina estaba consumida. Quedaba poco vino en la enorme botella. La pareja daría buena cuenta del líquido restante; mi mamá, llenando su vaso en forma de barrilito; y el marido, empinando su codo. Máxima estaba sentada junto a mi mamá; yo, junto al marido, enfrentándonos.

Ese primer día de ingreso, el monstruo me dijo: "Alcanzame esa naranja", pero no había naranjas...

Entonces espetó: "¿Y qué querías, muerta de hambre, postre?".

Las comidas en la cocina de las tablas significaron para mí, si bien no la mayor, una de las más

horrendas torturas de mi infancia destruida a los cinco años, cuando me faltaban cuatro meses para cumplir seis.

En verano, el marido comía desnudo; en invierno, se cubría con andrajoso capote que le dejaba las piernas velludas a la intemperie. Visto desde una esquina, uno lo confundiría con una mujer gorda, con un loco escapado del hospital Romero, con un mono huido del zoológico. Mi mamá, en verano, usaba un batón haraposo que nunca lavaba; en invierno, un vestido rotoso que cubría con una pañoleta. A veces, ambos calzaban zapatillas o andaban en pata.

Los mandados

Cuando cumplí ocho años comencé mi escolaridad en un establecimiento barrial que distaba dos cuadras de la casa triste. Fue la época de los mandados.

En esta época, el marido de mi mamá conseguía avergonzarme con decisiones muy crueles. Mi mamá colaboraba riéndose y arrumacándose contra el cuerpo del hombre, desnudo en verano, cubierto por el raído capote en invierno.

Me asignaron una tarea que consistía en hacer las compras tres veces a la semana, acompañada por

mi hermana, cuya función consistía en contarle a su papá si yo cumplía al pie de la letra el susodicho encargo, y las letras formaban estas palabras: "Manda a decir mi papá, que es Bellini, que me venda un kilo de carne para estofado"; "manda a decir mi papá, que es Bellini, que me venda un kilo de pan"; "manda a decir mi papá, que es Bellini, que me venda una botella de alcohol fino".

De vuelta a la casa triste, el monstruo preguntaba a su hija si yo había dicho: "Manda a decir mi papá", etcétera.

Máxima asentía.

Cuando abría el paquete de la carnicería, furioso, tiraba la carne contra el suelo, gruñendo: "Infeliz, te han robado", y ahí nomás empezaban los toqueteos que se confundían entre ligeras golpizas y caricias réprobas.

De vuelta de la panadería, el monstruo sacaba los panes de la bolsita y los apretaba uno por uno acercándoselos a la oreja, gruñendo: "Infeliz, te han dado dos panes de ayer. Andá a cambiarlos".

Cuando iba a cambiar, Máxima no me acompañaba, de modo que yo daba una vuelta manzana, no entraba a la panadería y sí a la casa triste de la golpiza y los toquetones.

De vuelta de la farmacia, el hombre observaba la botella de alcohol, la olía y me sentaba en una

silla porque había resuelto recortarme la melena: "El pelo largo junta piojos". Buscaba unos útiles de peluquería y, desde atrás de mi silla, comenzaba a despuntar mi cabellera. Yo sabía que al final del recortado, como al descuido, me tajearía el lóbulo de la oreja derecha y me aplicaría un trozo de algodón mojado en el alcohol de la botella.

Aguardaba que me quejara. Yo no me quejaba a pesar del intenso dolor precedido del miedo que me atrapaba durante todo ese tiempo expectante de la tortura terminal. La primera vez, lloré. Entonces volvió a violarme.

Otro mandado. De vuelta de la vinería, adonde iba con Máxima, destapaba la botella y la empinaba, proclamando: "Voy a bostear".

En medio de tales tropelías cursaba yo mis ocho años y mi primer grado escolar. Todos en la casa triste estábamos sucios por falta de baño. Cuando iba a la escuela, juntaba agua de la bomba y la ponía en una palangana encima de una silla y me higienizaba hasta donde podía, que no era mucho.

Decidí bañarme para iniciar el curso escolar. Mi mamá llenó el tacho de lavar la ropa con agua tibia y me dio un jabón amarillo, diciendo: "Perro al agua".

Me compraron un guardapolvo blanco y zapatos con presilla de cuero. Al volver de la escuela me los

quitaba y los guardaba en el ropero. Entonces los alumnos cursaban escolaridad paga o gratis.

Yo estaba entre los gratis. Años después, mi hermana estaría entre los pagos.

Cuando Máxima empezó su escolaridad, advirtieron que nos llamábamos igual, y nos pifiaban. Mi hermana aseguraba que no éramos parientas.

En la zona de la casa triste nadie se preocupaba por los humildes y oscuros habitantes suburbanos. Las maestras venían del centro. Cursábamos los primeros años de una escolaridad sin alegría, sin libros, apenas con un cuaderno San Martín, una lapicera, un lápiz y una goma de borrar. Algunos chicos llevaban una bolsita con sándwiches y bizcochos para comer en el recreo largo; en el tercer recreo. Vagamente recuerdo haber experimentado una cierta dicha, brevísima, de regresar a la casa triste, cuando mi mamá servía café con leche y bollitos de anís. Cuando el marido de ella se enteró, ya no hubo bollitos de anís.

"Lujos no, muerta de hambre."

Las Máximas causaban risa por sus guardapolvos mal almidonados. Mi mamá lavaba los domingos ambas prendas y pretendía almidonarlas. Quería llamar la atención y pasar por buena madre. Lo único que conseguía era emparchar de grumos esas prendas endurecidas a trechos; lánguidas y desteñidas, a trechos.

Los años treinta fueron funestos. El marido de mi mamá cada vez vendía menos rifas y en la casa triste comíamos cuando la vieja abuela tosca, la misma que dijo "Para limpiar los nombres", traía vituallas que ella elaboraba porque sabía cocinar. Mi mamá no sabía cocinar y se defendía matando gallinas y luego hirviéndolas en el puchero. La vieja tosca había sido cocinera de casas pudientes y tenía ese oficio. Cuando traía el bulto encima de la cabeza, al dejarlo sobre el fogón, me miraba, lamentándose: "Lástima que en la familia coma una guachita, porque vos sos fea, la nena nueva es linda y es hija".

Pero a mí no me llagaban los insultos de esa mísera ancianita. El hijo de la vieja tosca, marido de mi mamá y otras yerbas, ponía sobre una fuente enlozada los alimentos delicados que obsequiaba su máma. (Pronunciaba la palabra acentuándola en la primera a.) Ese día, el monstruo se tornaba insufrible.

Lo único que me era posible aprovechar del festín era el rico olor. El degenerado se sentía importante por el banquete producto del saber cocineril de la mamá. Se sentaba un rato antes y tragaba directamente de la fuente enlozada, con la boca abierta, mostrando el bolo alimenticio, y mostrando su lengua.

Su voracidad mordía su lengua junto a los alimentos.

Entonces la sacaba, me llamaba y obligaba a mirársela. Yo tenía que informarle si se había lastimado. Casi siempre, la inmunda lengua presentaba un moretón azul. El tragón casi se comía su asquerosa lengua confundida entre la comida.

La adolescencia frustra

Llegó mi edad adolescente sin mayores cambios que no fueron aquellos que impone la naturaleza; mi mamá me dijo: "A ver si te hacen un guacho".

Recuerdo que nos compraron a mi hermana y a mí, a cada una, un vestido de seda vegetal, que al principio me quedó bien.

Cuando los vestidos se ensuciaron, mi mamá los lavó en la tabla de lavar con jabón ordinario; al mío lo tendió en la soga y al de Máxima lo puso a secar sobre una mesita. Mi vestido se alargó por obra del principio de gravedad que tira todo hacia abajo, y el de Máxima quedó como nuevo. Yo no quería salir con esa prenda deformada porque se reirían...

Se reirían las chicas que me daban vuelta la cara porque notaban algo raro en mi comportamiento.

Lo usaría en casa. El marido de... me gritó: "Parecés una longaniza... qué plato".

La primera comunión, para mí, fue ceremonia muy tardía porque había cumplido once años y estaba muy crecida representando quince. El marido de... me gritó: "Parecés una monja, buscate un cura". Esa ceremonia tan bonita fue, en mi caso, un tramo sumado al vía crucis.

Volví a la casa triste, mohína. Los años marchaban marcados por un minutero en forma de guadaña. Terminé la escuela primaria sin aprobar sexto.

Veía a un muchacho que rondaba cabalgando en su bicicleta; trabajaba de albañil en una obra, y me gustaba.

Mi mamá me vigilaba como hembra que cuida la presa para su macho. Cuando notó mi entusiasmo por el ciclista, se lo contó al hombre que salió a la puerta de calle a vigilarme.

En esos días estaban asfaltando las calles de barro. Un sábado inglés yo paseaba con Isabel, una vecinita de mi edad que viajó desde Chubut y vivía en la esquina de la casa triste.

Era muy lindo caminar charlando de novios y otras sutilezas propias de la adolescencia. Íbamos por el medio de la calzada inaugurando el asfalto. Además, ya no quedaban veredas porque los ladrillos se rompieron y carcomieron por el paso de la gente y por falta de mantenimiento.

Yo guardaba la esperanza de superar horrores, empezando a noviar. Hasta me dije: "Tal vez pueda olvidar... Tal vez sólo fue una pesadilla". Ese muchacho algo mayor que yo traía en su mirada el buen amor. Yo había planchado el vestido a lo ancho, y parecía bastante aceptable. Y paseaba...

Percibí un fuerte olor a sexo sucio, a cebolla, a tierra húmeda de pantano: mi mamá venía a grandes trancos acercándose y olía espantoso dentro de su batón de verano. Me gritó: "Entrá a la casa. Tu padre dice que se te transparenta la cachucha". Le hice caso y me puse un delantal para seguir paseando.

Entonces apareció el macho de mi mamá, se quitó el cinto que le sostenía el deshilachado pantalón y me fustigó las piernas, ensangrentándomelas. Isabel huyó.

El doctor Carontini

El doctor Carontini vino a verme porque yo estaba muy enferma. Puso un termómetro debajo de mi brazo derecho y anotó en una libreta: 38 grados. Repitió en voz alta "38 grados" someramente. Y diagnosticó que la enferma requería ser hospitalizada. Eso enervó a mi mamá, que dijo: "Esperemos hasta mañana, tal vez le baje la fiebre".

Yo ya había cumplido doce años y aceptado mi desgraciada situación en la casa triste; para evitarme, dentro de lo posible, pesares vergonzosos, me confesaba a mí misma: "Todo esto no es verdad, es una pesadilla".

Y así la pareja me manipulaba a su antojo. Cuando me ahogaba, la angustia llenando mi pecho de lágrimas, rezaba un rosario. Vieron mi rosario y me prohibieron ir a la iglesia. Si llegaba a confesarme, me amenazaron, mostrándome una tenaza que usaban para arrancar clavos de la pared, con que "me arrancarían los dientes".

Y yo sabía que aunque me hubiera confesado, le diría al cura, si me lo preguntara, que mis padres eran muy buenos, porque en mi cabeza golpeada, arrasada y tironeada de los cabellos, en ocasiones muy peligrosas me advertía aliada de ambos monstruos, y a los actos sexuales, indecentes y cruentos que aún no me animo a contar.

A medida que crecía en edad y estatura física, disminuían mi capacidad intelectual y mi voluntad, que ya se negaban a constatar y juzgar, en la medida de su espanto, el corrupto ambiente.

Permanecía atada al carro de dos bestias y sin intención de fuga.

En verano, cuando no estaba Máxima porque iba a visitar a su abuela tosca para enhebrarle las agujas, la pareja y yo permanecíamos desnudos.

La vecina espió por la cerradura de la puerta de entrada y divulgó por el barrio que "los Bellini, en el patio de la casa, encima de una colcha, hacían porquerías".

"Eso ocurría desde las dos hasta las siete de la tarde, todos los domingos."

Después, nos sentábamos en la cocina, sobre los bancos largos, y nadie hablaba, pero mi mamá me miraba con un odio tan profundo que aún me quema las entrañas. "Atorrantita... atorrantita... cómo te gusta".

Cuando terminó un verano de la década de los años treinta, creí que moriría.

La piel de mi cuerpo se cubrió de costras y placas supurantes, y en algunos tramos de aquella verdadera caparazón, sangraba.

Cuando se me pegaron las sábanas en la espalda, mi mamá me las arrancó a tirones, y mi espalda quedó en carne viva.

Avisó a su marido: "Tené cuidado, está apestada". El monstruo se ofreció a llevarme al hospital.

Por el camino: "Después decís que tu papito es malo..."

Recuerdo que el empleado que atendía la ventanilla del hospital me miró y preguntó: "¿Qué le pasó en la nariz?"

"Nada", respondió el marido de mi mamá.

En la nariz tenía un grano muy feo.

Ya en el consultorio el médico me indicó que subiera a la camilla. Cuando me desvestí, el doctor se puso pálido.

Me auscultó a fondo. De pronto, volviéndose al rincón del consultorio donde estaba sentado el marido de mi mamá, preguntó: "Dígame, señor, ¿por dónde anda esta chica que ha contraído gonorrea?".

Contestó la bestia: "Qué sé yo, doctor, los hijos ahora desobedecen y uno no sabe adónde van... qué quiere que haga... Soy un hombre de trabajo y trabajo todo el día".

Prosiguió el diálogo: "Tiene que internarla en un instituto de menores, ahí se la van a enderezar".

"No, doctor, uno quiere a sus hijos con toda el alma."

"Y ya ve cómo le paga esta sinvergüenza."

En el hospital, apiadados del pobre señor víctima de su mala hija, nos dieron gratis los remedios y unos bonos de pobreza para que me inyectaran tres veces por semana. Poco a poco me fui desprendiendo de la caparazón.

La pareja secreteaba y ella estaba furiosa. La palabra gonorrea se convirtió en una pelota que se arrojaban el uno a la otra y viceversa. De repente, al unísono, me miraron: "Por dónde anduviste, asquerosa, que nos trajiste la peste. Puerca... chancha...".

Yo nunca salía de la casa triste y ellos bien que lo sabían.

Esa tarde vino la abuela trayendo comida y postre.

El hijo de la vieja, marido de mi mamá, le relató paso a paso el problema de la gonorrea. Los tres personajes siniestros me maldijeron.

Algo expresaban cuando maldecían la hora en que entró en la familia la sífilis, mal que se contagia con sólo beber de la misma taza, y que vaya a saber en qué taza yo tomaba agua.

Regreso de la familia Pinto

Ellos volvieron a la casa triste. María Pinto traía en su bolso un paño rojo y tres peluches de chinchilla. Pidió permiso para usar la máquina Singer porque quería confeccionarme un tapadito rojo con puños y cuello de piel de chinchilla; la máquina Singer estaba ubicada en una habitación tétrica a la que definía como la pieza vacía.

En esa habitación el frío podía tocarse con las manos.

Había allí cuatro sillas de madera muy antiguas, apolilladas, descascaradas, simulando el desdoro, figuras feas hechas por un demonio.

Ahí recibían a la familia Pinto cada vez que venía, no muchas veces, pero algunas, sí...

La señora mayor que acompañaba a María siempre me sonreía. María me veía con enorme melancolía como de despedida, aunque recién llegaba.

Yo anidaba en mi pecho, en el lugar de los sentimientos, unos dulces latidos cuando la vieja me sonreía y María me miraba con pena. Yo quería a esas personas y me hubiera ido con ellas adonde fuera. La señora mayor de la sonrisa dijo que yo tenía preciosas manos, y que si me vistiera, quedaría hermosa como una reina. Entonces María, que padecía cierto estrabismo en los ojos, que la descubría sentada en medio de la lejanía, soltaba dos lagrimitas.

Ella se quedó un día más en la casa triste para terminarme el tapadito.

Cuando acabó la prenda, me la probó diciendo: "Para tus fríos, mi niña".

Al rato, vino la vieja bellísima a buscarla. Ella abrió su bolso y extrajo una pulserita de oro con dijes de piedras duras que sacaban y metían pequeños brillantitos como ojos, amoroso abalorio digno de una princesa. Fueron los únicos regalos, tanto el tapado como la pulserita, que tuve, brevemente, porque me los desaparecieron los soeces.

Al tiempo, unos meses después de la visita de las divinas señoras de la familia Pinto, acampó frente a

la casa triste, en un amplio baldío, una tribu de zíngaros. Era en los tiempos de los malditos mandados, que duró muchísimo.

A través de los alambrados del baldío, yo espiaba a los gitanos con la ilusión de que entre ellos estuviera María y la vieja que sonreía.

Todavía tenía enredado en la lengua el mandamiento: "Manda decir mi papá, que es Bellini…".

Así fue que viniendo de la carnicería, de pronto, en una esquina barrial, me vi frente a un chico más o menos de mi edad, morenito y gracioso, dueño del garbo propio de la raza calé.

Me dijo a boca de jarro: "Vente con nosotros, tú eres de los nuestros". Creí estar soñando porque en la edad adolescente tanto las alegrías como los atropellos y maltratos asumen calidad ensoñadora que son muros de contención ante cualquier desafuero. El gitanito y su oferta se diluyeron en un trasfondo visceral muy hondo, andando por las calles brumosas del ánima.

Una tarde entré a la carpa bohemia. Cuatro familias vistosas ocupaban un lote de más de media manzana. Adentro, los espacios estaban divididos por biombos multicolores, el piso era de mullidas alfombras sobre las cuales se aplastaban abundantes almohadones también multicolores; los almohadones de mayor tamaño servían de lechos; se alumbra-

ban al caer la noche con lámparas de kerosene. Los hombres viejos o señorones llevaban en sus cabezas sombreros de ala ancha que nunca se quitaban. No describiré el atuendo de las mujeres, porque todo el mundo ha visto una gitana alguna vez.

Había muchos pequeños; los gitanitos son más bien disciplinados comparándolos con otros niños. Se quedan quietecitos observando con ojos enormes cuanto ocurre en derredor. Los señores fuman con narguilles; ellas fuman cigarrillos.

No son muy afectos a los licores. A veces, destapan latitas de cerveza. Estuve bastantes horas en la carpa y me hubiera quedado para siempre.

La gitana gorda que comandaba el grupo femenino avisó que cruzaría la calle hasta la puerta de mi casa a proponerle a mi mamá que, por quinientos pesos, le vendiera los muebles del comedor, incluyéndome en la venta. Que podía estirarse hasta setecientos su oferta. Mi yo interior bailaba y cantaba un cante jondo.

Esa noche dormí soñando un lindo tema.

Los encuentros

Esa mañana, muy temprano, al alba, oí la voz del gitanito cuyo nombre, Rafael, sabía a miel.

Traía una pala de punta afilada al hombro. Salí de mi habitación y fuimos juntos al fondo de la casa triste a cavar una zanja, en el terreno, tras el paredón.

Rafael comenzó a cavar. La fuerza del chico hundía la pala en la tierra húmeda como si paleara sobre un flan de chocolate. Durante dos horas paleamos, porque le ayudé.

Suspendimos.

Al atardecer del mismo día me encontré en un recodo del camino con la anciana tosca que traía una bolsa de comida y alimentos de boca, varios, para dejar en la casa triste. Esa astrosa vieja estuvo a punto de detenerse cuando me divisó.

Nos paramos una frente a la otra. Ella descansó el bulto que le arruinaba el rodete dejándolo en el suelo y en seguida espetó: "Usted debiera irse con los gitanos porque ni es hija de mi hijo ni de la mujer de mi hijo; usted fue prestada para dar lástima".

Con gran seriedad, pregunté: "¿A quién?".

Dijo que a la policía que tenía preso a su hijo. Eso yo ya lo sabía, como también que su hijo, marido de mi mamá, era un criminal sobreseído.

La vieja tosca aclaró: "Para dar lástima, yo iba con usted de la mano y suplicaba por la libertad del papá de esta pobre criatura, que era usted, tan pequeñita".

Ahora entendía el porqué de las visitas de la pareja, doña Honoria y don Carlos, por antigua, casi borrosa en mi memoria.

No hablaría más con la cocinera italiana o vieja tosca o abuela.

Fui directamente al campamento donde había un conciliábulo o tribunal zíngaro. Ahí conté todo. Ahí afilamos tres palas. Ahí dormí tranquila por primera vez en mi vida.

Ellos no durmieron preparando un viaje de partida en las carretas.

Enjaezaron cuatro caballos. Enjaularon los dos perros.

La luna ardía arriba de repente.

Y ya todo estaba guardado, también las extensísimas alfombras y los enormes almohadones.

La luna se cubrió tras un leve eclipse y cruzamos.

Ingresamos con sigilo a la casa tristísima.

Fuimos a la habitación dormitorio.

El gitano señorón llevaba una pala; Rafael llevaba una pala; yo también.

El gitano dio la voz de "Ahora" y los filos cortaron tres cabezas durmientes.

Yo corté la cabeza del marido de mi madrastra; el gitano cortó la cabeza de mi madrastra; Rafael cortó la cabeza de Máxima.

Cada cual agarró de los cabellos su correspon-

diente cabeza faenada y fuimos, los tres, en dirección a la zanja que cavara el zingarello, y ahí las tiramos.

Volvimos al lugar del hecho y arrastramos primero el cuerpo de mi madrastra; segundo, el cuerpo de Máxima.

Pensamos desmembrar a golpes de pala el corpachón del monstruo y no nos fue posible porque cuando volvimos al lugar del hecho, no estaba.

Todos oímos una horrible carcajada y vimos un refucilo rojo con garras que agarró a aquella bazofia y se la fue llevando hacia abajo, y la bazofia movía los brazos y las piernas.

Volvimos a la casa triste con baldes de agua, a limpiar los rastros de sangre. A nadie le interesa lo que ocurre en los profundos suburbios. Igual, limpiamos.

Y nos fuimos.

Acaso no debí escribir esta historia, pero ya lo hice.

No acostumbro arrepentirme de mis actos, porque son pensados.

Cuando termino de escribir algo, siempre me digo que tal vez sea sólo un sueño.

Respuesta a una posible pregunta

Tal vez mis pacientes lectores pregunten: ¿cómo es posible que una gitana haya conocido a don An-

tonio Zamora, que fue editor y dueño de una gran editorial llamada Claridad?

Yo voy a responderles; Máxima, la gitana, cambió su nombre por Olga, y cuando desplegaban la carpa en alguna ciudad importante, junto a otras gitanas, vendía chucherías por restaurantes y centros culturales.

Y fue en la ciudad de Buenos Aires, vendiendo, que advirtió que un señor muy bien puesto la miraba, y entonces le ofreció un paquetito de curitas y otro paquetito de pañuelitos.

No sólo le compró, sino…

No seré indiscreta.

Ustedes imaginen lo que se les antoje.

[illegible]
a la zanja que cavara el [illegible]
—Volvamos al lugar del hecho y encontramos [illegible]
[illegible] el trozo de su [illegible] tomando el [illegible]
de Máximo.

Tratamos de [illegible]
pación del monstruo y no nos fue posible porque
cuando [illegible] al lugar del [illegible] Y

Todo [illegible] una horrible [illegible]
[illegible]
y se la fue llevando hacia [illegible]
los brazos y las piernas.

Volvimos a la casa triste con [illegible]
piar los rastros de [illegible] lo que
ocurre en los profundos suburbios. Igual, limpiamos.

Y nos fuimos.

Acaso no debí escribir esta historia, pero ya lo hice.

No acostumbro arrepentirme de mis actos, porque son pensados.

Cuando termino de escribir algo, siempre me digo que tal vez sea sólo un sueño.

Respuesta a una posible pregunta

Tal vez mis pacientes lectores pregunten: ¿cómo es posible que una gitana haya conocido a don An-

Epílogo

El cuento titulado Carbúncula, *cuyo personaje es imaginado, corresponde a hechos virtuales. Cualquier semejanza con alguna persona o circunstancia serán meras casualidades.*

En El abuelo Melo, *existen durante la narración sucesos y personas de mi familia por parte de mi mamá.*

El marido de mi madrastra *refleja un caso que traté como psicóloga en la dirección de Minoridad, colaborando junto al doctor Bela Szekely.*

Hadas, brujas y señoritas

El tornado

Ha comenzado el invierno y yo estoy gris, abandonada y sin lágrimas en esta casa de árboles y espejos; debe haber un sitio para llevar el alma, vacío, en mi interior de nosferatus.

Algunos difuntos ambulan y antes me he chocado con ellos por la calle. Hoy me chocan a mí porque voy desapareciendo.

Milton, mi perro, reposa en paz enterrado al pie de la acacia. Hasta hace un año, me acompañaba él, y los gatos —Heacly y Caty— también lo hacían, y el enanito de cerámica del jardín que me regaló la alemana del almacén, que yo escondía tras una maceta por considerarlo de pésimo gusto. Compañeros.

Sólo quedó el gnomo desteñido por la lluvia del cielo y el llanto del sauce en que se apoya.

Relataré la fuga de los miches porque Milton murió de viejo entre mis brazos.

Esa tarde vino mi prima Helena con sus tres niños que recibieron el primer contacto con la muerte de los animales que cierran los ojos sin ayuda de manoseo en el momento de penetrar el misterio.

Cuando Milton era cachorrito corríamos por la *forêt* pisando el trebolar; yo soplaba panaderos de peluche y trepaba a las higueras.

He amado más a mis perros y a mis gatos que al universo ególatra, pedigüeño, vanidoso, humillado, humillante de los humanos.

La rara historia de los miches, Heacly y Caty, escapa a cualquier conclusión lógica.

Nunca se separaron estos félidos; a veces desaparecían por muchas horas y yo los llamaba con la voz de *Cumbres borrascosas* de las hermanas Brontë: ¡Heacly... Caty...! Son voces temerosas de otras ausencias. Estaban castrados, sus filos serían platónicos. Aclaro que yo no los hice esterilizar; en esas condiciones llegaron desde el aire, copos de lanilla blanca, acariciante y a la vez díscola, venían a comer sus pitanzas con delicadeza de labios de satén que un borbotón de saliva humedecía.

Como del aura, soplo del aire, ellos aparecían brotados de las nubes o del respiro arisco de la fronda enhebradora de hilazón neblinosa. Bajo la lluvia nunca salían al parque o al campo.

Transfigurábanse en estatuillas de cerámica sin apartar los ojos amarillos de los vidrios que dejaban mirar la torrentera y cuando el trueno desbocaba la armonía pluvial, temblaban, cremas de azúcar tenue en copas de postre.

Y desdoraban su elegancia egipcia escondiéndose debajo del ropero como animales viles del baldío, ¿memoria de borrascas de antiguas cumbres les devolvían historias de muerte y resurrección, de trasmigraciones?

Enero, escorpión fogoso, enarbolaba su cola; apareados los escorpiones producen rumor de cremallera; los he visto y odiado porque son lo más pérfido entre los insectos. Los fabricó Satán.

Fue en aquel enero cuando sopló de pronto un viento cínico, malsano, escorpiano, pero no refrescó.

No se apareaba el ventarrón con el colosal corazón del verano bonaerense. Viento solterón. Asexuado. Cada cual por su lado vejarían la misma víctima: la zona rural de City Bell.

Y en la profunda llanura vi alzarse el hongo de viento y tierra como bomba atómica que levantó dos vaquillas del campo de pastoreo.

Fila de arbolitos pasaron delante de mí andando, locos escapaban, arrancados y lanzados pero enhiestos. Arbolitos caminantes.

Luego el trueno, era el tornado alzando chapas y

lajas, tejas, puertas y ventanas, otros animales, llantos, gritos, mugidos, muerte.

No podía atrancar la puerta y mientras sollozaba de terror y de impotencia con espanto pude apreciar que Heacly y Caty, luego de mirarme con ojos negros, oscurecido a tal punto el precioso topacio natural, pegaditos como almas gemelas en pena, se iban abrazados, Dios me asista, al llamado de algo que vibraba en el monstruoso hongo que los elevó, que los disolvió o amparó, copitos de albo miedo rumbo a unos páramos de lo que nadie supo ni sabrá explicarme por qué.

Verifiqué la existencia de misterios más tremendos que los de Eleusis a la luz de la evidencia, y me sentí tan poquita cosa que viajé a la costa, me estiré en la arena cuan larga soy, comí salchichas con mostaza, bebí Coca, escuché a Litto Nebbia y acepté que todo eso también me superaba, porque quería curarme del poder enfermizo de atestiguar lo grave, brumoso y temible.

Una vez vi un ángel.
Carecía de brazos y sus pies eran enormes garras.
Ojalá, lector, que nunca veas un ángel.
Mi ángel me lastimó y me vació de alma.

La escribanía del bisabuelo

María Clara, María Sol y Carolina terminaron la secundaria. Carolina dejó dos materias para marzo; seguramente las llevará previas porque siempre le sucede.

La madre:

—¡Cómo no vas a llevar materias a marzo, a diciembre, previas y otras yerbas, si salís a las doce y volvés a las doce y a dormir, naturalmente!

—Mamá, hablá con precisión, salgo a las veinticuatro y vuelvo a las doce.

—No te hagas la graciosa... y ¿por dónde andás? Te pregunto por primera vez: ¿por dónde andás?

—Soy mayor de edad y no tengo por qué dar cuenta de lo que hago o no hago.

María Clara:

—¿La vas a controlar? No seas antigua...

La madre:

—Has cumplido dieciocho. Mirá Carolina, no sea que después vengas con problemas...

—¿Embarazo? Mamá, tomo la píldora.

María Sol es introvertida, aunque al final opina:

—La píldora anticonceptiva fue la liberación de nuestro sexo, hay otros procedimientos, mamá, pero a vos ya no te hacen falta.

María Clara:

—No escandalicen a la pobre que ya tuvo lo suyo cuando papá la dejó por otra. ¿Cuándo nos vas a presentar un nuevo papi, mami?

La buena señora ha cumplido cincuenta años, no lo demuestra porque es bonita y trasunta serenidad. Las tres chicas opinan que el progenitor la abandonó porque le falta *sexi*. ¿Sexi?, tal cual. Eso dicen y luego hablan de cualquier tema, la mamá para ellas está pasada de moda y pasada de todo.

Las muchachitas ingresarán a la facultad el año próximo.

La madre aconseja:

—Carolina, estudiá, así entrás libre de preocupaciones a la carrera de Antropología.

Carolina hace como que no oyó.

Estas hijas son semejantes a todas las hijas del tiempo: larguiruchas, pelilargas, nocherniegas, en ocasiones intratables, fumadoras y en ocasiones bebedoras de scotch, licor que detestan pero les agrada

tener el grueso vaso en una mano y el faso en la otra para hacer pinta.

En el verano, a las veinticuatro —hablando con precisión—, caminan por las calles céntricas, descalzas y muy ligeritas de ropa.

Hay quienes se drogan.

Felizmente la gran mayoría no se droga.

Volvamos al hogar de la dama separada del esposo por falta de "sexi".

Cuánto han discutido las niñas para que renueven interiores, moblaje, espejos, arañas y demás trastos bellos que la dueña atesora desde que tiene memoria, sin conseguirlo...

Y no lo conseguirán. La señora revive un pasado familiar de mecedoras y piano.

El humo de los cigarros abruma el cristal del vaso con gardenias.

—¿Por qué le gustarán esas flores a la vieja?

—¡Qué sé yo!, pero que no se las toquen...

—Una pelotudez.

—Che, ¿qué guardará en la escribanía del abuelo?

—No esconde nada, está cerrada porque nunca se nos ocurrió abrirla.

—Vamos a mirar...

Las señoritas dan vuelta la historiada llave en la cerradura, la tapa de media naranja libera antaños indudables que hacen dar un paso atrás a las abúlicas.

—Mirá, gardenias secas.

—Más gardenias secas.

—Más...

—Guantes.

—Son mitones...

—¿Qué?

—Eso... mitones.

—Pulseras.

—Son brazaletes.

—¿Qué?

—Eso... brazaletes.

—Para los brazos.

—Claro, no van a ser para las patas.

—Cuánta chuchería...

—El abuelo de mamá usaría aros... Miren, aros. ¡Cuántos!

—A lo mejor fue piola el anciano...

—Entonces no habría travestis... tendrán cien años estas porquerías.

—Sí que había. Yo leí en la historia de no me acuerdo dónde que había y usaban peluca.

El crecido crepúsculo invita a encender luz. Las señoritas deciden volver a las velas en los candelabros. Ambientarán la búsqueda.

Cuatro candelabros, uno en cada esquina de la escribanía que también protege mapas portulanos e incunables ruinosos.

Libros de cerraduras quejumbrosas por la herrumbre que exhalan polillas asustadas y polvorosas.

—Libros con versos.

—De versos, boluda…

—Cartas… Esto se pone bueno.

Las seis manos haraganas atrapan el sobre más repleto.

Una hoja azul informa: "Cuanto hay en el cajón de objetos valiosos perteneció a Zoraida. Regalos que recibió de sus admiradores. Los más valiosos, los obsequié yo".

Un sobrecito lacrado se acurruca en un ángulo poco visible.

—¿Quién lo abre?

—Yo no…

Carolina:

—Traé para acá.

Salta el lacre salpicando de granizo rojo la página azul que es una carta.

La leerá María Clara.

"Desesperación es este vacío lleno de ti, Zoraida. Mitad muerte y mitad memoria. Cuando alguien pronuncia esa palabra, comprendo que desconoce el significado exacto del concepto.

No hay muchos desesperados en el mundo.

El mundo es claro, transparente y en ese ámbito no caben cuatro de ellos, cuatro infiernos sin esperanza.

Viven natividades y cada año empieza con alegría que puede ser sincera o fingida, pero que es; el verderol de la arboleda lustra el paisaje con sus hojas regadas por la lluvia.

Pero el dolor exprime al desesperado y lo arrasa hasta convertirlo en cáscara despreciable.

Sabes cuánto he luchado para liberarme de angustias en amaneceres junios experimentados por mí solamente, en atardeceres junios con hojas amarillas pegadas a mi llanto.

Verdad que la buena estación trajo aves de dulce canto a los recién brotados setos y aves de vuelos apasionados, rasantes al alma, pensamientos enamorados que escribía el ruiseñor.

Pero ni el ruiseñor daba tregua porque escribía tu nombre, hacía tu nombre, Zoraida, y lo borraba cuando yo quería alcanzarlo. Volvía a grabarlo, morfábase y concebía con su antiguo corazón, sabio de amor muy antiguo, las letras terribles, y en la puntuación exhalaba un pío cruel y hondo, aguja de oro en mis oídos."

Las señoritas no saben qué opinar. Ya no se burlan.

—Ahora leé vos, María Sol.

"Cuando el verano zumba en el vientre de la abeja, o el otoño languidece en ámbar, sé que te acuerdas de mí puntual, adorable presencia ausente.

En el invierno, vienes a sentarte junto a mí en el banco

de piedra. Oigo tu paso sobre la nieve y las plumas de los pájaros derrotados.

De niño imaginé la desesperación del desierto pidiendo agua y vi la solitaria esfinge ardida y agobiada, sentí mis ropas de lino pegadas al cuerpo y caí al camino arañándome con la arena.

He muerto mil veces en la extensión del Sahara rojo y amaranto que heredaran mis venas atávicas. Soy sabio de la desesperación.

En el libro divino me anotaron en la página negra y nadie me salvará.

Es fatal.

He luchado por liberarme de ti, tanto así lucharon por sus causas los escipiones y los césares; tanto así oraron las multitudes en la Meca o contra el Muro de los Lamentos..., ni un solo día me has dado respiro."

—Ahora que siga Carolina.

"Tu costumbre de reclinarte en mí y abrazarte como las lianas al árbol, dejó esta mancha húmeda en mi hombro izquierdo, dolorosa, desesperante.

Es un latido de ti sin ti, de animal en tétrica agonía. ¡Espantable!

Yo te acompañé en cortejo a tu último refugio, pero ni bien me volví rumbo a la ciudad de los vivientes, dejaste aquel silencio, tu hábitat ineludible, y te apoyaste en mi hombro izquierdo.

Aquí estás, Zoraida, callada y sin tregua.

Ahora siento que voy a morir, desgarradora adorable que no terminas de vivir en mí, planta parásita, y me preocupa ¿adónde irás cuando yo no pueda ofrecerte mi hombro para que te apoyes?"

—¿Quién sopló las velas?

Las señoritas se culpan una a la otra. No desean admitir que ninguna.

Encienden las luces de la gran araña de caireles y advierten que alguien ha dedicado una gardenia fresca en la falda de cada una.

—Mamá, ¿por qué te gustan las gardenias?

—Es la flor familiar, no sé por qué, pero siempre hubo gardenias en los vasos y floreros de la casa. Son bonitas.

Las señoritas han cerrado la escribanía. Han escondido la llave.

—¿Vamos a escuchar música moderna?

—Bueno.

Antes agregaron al ramo del vaso las tres dádivas recientes.

La madre dijo:

—Hubiera jurado que sólo había una docena.

El bultito de Mangacha Spina

Mangacha Spina nació con un bulto pequeño en el cuello, que pude apreciar por ser nueve años mayor que ella, y asustarme de la bolsa color brea que palpitaba al ritmo de la respiración de la beba. Pensé que con tal excrecencia nunca sería bonita. A la esmirriada criaturita le aplicaron los tests que la nivelaron normal en la totalidad de sus reflejos. Ella creció hermosa, una vera madonna del sur de Palermo, Sicilia, con las manos en oración.

Cubriéndose el cuello con pañuelos y gorgueras, cursó la primaria y la secundaria y aquello pasaba milagrosamente inadvertido porque la belleza de la niña, de la adolescente, desviaba la atención hacia el magnetismo de los ojos y la sensualidad de los labios.

Mangacha cantaba con voz de contralto, acompasado el ritmo con el latir, aparentemente musical,

del bulto intruso, y la belleza extrema de la cantante distraía a los invitados de la rareza.

Yo pensaba, con obsesión, en un apelotonamiento de petróleo o algo bituminoso anidado en el cuellecito de Mangacha, que cuando cumplió quince años, y la vistieron de organdí con voladitos que la aligeraban y cubrían desde la garganta hasta los talones, recibió el primer beso a la luz plena de la enorme araña de cristal de la sala, de un señor maduro que se lo estampó sobre la excrecencia, que si bien no estaba visible, latía como un corazón enamorado.

Y como en los cuentos de hadas, el señor maduro, aunque no fuera un aparecido rey entre los reyes, lo era, y llevando gran ventaja a sus colegas, excelso cirujano entre los cirujanos; con la presión de sus apasionados labios sobre el cuellecito atrofiado en parte, verificó algo allí que clamaba el bisturí reparador de algún escarnio que el vientre materno suele donarnos, es decir restos embrionarios o lunares de dudosa peligrosidad.

Este doctor tenía esposa e hijos estudiantes de medicina; de vuelta al hogar comentó el caso con tanto interés y tanta emoción que uno de los descendientes, el más avispado, sospechó calentura senil.

—Papá, ¿está buena la piba?

—Un cirujano sólo debe mirar al enfermo... Y usted no sea atrevido.

Buscó en la guía telefónica el número de la familia Spina y concertó una cita con Mangacha, que aún padecía el desvelo del primer beso bajo la luz del cielo de vidrio y caireles. Se encontraron en una confitería de moda. Ella, el cuello cubierto con un chal dorado que la hacía aun más bella a pesar de lo que ocultaba.

—Si usted no se opone...

—No me opongo, doctor.

Entraron a la clínica y egresaron tuteándose.

Previos análisis la operaría la semana de fines de otoño, buena época.

Y estaba en condiciones, la dulzura quinceañera, para que le extirparan la bolsa; las radiografías no denunciaban sino una sombra, lo cual preocupó a los médicos.

Los padres de la menor estuvieron de acuerdo y agradecieron al doctor, además de la operación sin cargo, la promesa de un nombramiento de ayudante de instrumentista en la clínica.

La joven paciente sentía vocación por la carrera de medicina.

La noche anterior a la operación el doctor soñó con el caso del Marqués de Vientre de los anales de medicina, una de las tantas rarezas que parecen cuentos de ficción.

Relataremos sumariamente el tema del noble florentino que nació con su hermanita adicionada

a su vientre: cabeza abajo, la marquesita afianzaba cada pie en cada hombro del fratello y cada mano en cada antebrazo del mismo.

Personajes de un grabado, vestidos con el lujo de su rango, él sonriente y gordo, aparentemente satisfecho, ella seria y horripilante, engalanado el escuálido cuerpecito a duras penas ya que la delantera trajeaba más al marqués que a la mitad de nobleza femenina que la mala suerte le donara.

El marqués de vientre y su monstruosa hermana, el título que desvela al cirujano desquiciándolo y, al hablar consigo mismo, se dice que los monstruos compartían órganos en común y que el señor había contraído nupcias, pero que el artículo no expresaba la consumación del connubio.

Transpirado por la pesadilla que no es tal, que es reedición de algo leído y comentado en época bastante lejana, riéronse del caso porque suele ser así la reacción de los jóvenes ante lo estrambótico; bajo la ducha, suspira y teme por Mangacha Spina.

El mejor equipo se hará cargo del evento que la muchacha espera ya en el quirófano iluminado a pleno y que le trae reminiscencias del fanal del primer beso. El mejor equipo comandado por el doctor enamorado comienza a cortar y desgarrar aquella carne dormida por la droga en uno de cuyos canales duerme y despierta una pequeña cabeza hu-

mana con rasgos faciales semejantes peregrinamente, a pesar de su inmadurez, a los de la portadora, que permanecen impasibles pero incorruptos, orlada la testa de pelos abundantes y un minúsculo seudopodio ungulado incrustado en la zona de las cuerdas vocales.

Tratarían de desencolar el resto embrionario, en lugar de operar, tironeándolo cuidadosamente; cortar significaría peligro de que alguna raicilla infectara la zona.

La cabezuela estaba fresca por irrigación sanguínea, situación fuera de lo común que sería publicada en anales científicos porque un suceso de tal calibre redundaría en favor del equipo y de la clínica.

Con rumor de seda que se rasga, aquello abandonó el fraternal recurso de supervivencia y el seudopodio desprendido abrió una inusitada patita de gorrión, herida y arrugada.

La enfermera advirtió que de los ojillos verde agua del engendro rodaban dos lágrimas coincidentes con las vertidas por Mangacha.

¿Serían de despedida?

Fulvia

Ella fue hermosa. De una belleza inefable, mas inconfesable.

Luego, oh, desesperación, el tabique.
se convirtió vagamente en la sombra
de los árboles, y se hundió
en la tristeza
amorosa de la noche.

Los versos de Rimbaud le parecen dedicados.
Porque:

Los senderos son ásperos. Los montículos
se cubren de retamas. El aire está inmóvil...
No puede ser sino el fin del mundo,
más allá.

La conocí en casa de los Mitgham una tarde de otoño como pintada. Es hija de irlandeses, juega al ajedrez, dictaba historia sagrada en una escuela religiosa y ya se ha jubilado. Esta palabra y concepto no encajan a su persona, pues los sesenta años cronológicos de Fulvia son inverosímiles, como lo es todo en ella. Ahora vive sola, soltera, retraída entre los setos de violetas de los canteros del parque que cuida amorosamente.

No he vuelto a verla; me asusta.

Ella posee:

La terrible celeridad
de la perfección,
de las formas,
de la acción.

Puntual, firme, sin supersticiones, dobleces o debilidades. No hace nada por ganar afectos pues ha llegado a la indiferencia olímpica que convierte a la carne mortal en bronce y a la sangre en el río de oro de los dioses antiguos.

Tan cabal que parece descentrada.

Lila Mitgham cometió la indiscreción de contarme que Fulvia sufrió por un hombre en la adolescencia; eso la humanizó un poco y de ahí que nació nuestra, diré, amistad o conocimiento.

La veía a la hora del té tan apreciada por los ingleses y los irlandeses, compartiendo las golosinas caseras de los amigos y los licores transparentes.

Su puerta de hierro permanecía cerrada, en general no recibía gente, la aburría: pero ella sí visitaba. Obsequiaba bombones de fruta que trasuntaban leve perfume a violetas.

Al sol, con su blusita de muselina, su peineta de carey sosteniéndole el peinado, y desde cierta distancia, ofrecía la imagen de una estudiante, una intelectual, nunca de la jubilada sesentona que en realidad era.

Los Mitgham evitan hablar de Fulvia.

Decidí verla en su casa.

Debo contarlo todo para olvidarlo todo.

Corría agosto y ya amarillaban los cercos de aromo y retama.

Después de almorzar, andaba sin prisa y sin saber si me animaría a llamar a la puerta de la mujer extraña. Arreció una ráfaga invernal, pensé en retroceder, pero seguí adelante sin sombra de regreso intempestivo.

Decía, paseo; simplemente paseo. Si encuentro la puerta de Fulvia, llamo; si no, entro al Museo de Ciencias Naturales.

Apareció el Museo, sus escalinatas de mármol y el grecorromano en bosque de araucarias y cipreses, marco verde y límpido.

A dos cuadras del domicilio de ella.

Las dieciséis en el reloj. Me senté en un escalón. Fatiga reflexionar.

Entré al Museo.

Seres perfectos, imprevistos
se ofrecerán a tus experiencias.
Zumbarán flores mágicas. Las pendientes
las acunaban. Circulaban bestias de una elegancia
[fabulosa.

El friso del muro, el de la inexpugnable fronda, desde donde avanza el creodonte, nos hunde en un pantano de saurios y nos remonta a la época de inocencia gloriosa del mundo donde el único peligro era la lógica defensa de la comida y acaso el sexo.

Les grité: ¡edénicos hermanos! Unos estudiantes jóvenes se dieron vuelta.

Salí del Museo. En la vereda la encontré y me dijo que le debía una visita.

Las cortinillas del salón de Fulvia flameaban alegres y livianas. La juventud estaba allí cautamente detenida, en paréntesis o bastardillas; ahí el minutero no decapitaba y Cronos estaba agonizando.

Estancado aroma se exhalaba de arcones herméticos, denso, por las gastadas cerraduras y rendijas apolilladas. La juventud caía derrotada al aproximarse a los muebles y a las estatuas. Podía argumentarme espectador del tema, harto fuera de lo normal, evidente y asible por el contacto de los sentidos, que alertaban una comedia o un drama.

—Aquí estamos varados —dijo Fulvia.

Servía té con masitas y un licor casero contenido en el frasco más bonito que he visto, un licor que se bebía por los canales de las venas.

"Estancados" surtió efecto y derramé un poco de té en el platito.

—¿Volverá usted a Irlanda? —pregunté para equilibrar el ambiente.

—Si tía Iris lo desea...

Vi el ámbar danzando tras el vidrio de las licoreras y la magia del vinillo aquel puso al crepúsculo rama de lirio asomado a la sala coqueta, la espuma del vaso nadaba en mi interior, y yo sentía suma libertad de expresión.

Trajo pastillas con sabor a jardines.

—Saben a violetas, usted debió llamarse Violeta y no Fulvia.

—Es mi segundo nombre.

Pensé, sólo pensé: "Totémico, tribal y encantador".

Ella repitió:

—Totémico, tribal y encantador.

Leyó mi adentro.

De un mueble de ébano extrajo el álbum.

—Tía Iris —presentó.

Allí estaba aquella. Cada persona tiene su animal anterior; hay personas caballos, pájaros y dromedarios; hay mucho más. Iris era un felino pero con alas.

Del álbum pasé a su cara varias veces.

—¿Le agradan los museos? —preguntó—. ¿Le atraen las fieras embalsamadas?

—Me apasiona la psiquiatría y también Egipto.

—No es mi caso pues no padezco neurosis ni momificación.

Siguió su alocución muy acertada:

—El mundo no entiende... Iris no ha muerto porque he detenido el tiempo y las horas no son las olas heraclianas. Entré en mí a Iris, a mi eternidad resistente a la horrenda vejez depredadora y al triunfo de la muerte. Latimos a un tiempo de ritmo quieto; duele mucho, pero ella huiría de mí si me desconociera. Si viniera por la niña que crió y hallara a una vieja.

—Ella, Iris, fue incorporada a su propia naturaleza, según deduzco... ¿podrá alguna vez desprenderse, liberarse, y usted ser Fulvia sin adi-

tamentos tan raramente sutiles cuan difíciles de comprender?

Explicó que las iluminaciones trascendidas de lo material descansan lejos de sus amores, muy a menudo viajan a los verdes prados, pero siempre regresan atesorando en sus astrales pupilas la última visión. De ahí que Iris vendría por una Fulvia joven.

De pronto:

Apareció un genio de una belleza
inefable, mas inconfesable.

Ella me dijo:

—Ha vuelto ahora.

Frente a mí estaba la mujer del álbum, gato alado, zarpitas aristocráticas abandonadas, sus ojos hipnóticos traspasaban los límenes del plano actual.

Si la voz no hubiera cambiado, triste, profunda, sabia de otros astros, yo no participaría del derrumbe que aseguran los credos y las religiones.

El tabique cedió, los mundos unidos compensábanse.

Un sagrado desorden moraba en el recinto.

Tenía que salvar mi alma.

Salí lo más pausadamente posible, dado el caso, y entendí que los versos de Rimbaud les pertenecían tanto a la contenedora como a la contenida.

Los senderos son ásperos. Los montículos
se cubren de retamas. El aire está inmóvil…
Cuán lejos los pájaros y la fuente.
No puede ser sino el fin del mundo,
más allá.

No volví a ver a Fulvia.

Suelo toparme con alguien parecido a Iris, pero nunca me arriesgaré a dirigirle la palabra.

Amore, tu lo sai, la vita è amara

Hay que cambiar todo para que todo quede igual. Gatopardismo, sí, de *El Gatopardo*, la novela histórica de Tomasi de Lampedusa. Sicilia siempre será la misma aunque circulen despiadados automóviles por las ciudades capitales.

Para entenderla hay que tener algunas gotas de sangre lugareña y haber vivido un tiempo en Palermo o en Mesina.

Ser de la familia, dirían ellos. Lo soy.

Acepto como verdadera la aventura del pomo d'oro de Manglio Ucelli de Caserta que cumplía el rito retornello, al oído de su esposa "amore, tu lo sai, la vita è amara"; ¿por qué le dolía la vida a este señor palermitano?

Porque había visto pasar una guadaña viajera y volandera por el vidrio del balcón y conocía el significado. Desde la visión, nunca se separó del bastón

de pomo d'oro, es decir de puño de oro, y le hizo jurar a Stella que lo colocaría junto a su cuerpo yacente llegado el momento de la poda.

Stellucia juró.

Los Ucelli de Caserta habitaban la villa que ahora habitan los Ucelli de Caserta, y así será por *saecula saeculorum*, Dios mediante.

La plaza, nominada naturalmente Vía Caserta, perfuma los interiores oliváceos con rosaleda tenue y los ahoga con la fragancia de las rosas negras que cultivó el príncipe Salina y hoy sus descendientes.

Los frentes villanos, algo deslucidos por acción del tiempo y de las guerras, conservan los escudos de la fiera rampante que defendió a la isla del poder sarraceno.

El organillero hace bailar a los "pupi", muñecos de madera, articulados, o títeres, diríamos, cuyas voces prestadas relatan la gesta de Orlando Furioso y de Orlando Enamorado.

Música isleña con reminiscencia cretense adorna, decora o agrede el poema de Ariosto. Pero los artistas callejeros prefieren otro romance menos clásico, más aprehensible al vulgo: "Pigliati l'armi curriti picciotti/ ci voli forza e curaggiu di tutti,/cu misi 'ncruci e ci'mperidici,/comu trasera sti'infamezzi turchi".

Palermo afianza y desequilibra su temporalidad sobre la gran catacumba necropolitana que es la ciudad de los difuntos.

Abre a los visitantes el umbral mágico y siniestro en Porta Nuova de los Capuchinos.

El señor Ucelli de Caserta no quiere que lo endurezcan momia y lo depositen en la tiniebla húmeda, tan llamativa para los turistas. ¡Eso nunca!

La vita amara será dolce vita en un sarcófago del templete familiar que ya eligió, "ma... vicino il pomo d'oro".

El señor es isleño desde siempre jamás, delatado por su andar faraónico y la mirada despectiva y melancólica.

Apoyándose en el pomo d'oro, bajará a la catacumba a visitar a varios conocidos que a su manera y medida la habitan.

Va con Stellucia.

—Desapruebo, Stella, desapruebo.

—¿Y si son felices? —responde tibia y tímida la consorte.

—Vea Stellucia, vea usted...

—Veo, señor, siempre veo lo mismo.

—Vea de nuevo, Stellucia, vea.

—Veo.

—No les falta nada porque se han traído lo suyo.

—No les falta nada, señor, veo…

¿Qué ve eternamente Stella?

Monjes encapuchados en oración, algunos muertos del todo, otros pronto los acompañarán: potentados, nobles, hombres notables, hermosas damas y niños difuntos en plenitud de la existencia; un pequeño Ucelli de Caserta mora desde 1858 en el lugar.

—Querido niño… filio de Orlando… ¿hasta cuándo aquí?

—Quién puede saberlo…

El lindo difuntito momificado se presenta de pie y en actitud de juego con su aro traveseando, porque los infantes son para el movimiento. Hace tanto lo han vestido con un trajecito de terciopelo, ahora mordido, violado por el moho, gorguerita y puños de fino tul, y zapatos de badana que son hoy dos escarpas agrietadas y torturadas.

Y la niña… ¡Amore mio! Duerme custodiada por su inocencia, coronada con flores de seda desde 1827. Parece un ángel. Tal vez sea un ángel.

La última momia: un norteamericano extravagante que pagó en oro la estada palermitana, junto a la de una mujer coronada con estéfano del mismo metal por morir virgen a los cuarenta años.

En todos ellos piensa, por todos ellos suspira el señor Ucelli de Caserta, y lo hace especialmente por

Manfredo Salina de Corbera, un primo a lo largo de más de cien años.

—No se le ocurra Stellucia traerme aquí. Mire dónde me colocarían igual que una breva demasiado madura...

Tiembla la esposa siciliana y ve los goteadores donde han permanecido tendidos los finados a secar, a perder los líquidos, luego serían sumergidos en algo sin nombre que los guardias esconden, después trajeados, acostados, colgados según la última voluntad del mismo o de la familia.

—Nunca lo expondría al manoseo, mi señor.

Tropieza y cae don Manglio y Stella aúlla auxilio que un monje presta al nobilísimo y casi ausente Ucelli de Caserta.

—¿Se hizo daño, señor?

—No, frate, a esta edad el único daño es la vida, la odiosa y gastada vida que me abandona.

Renqueando pisan la superficie, callados, fijo el pensamiento en lo que fatalmente llega.

Y cuando llega, quiebra el vidrio de la ventana del balcón la parca de la guadaña, Átropos, ya fatigada de haber esperado tanto para cortar el hilo que la hermana Cloto enhebró en el cordón umbilical del neonato de los Ucelli de Caserta, y harta de olfatear el cañamazo de excelente trama que Laquesis destinó, alfombra, a los pasos seguros del

hombre que ahora de su mano sube a la barca de Caronte.

Dice: "Ahora eres de mi propiedad, orgulloso señor del universo".

—Venimos a llorar.

—Por los bienes que ofrendó el señor a los pobres.

—Porque era bueno... bueno... bueno.

—¡Ay... ay... ay... arranco mis pelos y los ofrezco a la madonna!

Las plañideras ocupan un lugar en la amplia estancia del ferétro en el que don Manglio apunta, con la nariz más afilada que nunca, al techo barroco de querubines y vides de la habitación del duelo.

Plañían las desdentadas.

—Era bueno... generoso... la que está a su lado es la señora Stella, una santa.

—Hacía caridades... es una desgracia... el que está a la derecha es el hijo.

Cerraron el ataúd.

Lo transportaron a la cripta familiar, ya hermético, inviolable.

Aulló Stellucia:

—¡El pomo d'oro!

No cumplió por doloroso olvido.

Dijo el cura:

—Ya arribará la ocasión...

Desde entonces el corazón de Stellucia fue un lamento vivo con palabras. El cura las inspiró: "Ya arribará la ocasión".

Nevaba la noche en que ella me citó al oratorio de la cera virgen del panal. Amasaron las manos finas de la esposa un muñeco nada simpático.

—Tía Stella, es parecido al tío Francesco...

—No diga a nadie lo que ve. Ayúdeme. Usted lleva mi sangre. ¡Pínchelo... pínchelo... pínchelo...!

Pusimos manos a la obra de pinchar con alfileres el símil tosco del tío Francesco; todos los viernes, en el oratorio, lo pinchábamos asiduamente.

Solía cruzarme con la mujer de Francesco, muy preocupada porque decaía a ojos vista el esposo. Estuve a punto de denunciar. Callé culpable.

Por cada incruste, plañía Stella: "Amore, tu lo sai, la vita è amara". Ambigua letanía que oscuramente, más que entender, intuía, solicitaba ayuda a "Santa María, a Santa Ágata, a Santa Ángela, a San Antonio".

Retrucaba mi inocencia de siete años:

—Se van a enojar Santa María, Santa Ágata, Santa Ángela, San Antonio.

Me aseguró que no.

Insistió:

—Pinche... pinche... pinche...

Y pinché la pasta donde debía estar el corazón y un chisquete de sangre salpicó mi rostro, corrió hasta mis labios y era, sí, sangre.

Esa noche falleció de un síncope cardíaco el tío Francesco Ucelli de Caserta.

En velatorio idéntico, lo despedimos.

Con una diferencia.

Portaba el bastón de pomo d'oro, vicino a la mano y con la recomendación que las oferentes susurraron en sus orejas de entregárselo a Manglio.

La tía Stella, rozagante, me miró de rabillo de ojo y ambas sonreímos.

Pero ella tenía el desdichado hábito siciliano de sumar una duda problemática a cualquier asunto ya solucionado.

A la semana siguiente a la ceremonia, pesarosa, insinuaba:

—¿Lo habrá recibido...? ¿Francesco se acordaría de ir a la bóveda de Manglio y entregarle el pomo d'oro?

—No esté triste, tía. Tío Francesco cumplió, me lo dice el corazón.

—¿Parla il tuo cuore?

—No. Pero igual me lo dice.

—Carina. Si non parla non dice più...

Quemamos el engendro de cera el viernes. Gritó. Pero nos quedamos hasta el final. Tuve la impresión de que un bastón de puño reluciente expelió la pobre cosa derretida y doliente. Expelió hacia arriba. Stella no lo vio.

El invierno cernía niebla de enero y el frío nos recorría sensualmente la columna vertebral.

Una madonna del siglo XIII, húmeda de rocío, bendecía desde una hornacina a los transeúntes, a las señoras y campesinas feriantes que al pasar le dejaban una flor, alguna hortaliza o el conejito tinto en la sangre del sacrificio, resabio de sacrificios elementales.

Stella interrogaba a la virgen:

—¿Recibió el bastón que le mandé con el fratello?

Y supuso, dada su naturaleza pesimista, que Aquella movió la cabeza negando.

Volvió desesperada a la casa y no volvió a salir por varios días.

Las vecinas dudaban de que el hermano hubiera entregado el bastón al hermano. Aclaro que ignoraban las maquinaciones diabólicas practicadas por

tía y sobrina. Nunca sabrían que fuimos capaces de fraguar componendas tan siniestras.

Me quedé durante las vacaciones en la casa de Stella, en la habitación que daba a la plaza Ucelli de Caserta, cuando empezó el verano esplendoroso en Palermo y el Etna fumaba vicioso y roncador estremeciendo landas y recovecos.

La virgen antigua bendecía inocente la noche palermitana y, pura, desfogaba pasiones enceladas.

Mi balcón de estilo andaluz permitía hondas trasnochadas de cuerpo entero, estirada en la balaustrada de mármol protegida por hierros y vidrios.

Y no estaba soñando.

Con los ojos y el criterio despiertos y alertas, vi al pequeño de la catacumba jugando al aro.

Vi a Manglio, al tío Mangli, apoyado en su ya afamado bastón.

Llamé a Stella, susurré el llamado temeroso, y ella vino y vio y escuchó: "Amore, tu lo sai, la vita è amara senza te".

Dormimos abrazadas defendiéndonos, no sabíamos de qué, de quién, porque en la isla coexistimos con el mundo avaro o dadivoso de la muerte, y los aparecidos, si bien no son cotidianos, aparecen muy a menudo.

Desperté.

Ella no despertó, pero sonreía fría en mi abrazo.

Nada extraordinario, se fue con el esposo.

Lo extraordinario fue la ofrenda al pie de la madonna del siglo XIII. Entre flores, hortalizas, conejitos y naranjas, el bastón de pomo d'oro.

En la otra orilla Stellucia y Manglio, seguro, se apoyarían mutuamente.

ta y solemne. Nunca sabrían que fuimos [illegible] de [illegible]

[illegible]

Me [illegible] de

Santa [illegible]

[illegible]

Palermo y el [illegible]

[illegible]

La virgen antigua bendecía [illegible] palermitana y pura, desfogaba pasiones encelades...

Mi balcón de estilo andaluz permitía hondas [illegible] de cuerpo entero, estirada en la balaustrada de mármol protegida por hierros y vidrios.

Y yo estaba soñando.

Con los ojos y el criterio despiertos y alertas, vi al pequeño de la catacumba jugando al aro.

Vi a Manglio, al tío Mangli, apoyado en su ya gastado bastón.

Llamé a Stella, susurré el llamado amoroso, y ella vino y vio y escuchó: "Amore, tu lo sai, la vita è amara senza te".

Dormimos abrazados, defendiéndonos, no sabíamos de qué, de quién, porque en la isla coexistimos con el mundo arcano o dadivoso de la muerte, y los aparecidos, si bien no son cotidianos, aparecen muy a menudo.

Bobita en el País de las Maravillas

Aquel año infantil, inolvidable, veraneábamos en Pinamar, habitando el castillito que mi madre heredó de su tío, un verdadero feudo en pequeño, almenado, aislado, perdido en la vegetación dura del mar.

Nos atraía especialmente "la habitación del suicidio" en la cual el tío de mamá se pegó un tiro.

Los muebles ingleses de la sala mortal impresionaban, porque en uno de ellos, decían, se guardó el arma del hecho.

En una pared lucía el retrato del suicida; sus ojos nos perseguían a todos los niños, fueran donde fueran.

Carecíamos de vecindario, rodeados de bellos cercados, aunque espinosos; un bosquecito de cedros, abetos y altas casuarinas murmurantes, también sauces llorones.

Estuvimos tranquilos hasta que llegaron los cinco primos varones.

El mayor, Leopoldo, en mi opinión "asesino", mataba pájaros con su escopeta y nos mostraba el cadáver ensangrentado.

—¡Porquería! —insultaba al pobrecito y lo tiraba a la basura.

—Tarado...

Yo le gritaba furiosa y él me apuntaba con el arma.

Nunca me disparó, pero muchas veces oí el rodar del cargador.

No hay felicidad total.

Ese maldito arruinaría mis vacaciones.

Los mayores aconsejaban:

—Tengan paciencia con Leo, es huerfanito.

—Tiene once años y sabe lo que hace. Su desgracia no le da derecho a matar.

(Yo retrucaba.)

Al anochecer, cuando refrescaba, nos reuníamos en "la habitación del suicidio" y leíamos *Alicia en el País de las Maravillas*.

Leo jorobaba arrojando pelotitas de papel bien masticado, soplado por una cañita, y siempre nos acertó en un ojo, en una oreja, en el cuello. La recomendación de piedad al huerfanito frenó a mis primas.

Yo juré romperle el alma.

Irene, la intelectual del grupo, mostraba las figuritas del libro.

Irene leía libros más importantes —prefería a los autores franceses— y opinaba con Cocteau: "Todos nos caímos de nuestra infancia, y algunos nos rompimos".

—Leo se habrá roto al caer, pero no se le nota; yo le voy a romper el alma, y se le notará.

—Leo tiene fugas de infancia, pero es vidente y ve cosas que ninguna de nosotras podemos ver.

—Yo veo cosas, María José, María Soledad y María de la Moneda ven cosas, ¿cuáles son las súper percepciones del tarado?

—No entenderías…

Ardía enero en los ladrillos de cerámica, en los hierros batidos, en los bronces. El castillito olía a otros tiempos.

Nos sentamos en un escalón.

Ella me miraba como para hipnotizarme.

—Aunque me cuentes excelencias sobre el tarado, igual voy a romperle el alma; sabés que no soy quisquillosa y que los otros primos no me molestan y son muy traviesos, pero éste es loco y peligroso.

—A los otros primos no les falta nada, y además son vulgares.

Irene pronto ingresaría a primer año.

—Me callo… Sabés más que yo.

Le encantó el cumplido.

—El que sabe más es Leo.

Sentí un aleteo que removía el aire, refrescándolo.

—¿Sería una mariposa enorme?

Me dije: "Soy una niña con imaginaciones de niña".

—No, Marichú, no es una mariposa gigante, es Alice Liddell.

—¿Quién es Alice Liddell?

—La chica que mortifica a Leo.

Yo no veía a ninguna chica, pero el vuelo rasante del monstruo me horrorizaba.

Fuimos al comedor. Estaban todos los primos. Faltaba Leo.

Irene me dijo:

—Leo odia los pájaros porque lo han hechizado.

—Irene, estás enloquecida con *Alicia en el País de las Maravillas* y con sus animalitos y animaluchos, pero son cuentos. Opino que matar es vicio de asesinos.

—Temo por Leo. Alice lo aniquilará.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta, cincuenta, cien...

—No es una niña...

—Siempre lo será. Para "Ellos" los años no cuentan.

Empezaba a gustarme esa Alice Liddell.

—¿Sentiste un roce en los omóplatos?

—No. Mentí porque no quería caer de mi mundo pequeñito.

—No te resistas, Marichú, es en vano.

—¿Adónde vamos?

—A buscar a Leo.

Caminamos parcelas cultivadas, hasta el bosque rústico.

Yo me negaba a crecer.

Por el muro exterior del castillo se estiraba una escalerilla caracol de hierro. Treparla era un riesgo.

Advertí que el aire se enfriaba durante la ascensión. El cielo parecía una sabana de hielo. No caí de la escalera ni del tejado.

Caí de mi dulce edad.

Leopoldo estaba muerto y a su lado había una criatura extraña. Una jovencita vestida a la antigualla.

Gritó Irene: "Alice Liddell, ¿por qué te lo has llevado?".

Rieló la gran sabana de hielo una enorme mariposa (¿o golondrina?). Mi infancia se quebró como un cristal.

Alice compartía el universo alado de los seres extraños y cautivó a Leo desde el mismo momento en que el infeliz vio luz. Ella inspiró *Alicia en el País de las Maravillas* para cautivar a niños videntes. Algunos se vuelven poetas como Borges y les molestan los espejos, otros son como Leo.

Dijo Irene:

—Son los muertos que enceguecen y matan a los vivos o los convierten en videntes para que sufran y nunca sean felices.

Desde entonces, veo.

Caí de mi infancia pero no salí de ahí.

Entré en el mundo de Alicia y ahora vuelo junto a ella.

Ya no me llamo Marichú, me llamo Bobita, y algunos dicen que es debido a la impresión que sufrí por la muerte de Leo.

Me entretengo contando los diez agujeritos que

tenemos en el cuerpo. En la cabeza tenemos dos para ver, dos para oler, dos para oír, uno para hablar y comer; en la panza uno que se llama ombligo; en el cuerpo dos para pisicaca.

Alice suele retarme. Cree que es muy aburrido pasarse las horas contando agujeritos, y más aún, cuando algunos casi no me sirven.

Ahora veo con Bobita de Adentro.

Los agujeritos de ver afuera están ciegos, y los demás bastante arruinados; funcionan muy bien los de pisicaca.

La gente insiste: "Habla sola porque se puso bobita".

Pero yo hablo con Alice Liddell.

Hablamos con hombrecitos de cabeza de huevo duro que están sentados sobre el cercado de retamas o en la pared.

Hablamos con patos, gansos, gallinas, cerditos rosados como rosas de papel. Poseen un buen idioma: "Sería conveniente que no nos comieran; un día nos fatigaremos del mal trato y nos comeremos a la gente".

La gente fea come animalitos lindos.

Al revés será mejor.

Hablamos con tortuguitas y saben cualquier cantidad.

Con los bichitos de humedad que habitan bajo las piedras.

Con los caracoles de ojitos en la punta de los cuernos.

Volamos a la fría sabana de hielo, la misma de antes.

Espiamos a Irene cuando estudia o lee. Ella levanta la vista del apunte o del libro, preocupada. Esto lo veo con Bobita de Adentro, y lo sé porque Alice me lo cuenta.

Cuando Irene se case y tenga hijitos, se los robaremos y los traeremos al país de las maravillas. Les llamarán bobitos.

Pero ellos serán felices porque no existe nada más bonito que este lugar.

Y como dije, conversamos con los hombrecitos pelados, con los gallináceos, con otras aves de corral, con los cerditos suaves como pétalos, con las tortuguitas de caparazón de carey, con los insectos trémulos, y con los caracoles. Acerca de éstos les contaré mi anécdota.

Al sol, bajo el rayo del sol, estuve muchas horas sentadita, sin moverme para nada.

Como soy Bobita, no me daba cuenta del dolor de cabeza; me di cuenta al sentir alivio. Es que los caracolitos subieron por mi cuerpo, muchos caracolitos como helada jalea, subieron despacio hasta

mi cabeza, y formaron un lindo sombrerito, fresco y húmedo. El dolor se fue.

Desde entonces uso el sombrerito. Alice opina que me queda muy elegante. Sólo nosotras dos podemos verlo.

Los demás no tienen las alas de Alice ni la Bobita de Adentro que tengo yo.

Creo que deben ser muy desdichados.

¡Cómo nos gustaría que Irene nos acompañara!

De esa manera no pensaríamos robarle sus futuros hijitos.

[illegible]

cuentos.

[illegible]

Espiamos a Irene cuando estudia o lee [illegible]

[illegible] veo con Bobito de Adentro y luego [illegible] lo cuenta.

[illegible]

Cuando Irene se case y tenga hijitos, se [illegible] nemos y los metemos al país de las maravillas. Les llamarán bobitos.

Pero ellos serán felices porque no existe nada más bonito que este lugar.

Y como dije, conversamos con los hombrecitos pelados, con los gallináceos, con otras aves de corral, con los cerditos suaves como pétalos, con las tortuguitas de caparazón de carey, con los insectos diminutos, y con los caracoles. Acerca de éstos les contaré mi anécdota.

Al sol, bajo el rayo del sol, estuve muchas horas sentadita sin moverme para nada.

Como soy Bobita, no me daba cuenta del dolor de cabeza; me di cuenta al sentir alivio. Es que los caracolitos subieron por mi cuerpo, muchos caracolitos como helada jalea subieron despacio hasta

El tercer ojo de la señorita Catáneo

Los Catáneo vivían en Tolosa.

Tolosa es una localidad vecina a La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.

Eran dueños de una mansión encantadora que abarcaba una manzana de canteros y árboles de sombra cuyo follaje, interrumpido en el centro, permitía divisar la casa que, según aseguraban los dueños, fue diseñada por Pedro Benoit, hijo de Pierre, quien también aseguraban fue hijo del derrocado y ajusticiado Luis XVI, rey de Francia.

Fácil es imaginar la donosura de los parques disciplinados y la blancura del pequeño palacio.

Podían permitirse tales lujos estos Catáneo, a la vez emparentados con los genoveses, cuyo escudo abultaba en el frontón varios leones, dado que el doctor Julio, pater familia, se desempeñaba en Tribunales, severo juez del crimen, y la esposa, doña

Marcela, en la dirección de la escuela número cinco, una de las más importantes de la zona.

Los inmigrantes galos prefirieron Tolosa a La Plata, que fue invadida por los italianos; acaso el sitio les traería reminiscencias de la patria lejana.

Algo de eso sospéchase, porque doña María de Oyhanarte, dama distinguida y culta, tronco de familia tradicional, fundó el asilo francés destinado a las ancianas de esa nacionalidad y sus descendientes, en Tolosa.

Marcelita Catáneo, único fruto del matrimonio, mimada y consentida, nunca se privó de nada por difícil de hallar que fuera. Sus caprichos significaban órdenes.

En la década de los años treinta, los sueldos de la pareja, más el producido de unos campos de San Miguel del Monte, permitían al núcleo tribal o clan hermético pasar tres meses en Mar del Plata o en Necochea, aunque en opinión de la madre, el viento de Necochea le ocasionaba tos por lo violento; preferían Playa de los Ingleses, Bristol y la costa atlántica marplatense.

La nena terminó la primaria y la secundaria.

Obtuvo el título de maestra.

Favorecida por el gobierno conservador de turno que había defenestrado al doctor Hipólito Yrigoyen, la nueva maestra recibió junto con el diploma un

nombramiento en la escuela donde la mamá era directora.

Distaba el establecimiento educacional apenitas cuatro cuadras de la mansión, de modo que la docente caminaba poco, y feliz por no haber tenido que hacer antesalas ni amansadoras como muchas de sus compañeras en busca de ubicación escolar, empezó a engordar tanto que la mamá la llevó al médico.

El doctor Musante estaba de moda, y lo visitaron.

—Esta señorita mide uno cincuenta y pesa ochenta kilos, debe hacer régimen.

—¿Y si se debilita, doctor?

—¿Qué come?, dígame en general, no día por día.

La mamá contó que tomaba el desayuno en la cama, chocolate y masitas, comía pastas y puchero de gallina, lo cual escandalizó al médico que ordenó caminar y comer churrasco con ensalada.

Al poco tiempo, la señorita adelgazó y fue una preciosa maestrita, de escasa estatura, pero cuyos ojos llamaban la atención a causa del mirar ausente, tal vez recordando las golosinas prohibidas.

Estaba monísima y escribía versos.

Adoraba las rimas de Bécquer y los ojos azules. Esperaba que el destino, los hados o los magos le enviaran un novio de ojos azul cielo.

Y recitaba: "Tu mirada es azul..." del poeta se-

villano, la nena enamorada buscaba en cada rostro varonil ese ideal.

Pasaron muchos años de escuela y poesía.

Fallecieron los padres.

Marcelita ascendió a Marcela y a directora, ocupando el sillón y el hueco dejado en el asiento de cuero por la mamá.

Entre idas y venidas de la casa al trabajo, llegó la jubilación de la señorita Marcela Catáneo, dueña del caserón enorme que había perdido gentileza en el porte, tanto como la ya potrosa ex directora jubilada.

Ni pensar en reformarlo.

El conservadurismo heredado de Marcela era imborrable como las marcas de las reses de sus campos de Monte.

El personal de servicio quedó reducido a Emilia, cocinera, y Chicha, mucama de adentro.

La fuerza del diario contacto asimiló físicamente a las tres mujeres, lo que enojaba a la señorita y enorgullecía a las servidoras.

Por los años cincuenta, llegó el circo de La Gran Pista y se ubicó en un amplio baldío.

Los leones y tigres cautivos lamentaban en los amaneceres ese estado de desgracia al que el hombre servil disminuía la elegancia y la bravura. Nacieron príncipes y morirían payasos del vulgo soez.

La señorita y sus servidoras iban todas las noches a mirar animales y equilibristas.

Una noche Marcela fue sola.

Así lo conoció.

—Esta tarde iremos a espiarlo.

—¿Está en un lugar malo?

—¿No se le puede ver a la luz del día?

—Tenga cuidado, señorita.

—Está en uno de los carromatos del circo, sentado, mirando con ojos tan azules como agua marina... destellan... no sé cómo explicarlo.

—Señorita, usted se ha enamorado.

—Si es tan buen mozo el monsieur no es para menos.

Lo nombrarían "monsieur" pensando para mayor satisfacción de la señorita que fuera francés.

Allá van las tres ilusionadas.

Marcela Catáneo recitaba en voz muy bajita "Tu mirada es azul..."

Suspiró:

—¡Ah, si fuera francés!

—Colmaría sus ambiciones de pe a pa.

—¿Y si no lo fuera?

—Igual lo aceptaría.

—¿Y si no le habla?

—Ni siquiera insinúen esa posibilidad...

Vestían de seda verde agua con puntillitas en el escote; calzaban zapatos de taco aguja.

Se habían empolvado con polvo de arroz Brisas de Mar, blanco como el arroz con leche.

Pintados labios de carmín, entreabiertos, enseñaban dentaduras falsas.

Eran viejas las enamoradas.

Y salió el payaso. No vieron, no oyeron. Estaban expectantes.

Oscurecieron la pista.

—¿Oscurecen?

—Han colocado un telón de terciopelo negro.

—¿Estará "Él" detrás?

—¡Ay, qué nervios!

Corre el telón de tensa niebla afelpada y ahí está monsieur sentado con un pequeño enano en la rodilla izquierda.

—Es un ventrílocuo.

—Habla con el estómago.

—¡Qué maravilla!

Por la excelente ubicación en primera fila, las tres reciben el refucilo de cristal. ¿A cuál mirará con mayor intensidad?

—A la señorita.

—¡Ay, cómo la mira!

Saluda el muñeco desde la rodilla del amo: "Buenas noches, señoras y señores".

—¡Qué bien que lo hace!

—Parece que nos dirigiera la palabra el muñequito.

—A monsieur ni se le mueven los labios.

—¡Oh!

—¡Oh!

—¡Oh!

El hechizo les ha paralizado la audición y nunca recordarán el argumento del diálogo de la pareja.

Aplausos.

Con cierta dificultad monsieur se pone de pie y saluda.

El pequeño parlanchín ha saltado a la pista.

Corre el telón.

Ellas resuelven volver al día siguiente.

La señorita Marcela Catáneo vivió hasta la década de los años setenta.

De ella opinaba la directora que heredó la dirección de la escuela, la señorita María Helena Longhi: "Marcela sería un encanto de cultura y distinción si no tuviera ese tercer ojo".

En el caserón solitario y descuidado entre el follaje vaga y divaga la cuitada.

—Hasta María Helena me ha abandonado.

Un ave desde un pino le canta: *¡Con el tercer*

ojo... con el tercer ojo das miedo Marcela... yo también me voy!

Emprende vuelo el avechucho oscuro de Van Gogh.

Ella sigue vagando y divagando. Aprieta su tercer ojo y lágrimas copiosas le mojan el canesú de seda verde claro.

Entona "La Loca del Bequeló", la del bosque, la que murió de amor.

Volvamos a resucitar a las fallecidas servidoras, a rejuvenecer a la señorita y a la gran pista circense.

Las tres resolvieron pasarle un tímido y tembloroso papelito a monsieur por mano de un chico que barría la pista. Le dieron buena propina y el pibe cumplió la misión.

"Monsieur, lo invitamos a tomar el té de las cinco"; iba la dirección y el perfume Jazmín de las Azores que inflamaba de aroma exótico a la señorita Catáneo. A las cinco sonó el timbre.

Ahí estaban los dos, monsieur venía en una silla rodante que manejaba con ayuda de la manecita del muñeco parlanchín. Aparecía agobiado porque, según confesó, se había dislocado un tobillo.

—¿Se torció el tobillo?

El vigoroso enano asintió:

—Duele, duele...

Y aparentemente tanto dolió, que monsieur de-

rrumbó la estructura resbalando de la custodia servicial del enano.

Rodó por el piso de la salita Catáneo, un bolón de cristal azul celeste que la señorita, arrodillada, recuperó y besó apasionadamente; único beso de amor aplastado sobre la helada superficie del ojo hechizado.

Y el enano dijo:

—Señorita Catáneo, estoy dispuesto a casarme con usted.

Y el enano declaró junto a la declaración de amor que su gran muñeco ya lo había fatigado, que lo incineraría.

Y la señorita dijo que no pensaba casarse a menos que el novio fuera francés y de ojos claros.

Sabemos que la conciencia lúcida no es más que un sueño y no nos sorprende que la fiel solterona fuera, tal vez, feliz con el bolón refulgurante que guardaba en la cajita de plata, esa que abría para besarlo y contarle las novedades, que no eran muchas, las envejecidas novedades de su alma estragada.

[illegible] vicial del enano.

[illegible] bo-
lón de cristal azul celeste que la señorita, arrodilla-
da, recuperó y besó apasionadamente; [illegible]
[illegible] superficie del ojo
hechizado.

[illegible] dijo:

—Señorita Castaneo, estoy dispuesto a ensayar-
[illegible]

[illegible] de
[illegible] que
[illegible]
[illegible] la señorita dijo que no pensaba casarse a me-
nos que el novio fuera francés y de ojos claros.
[illegible] que
[illegible]
[illegible] que
guardaba en la cajita de plata [illegible] para [illegible]
[illegible]
[illegible]

muñeco parlanchín. Aparecía agobiado porque, se-
gún confesó, se había dislocado un tobillo.

—¿Se torció el tobillo?

El vigoroso enano asintió:

—Duele, duele...

Y aparentemente tanto dolió, que monsieur de-

Didí dormía en el almohadón

Les habían enseñado una bonita canción en francés:

C'est la mère Michel
qui a perdu son chat,
qui crie par la fenêtre
a qui le lui tendra.
Et l'compeur Lustucru
qui lui a répondu:
allez, la mère Michel
votre chat n'est pas perdu.

La cartilla musical tenía unos grabados muy tristes. Asomada a su ventana la señora Michel lloraba por su gatito y el cocinero de la casa de comidas de la vereda de enfrente en una cacerola preparaba guiso de gato y el grabado se parecía

al verdadero restaurante del cruel Lustucru, cuyo letrero anunciaba: "A LA GIBELOTTE LUSTUCRU TRAITEUR".

Las niñas preguntaron a la profesora de francés: ¿qué es *gibelot*?

Y ella les corrigió la pronunciación: Gibelotte significa fricasé de conejo con vino blanco.

Las hermanitas que eran tres imaginaron que el anuncio sería muy viejo porque todas las palabras estaban escritas "en antiguo".

Pero el dolor de la señora Michel golpeó duramente a las criaturitas que acababan de perder a Didi, su gatito siamés.

Se pusieron a esperar en la ventana igual que la señora Michel, mirando el negocio de don Zabulón, un viejecito que había trabajado en la casa y fue bautizado como Lustucru el Maldito.

La profesora de francés, que también tocaba el piano, seguía el ritmo del control: *C'est... la... mère... Michel... qui... a... perdu... son... chat...*

Y las chicas oían horas y horas tic-tac-tic-tac...

Un horario trágico que se agravaba con la ausencia de Didí.

En la casa había un desván donde se guardaba lo que no se usaba a criterio de los mayores: sombreros, mitones, lentejuelas, tazas con bigoteras, chocolateras de Lyon y las altas cubas donde el abuelo ya

fallecido, industrial de la champagne, fermentó por largos años mostos sabrosos.

La madre había transportado las cubas cuando vino a vivir a la Argentina, recuerdos que por no coordinar con el mobiliario aterrizaron en el desván.

Saben las chicas que el abuelo decía: "El vino no sólo se bebe, se mira y respira, saborea y comenta".

Y decía: "In vino veritas", lo escanciaba con lentitud y respeto en la copa de cristal puro para que se matizara de rubí, granate y topacio.

Todavía quedaban algunas borras y reservas y las chicas a veces bebían.

Juraron vengarse del viejo Zabulón al que nombraron Lustucru.

Se vistieron de brujas con un manto confeccionado con una colcha negra, un sombrero tirolés, zapatos puntiagudos, y esgrimían bastones; la más pequeña, brujita menor, se conformó con un gorrito, un paraguas y un abanico.

La restante dirigía la operación y bebió de la botella de auberges en copa siniestra de un juego roto.

Pernoctaron entre despojos y al amanecer despertaron.

Apenas se higienizaron esa mañana las fundadoras de una ciudadela de rencor contra Zabulón-Lustucru el Maldito.

—Un hombre que mata un gatito, ¿merece que lo maten?

—Está mal y es horrible matar, pero no lo merece.

La profesora enojada les pegó por la insólita pregunta; tenía permiso de la mamá que opinaba era una segunda madre y respetable porque había estudiado en un colegio francés y nacido en Poitiers.

Padres separados; la profesora venía a la seis de la mañana, las hacía levantar a las siete, a las siete y media el desayuno, a las ocho lavar la vajilla, y luego tic... tac... tic... tac... hasta las once y media.

Almuerzo y siesta después, pero un día resolvieron no hacerla, total quién las controlaría con la madre ocupada en asuntos de sociedad y beneficencia. ¿Dónde estaría?, acaso en la casa de huérfanos. Las chicas dijeron que ellas sí eran huérfanas.

Cuando la profesora les pegaba, nunca lloraban, porque se ungían con aceite de magia y bebían licores del desván.

Irían a hablar con Lustucru el maldito; al anochecer lo llamarían y él vendría porque en la casa gozaba de la simpatía del personal de servicio.

Las brujas ayunaron.

Una de ellas lo llamaría: ¡Don Zabulón!

Las otras murmurarían: ... maldito... maldito.

Lo llamó la bruja. El anciano apareció con la gorra en la mano.

—¿Qué desean, chiquititas?

—Venga.

Cruzó la callecita angosta y ellas le ofrecieron mostrarle una cosa muy linda.

—¿Está la mamá?

—Sí —mintieron.

La madre llevaba dos días de ausencia y la profesora había tomado vacaciones, y como el personal de servicio les temía, nadie se entrometía en sus menesteres.

El viejecito sonriendo bondadosamente subió las escaleras.

Mucho antes, desde las cuatro de la tarde, las chicas subieron a su vez, por la misma escalera, baldes de agua hasta llenar las cubas, y como eran gorditas y fuertes casi no se fatigaron, así que colocaron la cuba encima del brasero de leña.

No hay nada mejor que un desván para vengarse, pensaban, y los mayores, tan estúpidos, abandonan ahí lo mejor de la casa como abandonan a los hijos.

Desde las cuatro a las nueve el agua resurgió borboteante y viva como un dragón furioso.

—Mire don Zabulón, ¡qué comidita le cocinamos!

—Pruébela.

El anciano se inclinó sobre el borde de la cuba y las chicas lo agarraron de las piernas y... allá sumer-

gió su cuerpo pecador, en transferencia, Lustucru el Maldito.

Se desparramó el brasero y chamuscó unos telones del teatro de aquellas crueles y desdichadas infancias.

—¡Incendio! —gritó una.

—Callate —susurraron dos.

Cuando el agua entibió, sacaron el pollo hervido y lo acurrucaron al pie del gobelino de la historia de *La guerra de Troya*, que a la madre no le gustó por considerar muy impresionante la escena, y las chicas, ahora, eran aquel Ulises que la profesora les explicó, ofreciendo el Caballo de Troya.

Algo de la quemazón anduvo por los corredores y todos dijeron que las mocosas habrían hecho fuego con papeles y nada más.

Cuando lo supo la profesora, de vuelta de las vacaciones, les pegó como siempre.

Ellas empezaron a sentir miedo pero no lo confesaron ni entre ellas mismas.

Cuando Didí apareció comprendieron que habían cometido un pecado grave y fueron a la capilla, le contaron al cura, pero éste se enojó porque no les creyó y, sabiéndolas tan tremendas, dijo: "Dios castiga a las niñitas embusteras. Recen cien Avemarías".

Ellas agregaron un Salve, oración larga y difícil, y quedaron tranquilas.

No obstante volvieron a confesarse y el buen cura a enojarse.

Se complicaría el tema cuando los parroquianos preguntaran por Zabulón.

—Esta noche.

—Esta noche.

—Esta noche.

Subieron al desván, lo agarraron con cuidado y lo depositaron en el umbral de la posada.

Los parroquianos, extrañados por el estado calamitoso del pobrecito, lo sepultaron sin mucha ceremonia.

La madre muchas veces decía que las nenas le sacaban canas verdes.

Didí dormía en su almohadón.

Y las hermanitas coincidieron en que les sacaba canas verdes.

Maldito.

[illegible]lones del teatro de aquellas crueles [illegible]

Se complicaría el tema cuando los parroquianos preguntaran por Zabulón.

—¡Incendio! —gritó Zabulón— [illegible]

—Cállate —susurraron dos [illegible]

Cuando el agua entibió, sacaron [illegible] y lo acercaron al pie del gobelino [illegible] considera[illegible]

[illegible]

Algo de la quemazón anduvo por los [illegible] [illegible]son papeles y nada más... [illegible]

Cuando lo sup[illegible]

[illegible] Y [illegible]

Ellas empezaron a tener miedo [illegible] fesaron ni entre ellas mismas.

Cuando Didi apareció, comprendieron que ha[illegible]bían cometido un pecado grave y fueron a la capilla [illegible] le contaron al cura, pero éste se enojó porque no les creyó y, viéndolas tan tremendas, dijo: "Diez [illegible] a las niñitas embusteras. Rezad diez Avemarías" [illegible]

Vientre de osa

I

Mal tiempo es la infancia y de no ser por Jovita nunca la mentaría.

"Esta chica es negra como las hijas de los gitanos", decían las gentes de la casa.

Entonces yo me peinaba con dos trencitas muy finitas que anudaba en las puntas con tiras, vestía de cualquier manera, con una pollera colorada y una blusa amarilla; andaba descalza.

"Miren la gitana Groncha, le molestan los zapatos."

Oía a las gentes de la casa decir entre otras cosas: "Está flaca como una caña porque no come, solamente rabia como las hijas de los gitanos".

Cuando llegaban las tías de la ciudad, yo me ocultaba debajo de la cama, especialmente cuando

la tía Cutícula venía con sus uñas terribles y se las manicuraba sentada al sol, y yo seguía el vaivén de la limita, del alicate, el baño de acetona y de crema, en las garras del raro animal ungulado que ella era.

Cutícula me odiaba.

—¿Qué mirás, Groncha?

Yo le gritaba:

—Gallina, gallina vieja del corral…

Las gentes de la casa bajaban de los despeñaderos o ascendían de los abismos, prontas las zarpas, pero yo huía a mi refugio bajo la cama.

"Salí de ahí, salvaje."

A mi vez yo hacía garritas y asomaba dientes de lobizona.

Las gentes de la casa esgrimían escobas y cepillos y los introducían en mi escondrijo para obligarme a salir, recuperándolos horrendamente deteriorados, escoba sin paja y cepillo roído. Iban a disculparse con Cutícula que ya estilizaba su último dedote.

Durante la canícula ellos sesteaban.

Yo iba al gallinero a conversar con las aves de corral, tenía —y tengo— el poder.

Vivía en el gallinero la verdadera Cutícula, anciana gallina, cuyas uñas idénticas a las de mi tía valieron a ésta el mote, pero Cutícula emplumada

atesoró un corazoncito bueno y claro como las uvas transparentes del parral.

—Mi vida peligra, cortarán mi cuello, cocinarán mi carne, harán puchero de mí, y beberán caldo ámbar y gordo… ¿Qué es morir? ¿Duele morir de un tajo en la garganta?

—Tal vez sea peor morir a largos plazos.

—Niña, tú sufres, desahógate conmigo.

Cutícula emplumada se expresó en correcto idioma español por ser descendiente de nobles gallináceos castellanos.

Yo lloré enseguida porque la ternura me sensibilizó.

¡Qué horror pensar en la carne de mi gallinita nutriendo a la jamona tía! Esto me espantaba más que su defunción, porque de todos modos de una u otra manera a todos nos ocurrirá.

Me horrorizaba la imagen anticipada de la asquerosa vieja mordiendo el muslo del animalito, bebiéndose el caldo dorado glu-glu-glu.

—Hagan huelga de hambre como Hansel y Gretel y cuando la bruja invite: "A ver el dedito", palpará un hueso y pospondrá el festín.

—Dijiste que era peor morir a largos plazos.

Yo no almorzaba con las gentes de la casa porque me avergonzaban cuando la naranja huía de mis cu-

biertos, o cuando no podía comer pavo con cuchillo y tenedor: "Miren a la bobeta inútil, es una salvaje".

Con uvas, higos y granadas que oscurecían más mi piel satisfacía mis hambrunas, a orillas de un lago bebía mirando en su espejo mi cara morena y fina.

Las verdes ranas croaban: "Nena, nena morena y aguileña, puro ojos, ¿por qué andás en cuatro patas?".

—Porque así me ensucio bien las rodillas y no me las lavo a propósito para enojar a las gentes de la casa.

Las gentes de la casa:

—¡Te vas a morir, Groncha, si no comés te vas a morir!

Tía Cutícula:

—Mejor, así no jorobará más.

Una mañana oí lamentos lejanos desde el mangrullo, no escuché, sólo oí y volví a oír esta vez un silencio de coágulo, denso, aterciopelado, carmesí, vi la cacerola ardiente, las patitas de mi querida Cutícula tiradas en el piso de la cocina. Vi una mariposa que huía por el ventiluz.

Devoró la maldita bruja los dos muslos agarrándolos con los dedotes estilizados a fuerza de alicate, pintó anchos bigotes en el labio superior, la loba en-

gulló, la vil vieja tragó rías de caldo, glu-glu-glu por el garguero cubierto de golilla para ocultar arrugas.

Sepulté las plumas y las patitas, coloqué una corona de flor de ángel en la tumba del poquito que salvé de lo que fuera mi amada Cutícula devorada por el dragón.

Fui a ocultarme debajo de mi cama y desde ahí advertí la bullanga de los carromatos zíngaros avanzando por la calle de tierra del suburbio, canto de ruedas y de voces. Los gitanos.

Entonces divisé a Jovita, aunque todavía no sabía su nombre.

Nadie en la vecindad. Espié.

Llegué hasta la puerta y la gitana de cuerpo territorial y grandes senos me llamó:

—¡Vente con nosotros, tú eres de los nuestros!

Salté al carro de la gitana de corpachón territorial y ahí viajaban chicas iguales a mí, flacas y con trencitas, y chicos con las rodillas sucias.

—¿Adónde van?

—Acampamos aquí nomás.

—¡Qué pena!

Las gentes de la casa no tardarían en descubrirme.

Desembalaron en los terrenos baldíos, ataron lazos, sogas, desplegaron carpas y tendieron colchones

de sedosas plumas de pájaros viajeros, de pájaros zíngaros del aire libre.

Los hombres conversaban con los caballos y con los perros poniendo la boca en la oreja, "turulú-lúlú", y los caballos y los perros andaban sin brida y no ladraban porque entendían.

Hablaron con Jovita.

En familia almorcé carne envuelta en hojas de parra, vianda al spiedo ensartada en una varilla ardiente y sin quemarme, sin que nadie me gritara inútil. Comí higos de las chumberas españolas, y a la noche dormí sumergida en un agujero de colchón, junto a las chicas negras de trencitas.

Jovita era la osa de los gitanos.

Dormitaba cubriéndose los ojos con las manos cuyas uñas me recordaron las de mi buena Cutícula. Al advertirme, se sentó pancita de dulce peluchín, gala de la señora. Empezamos a charlar.

—¿Todavía tienes sueño, nena?

—Sí.

Me acerqué al fieltro, al terciopelo, a la lumbre cálida, dormí hasta el mediodía en el colchón del vientre de Jovita y ella cantaba el arrorró.

Cuando desperté dos soles me auscultaban. Los ojillos rojos y fulgurantes de Jovita.

Fue mi primera y última canción de cuna, mi único destello de amor al despertar.

De no ser por Jovita jamás volvería a la infancia que se resume en dormir y despertar en vientre de osa.

II

Perdí a Jovita como perdí lo poco que tuve.

Perder a las gentes de la casa no me importó, pero sí perder a las gallinas, a los gitanos y a Jovita.

Empecé a recorrer los caminos de lo que llaman amor y no hallé retribución porque los humanoides nunca me amaron.

Dos o tres veces estuve embarazada, pero los humanoides no quisieron la consumación del niño al cabo de nueve meses; para no luchar contra la corriente o por pereza, permití el corte de las guadañas. Adquirí un humanoide legal y obró como los otros. No me explico el porqué de tantas negaciones.

Miraban con espanto el bulto creciente y me conducían a la sala de las guadañas y ahí crujía la decapitación del lino, del maíz y la cebada; olía el agresivo olor de las adormideras y entraba en un hueco frío.

En el Zoo de Vincennes volví a ver a Jovita que pernoctaba en su jaula.

—Groncha, ¿por qué vas tan despoblada de hijos?

—Las guadañas los cortaron.

—Yo tuve cuatro, además de las seis crías anteriores; ignoro el destino de sus pieles.

(Se las quitaron los esquimales de pesadilla, pero Jovita se sentía realizada.)

—Jovita, demos un paseo por las Tullerías o vamos al Trianon.

Ella se puso un sombrero de paja de Italia con rositas de miel, avivó el peluchín del cuello, ensayó breves pasitos y salimos del bracete.

Despertaba la umbría y anduvimos hasta el fin de la floresta cuando ella ideó vagar por el corazón adusto de los castaños.

Durante el vagabundaje lo conocí.

Este humanoide me daba la espalda ensimismado en la contemplación del muro de basalto donde se lee la buenaventura y descubrí que era un gitano porque en su oreja brilló un aro de oro y en su muñeca la pulsera de soles del Perú.

—Hola Groncha.

Comprendí que por haber dormido y despertado en vientre de osa estaba clavada en mi infancia.

El humanoide quiso dominarme por ser mayor que yo: "Vente con nosotros, tú eres de los nuestros".

Desarrugué mi pollerita colorada y mi blusa amarilla, até las tiritas de mis trenzas, sentí en profundidad la vieja mujer que era y aproveché la distracción del humanoide para estirar mi piel, estiré guantes y antifaz.

Decidido tomó mis manos y fuimos por un caminito a cuyos lados el barro blando y gris se licuaba extrañamente. Penetramos en la maraña. Sorteamos peligros con agilidad felina, subimos a los techos del poblado cuidando de no zafar de las tejas y al llegar al barrio de las casas con terrazas nos tranquilizamos.

Vi una línea de niebla y tras de mí al humanoide del aro y comprendí tristemente que la infancia me atraparía.

La gitana de corpachón territorial bebía manzanilla: "Mi niña, has vuelto para siempre", pero "siempre" no cabía en mis cálculos nómades. Tenía hambre.

El verano chorreaba oro en los carromatos, y los caballos comían en bolsitas atadas al cuello, los perros descansaban.

De nuevo perdí a Jovita y encontré a María que cosía un tapadito azul con puños y cuello ocre; los dedos de la gitana iban y venían por la labor, y cuando la suspendía, me observaba.

—Mi niña, este tapadito es para tus fríos.

—¿Para hoy?

—No, mi Groncha, hoy es verano.

(Yo sentía frío de repetidos inviernos.)

Gritó María:

—¡Un ladrillo caliente para los pies de mi niña que se congela!

Desde mis órbitas salpicó granizo que parecía cuentas para armar collares de hielo cristalino que las chicas del campamento juntaban para hacer joyas.

Dijeron los señorones:

—¡Deje que se congele!

—Feroces, yo abrigaré a mi niñita y huiré con ella a Egipto...

Me sacrificaban los ambiciosos mientras María se apresuraba a terminar el abrigo.

Gruñían los osos de pesadilla y las mujeres danzaban enjoyadas mientras María lloraba y con su llanto desteñía el tapadito azul.

Los osos danzaron hasta el amanecer y el sol derritió las candelas de sebo animal y las cuentas lagrimadas.

Todos exclamaron desdeñosos: "Bah, piedras de fantasía, sin valor, piedras para licuar llanto de telenovela".

El humanoide del principio, tintineando los soles del Perú, me obligó a subir a las terrazas y

me dejó sola para desandar el peligroso camino de declive.

Temí caer al barro extraño.

Y sentí un terrible dolor en las órbitas y tlic-tlic rodando tejas abajo.

Eran mis ojos.

Estaba ciega.

—¿Para hoy?

—No, mi Gringuito...

Gritó María:

—¡Un bollito caliente para los ojos de María que se congela!

Desde mis órbitas salpicó granizo que parecían cuentas para armar collares de hielo cristalino que las chicas del campamento juntaban para hacer joyas.

Dijeron los señorones:

—¡Deja que se congele!

—Feroces, yo abrigaré a mi amiga y huiré con ella a Egipto...

Me sacrificaban los ambiciosos mientras María se apresuraba a terminar el abrigo.

Gruñían los osos de pesadilla y las mujeres danzaban enjoyadas mientras María lloraba y con su llanto derretía el espadito azul.

Los osos danzaron hasta el amanecer y el sol derritió las candelas de sebo animal y las cuentas lagrimales.

Todos exclamaron desdeñosos: "Bah, piedras de fantasía, sin valor, piedras para llorar llanto de telenovela".

El humanoide del principio, fluctuando los soles del Perú, me obligó a subir a las terrazas y

Nicilina

La última vez que vi las manecitas fluorescentes de Nicilina, desapareciendo por un agujero del piso de madera, vía al sótano de la habitación más destemplada de nuestra casona que constaba de catorce, sumándole los ambientes del subsuelo y la mansarda, fue después de su muerte.

Al principio de mi susto no pensé en Nicilina, sino en dos babosas estrelladas, aceitosas por las huellas de mucosidad que rielaban hacia el orificio, deseosas de desaparecer en la fresca oquedad de la bodega.

No pude comprobar si el total de la estructura anatómica de ella ya se escurriría balanceado y semilíquido, sostenido por ese par de horrendas estrellitas, tan llamativas, lo único que llamó la atención tanto durante su vida latente como en el féretro.

Ah, sus manecitas de cinco dedos de igual longitud, con dos falanges cada uno, y sin media luna entre el índice y el pulgar.

Ah, describir a Nicilina... Diríamos: una gran cabeza de sandía calada en el lugar donde los humanos mueven los ojos, respiran y comen; un mamarracho de esos que se hacían para asustar a los chicos —aclaro que a los chicos de antes—, colocando dentro de la calabaza una vela encendida; el cuerpo una nadita con piernas como clavas, gordas arriba, delgaditas abajo, sobre dos pies de empeine caído y con juanetes.

Yo le llevo —o le llevaba— cinco años a Nicilina; no sé cómo aclarar el tema de mi mayoridad, porque ella anda por ahí, por allá, por acá, y compruebo sus reptantes paseos por las huellas que sólo se borran con sal gruesa.

La mayoridad o minoridad entre las criaturas está en relación con el tiempo del nacimiento y lo marca el calendario, pero en mi caso se ha complicado, dadas las circunstancias.

He vivido en el campo y conozco la naturaleza de los bichos; me repugnan los blanduzcos que se escurren por orificios increíbles de pasar, el poro de la piel o el ojo de una aguja.

Nicilina fue, o es, y será por siempre, un bicho lábil y elástico.

Expectante, aguardé algún deslizamiento nocturno —la noche es horario de gusanos—, con un paquete de sal gruesa para volcárselo al engendro y disolverlo, pero no volvió.

Diré que no le temo al animalucho, pero lo vengo soñando como en la infancia, mi cielo tragicómico de chica celosa y superdotada ganándole siempre, y ahora entiendo que ella me ganó; ella, la monstrua sonriente y gentil, la imbeciloide con su torpe medialengua, carente de todo lo que puede hacer querible a un humano; pero ella sabía cómo hacerse amar y preferir.

Con la ayuda de toda la familia aprendió a leer y escribir y que Colón descubrió América.

Repetía: "Cuando sea grande me voy a casar con mi papá".

Y nuestro papá la adoraba como a una muñequita santa, de azúcar y miel, eróticamente dulce y suave peluchín de marabú, y vaiviene de guante en piel de nonato. "Cuando sea grande me voy a casar con mi papá."

Y acurrucada, adherida como un crustáceo al corpachón del gigante encamado: "Ahora empiezo los cien besitos a mi papá".

Y los contaba con sus deditos ameboides porque sabía contar hasta cien.

Yo espiaba y admiraba el subibaja de las manecitas acompasado al ritmo del besu-besu-besuqueo fatigante para la enana en la caverna de Gulliver escarlata, con una remolacha asomada cuando bajaba de nivel.

Y decidieron que yo viviría en la casa del abuelo. Antes de mudarme mi mamá amenazó: "Si habla de lo que no debe, que no son otra cosa que fantasías suyas, le voy a pinchar los ojos y la encerraré en el panteón del cementerio".

Todos los miembros fallecidos de la familia reposan en largos ataúdes lustrados a puño y allí hay crucifijos, candelabros de plata y floreros de cristal.

Yo había leído una novela prohibida donde el autor relataba la desgracia de una niña soportando la tortura amenazante de mi mamá.

Cuando nuestro papá falleció, Nicilina vistió luto riguroso, vestidito monjil, zapatillas negras de cuyos siniestros costados los juanetes transpiraban lagrimones de ojos pateros. Nicilina enviudó.

Cuando nuestra mamá falleció Nicilina quedó sola en la gran casa y adoptó a una muchachita para los mandados y a un chofer africano que le manejaba el automóvil, y le diligenciaba pensiones paternas y valores a los que yo renuncié, al solo efecto de no verla más a ella, con sus manecitas de noctiluca masturbadoras, que se ejercitaban ahora con el retinto

de enorme fruto del plátano, supongo, teniendo en cuenta el verde y compulsivo país de procedencia.

Fue entonces increíble, hoy inolvidable, el minúsculo féretro del, quién lo imaginaría, aparente reposo de Nicilina, muñeca horrenda cuyas manecitas fulgurantes trataban de eclipsar debajo de ramos de jacintos, caléndulas y jazmines del cabo que a poco ardían como lamparitas de hojuelas achicharradas, baboseantes, destilando olor pútrido, que obligaron a los empleados de la casa a cubrir todo aquello entre rictus y gesticulaciones de extrañeza y asco, y pavura, incluso, al recibir alguna salpicadura tiñosa de lentejuelas enfermas.

Pero debo contar que, antes de morir, o lo que fuera, Nicilina contrajo nupcias.

La encontré más chiquita que nunca, ya sesentona, en una calle cualquiera y por casualidad; portaba una canasta de moda y lucía un grueso anillo de oro que decoraba y sumaba brillo a su anular izquierdo.

Vino hacia mí la araña, para anoticiarme de que, en su tela, un insecto infeliz sería succionado; tal mi mala entraña sugería lo fueran la remolacha y el plátano.

—¿Qué hiciste con el negro?

—Rompimos.

Sobreentiéndase que Nicilina era virgen, salvándola del acto desflorador, además de sus desaforados gritos, sus manecitas prodigiosas.

—Contame de nuevo.

—Vos sabés que yo soy fiel a mis muertos, papito, mamita y abuelita Aurelia.

Advertí un hilito de baba corredera desde la comisura de la bocaza hasta el exiguo cogote y el collar de perlas que le había obsequiado "él" el día del compromiso.

Siguió:

"...Y abuelita Aurelia, ahí estaba arrodillada y poniendo una azucena en el jarrón cuando 'él' se me acercó y, ofreciéndome otra azucena, dijo: 'Una flor de castidad para otra flor de castidad', y otras preciosas gentilezas; pero para qué te las voy a repetir, si vos no las entenderías; dentro de una semana nos casamos: algo muy íntimo de un círculo en el que vos no cabés porque no vestís y no tenés coche."

Yo casi no oía: apenas captaba el murmullo en borrador amachorrado de Nicilina; por eso salí con una pregunta que nada tenía que ver con el tema.

—¿Lo viste a tu novio por la calle o por los senderos del cementerio; lo viste entrar en la necrópolis, o cómo fue?

—Nada de eso... De repente estuvo ahí hablán-

dome desde atrás, y cuando me di vuelta me regaló la flor y me dijo palabras divinas.

Sardónicamente removí los escombros de cuarenta años de nuestro pasado: "Cuando sea grande me voy a casar con mi papá", y el aire batió palmas, campanas emplomadas que agrisaron el horizonte; enchapó la luz solar y el son luctuoso me ensordeció. Me presentaría al novio y yo rogaba que no llegara; nunca deseé con tal fruición que alguien no llegara, y cuando me despedía de la anciana virgen ella insistió en caminar a mi lado hasta un lujoso automóvil que doblaba la esquina: un auto muy grande y lustroso que brillaba al par de las manecitas de la doña.

—Ahí llega mi amor —chilló la vieja.

"Señor —rogué hacia mi anterior maldito—, aparta de mí esta aprehensión o perderé la vida eterna como he perdido la vida terrenal."

Dijo Nicilina:

—¿Ya se conocían?

—¡No! —chillé igual que ella.

Pero aquella senectud abortada del infierno me reconocía; aquella cosa consumida, comida, adelgazada, con el gesto pobretón de los desenterrados, me miraba y nos mirábamos: batalla espantosa, in-

fernal, intento de derrotarnos, tapiarnos el uno al otro.

Hueso y piel el novio, bailándose en las cuencas de su descarnada calota ojos durísimos, tuvo la deferencia de saludarme con una inclinación de cabeza y mi aptitud hiperacústica sintió un levísimo rumor de resquebrajamiento óseo, y al cabo concluí que mis imaginaciones y fantasías me trampeaban.

Pero el novio, con iracundia antigua por mí reconocida, tomó del brazo a la novia, se metieron en el auto, partieron y dejaron en mi pituitaria olores pútridos de flores muertas.

Luego del fallecimiento de Nicilina he vuelto a ver al hombre en cuyas cuencas revuelven su dureza dos bolones de azul verdoso y siento espeluznamiento, y oigo: "Cuando sea grande me voy a casar con mi papá", y deduzco que si tal magritud se rellenara de carne, nervios, tendones y demás sustentos que conforman a un humano, el viudo de Nicilina sería nuestro papá, habiéndose cumplido la suprema aspiración inocente, impúdica, incestuosa de la araña.

El papaíto de Cucurucha

No era simpática Cucurucha Schiavini.

Fea, sí, no tanto como para estar soltera a los sesenta.

Profesora de Biología, los alumnos no la querían por su modalidad infantiloide, porque hablaba de papaíto y las cositas ricas que le cocinaba, los paseos en el automóvil que ella conducía a veces, con mucho cuidado y que prefería que condujera el chofer para sentarse en las rodillas de papaíto.

Su parlamento producía sensación auditiva de "da-da-da"; no es que pronunciara "da" pero nunca cerraba la bocaza de labios muy finos de la que escapaban ranitas y sapitos atorados. Su aliento dejaba bastante que desear. O que no desear por alitosis. Flaca, mezquina y envidiosa. Sabía argumentar con simpatía aparente:

—Sara todavía es bonita. No se imaginan lo linda que era de joven...

—Tiene tu misma edad.

—Sí, pero yo represento menos porque siempre fui menudita, no linda como ella pero más graciosa... Fijate que peso igual que a los quince años, y ella ahora parece una muñecota.

—Vos la odiás a Sarita, ¿por qué?

—Estás muy equivocada. Aunque el Tete la prefirió y se casaron, ¿cuánto duraron?, tres años. Y eso no te dice nada...

En el ambiente sabíamos las intrigas telefónicas y las indirectas que Cucurucha tramaba; acaso de no ser por eso la separación nunca hubiera ocurrido.

Volvamos al velatorio de papaíto.

Cucurucha miraba con adoración el contenido de la caja forrada de seda, y yo miraba el reborde verdoso que iba aumentando alrededor de aquel contenido que parecía divertirse.

El contenido sonreía. Papaíto feliz.

—Miren qué sonrisa grandota, está riéndose conmigo, con su nena, ¿no es cierto, papi?

Y papaíto sonreía a cada minuto más y más.

Le aconsejé:

—Mandá cerrar el ataúd; vos sos profesora de Biología y comprenderás a fondo lo que va a ocurrir con "eso".

Saltó furiosa:

—"Eso" es mi padre y vos sos profesora de Filosofía y atea. ¡Todos los de filosofía y psicología son ateos!

Así chillaba la nona vieja de Biología como la motejaban los alumnos.

Me ofendió. La ofendería:

—Fuera de profesora, lo demás es un agravio que me estás infiriendo, al cual respondo con otro: la descomposición de los cadáveres no es amorosa despedida, y el olor que exhalan anuncia algo repugnante.

Vinieron los encargados de levantar y alzar la tapa; Cucurucha impedía la tarea, y los hombres no empujarían a una mujer desesperada.

Ella reincidió:

—Ustedes los filósofos y los psicólogos desconocen la sensibilidad post-mortem del soma que tarda en desprenderse de la psiquis cuando el amor fue, es y será sublime; papaíto siente todavía mi adoración por él como yo siento la suya por mí, ¡es un dios que algo va a decirme!

Los encargados dijeron en coro:

—El tiempo está cumplido.

Y Cucurucha:

—Permítanme pronunciar breves palabras.

Palabras de Cucurucha: "Amado de mi alma, nadie te quiso como tu Cucurucha. Mamá nunca te adoró como tu hijita pequeñita; los celos la carco-

mían cuando yo me :netía en tu cama para que me calentaras los pies.

"Nosotros no la teníamos en cuenta a ella, ¿no es verdad?; tan vulgar, no alcanzó tu nivel ni el mío. Una servil ama de casa. La odié. Comprendí que entraras en ella al solo efecto de que naciera yo, ¿verdad papaíto que no gozaste con esa mujer? Júrele a su Cucurucha que con ella sí gozó el supremo amor que sólo entienden los iniciados".

Cucurucha imaginó una respuesta cuando aquello dislocó: trac-trac.

—¿Qué dijiste, papaíto?

Los encargados del servicio:

—Que el tiempo ya ha pasado.

Salí de ahí sin mirar pero oí exclamaciones.

Comprendí el horror que las causaban.

Al pasar frente a la rotisería El Amor Filial aprecié en la vidriera el queso más simpático y sonriente de los quesos, debido a su madurez. Noté que algo blanduzco latía, nervioso, en los agujeros agrandados cual ojos de vaca.

Sin proponérmelo, canturreaba: "Trac-Trac... trac-trac... Electra".

Las Vélez

El caserón de las Vélez le salió al encuentro aquella tarde de verano, abriendo al camino su portalón de hierro que chirrió cuando ella se animó a empujarlo.

Anduvo Marichú por un senderito enladrillado, invadido por pasto inculto, a cuyos lados las rosas té ponían la nota distinguida y las alegrías de la casa, rojas o ruborosas, batallaban para ganarse una a otra sitio en la barahúnda vegetal.

Devastadas estatuas, imitaciones griegas o romanas, reproducciones muy toscas, y pastorcitas fin de siglo, asomaban torsos y perfiles, capelinas y callados, como para desaparecer en el tembladeral de ramas, hojarasca y brisa.

Por un instante se detuvo.

Observó el exterior de la gran casa que le gustó y disgustó a un mismo tiempo, extraña sensación.

“¿Por qué me persiguen las soledades?”, pensó, notando que ahí nada se definía, y aunque nada la rechazaba, todo le daba asco.

No pudo resolver su oscuro sentimiento de repulsión hacia el lugar vacío en apariencia, donde la naturaleza híbrida y lacia, viscosa y húmeda, la ahuyentaba y atraía.

—¿Qué busca? —preguntó desde adentro una voz cascada.

Avanzó hacia la casona:

—Señorita, ¿necesita sirvienta?

—¿Trae recomendación?

—No.

—Venga.

Así conoció a la mayor de las Vélez.

Aroma de especias pasadas la aturdió.

La señorita estaba acostada en su cama angosta, rodeada de muebles fraileros, y en las maderas se concentraba y guarecía aun más la oscuridad.

—¿Nunca trabajó en otra casa?

—No.

—Che, no hablás, ¿contestás con monosílabos?

La tuteó cuando la vio tan joven.

—Es mi costumbre, señora.

No la tuteó cuando la vio tan vieja.

—Soy señorita, aquí no hay señoras, vení, acercate.

La anciana quería semblantearla.

—¿Me toma, señorita?

—Claro, si no, ¿para qué te iba a tratar?

Chona Vélez era antipática, pero a Marichú no le cayó mal.

Marichú, de origen bohemio, decidió divertirse cuanto pudiera, ganar un poco de dinero y levantar vuelo el día menos pensado; su raza de intemperie, su casta brava, no soportaría mucho tiempo ese jaulón.

Porque a la criatura la perdieron en un alfalfar de verano sus padres zíngaros; en un campo verde de la llanura bonaerense, cosa que ella ignoraba, y siendo nativa del verano, cosa que también ignoraba, se convertiría en alguien introvertido como un sauce, el árbol más callado y silencioso, no obstante ello, llorón aunque sin llanto manifiesto, delicado, húmedo, poeta del bosque, del parque y de las orillas del río, que noche a noche desentierra sus raíces y vaga como alma en pena.

—Sacá las escupideras de abajo de las camas, limpialas bien, que no quede sarro adherido, echales lejía.

Agachada preguntó:

—¿Cuánto me va a pagar?

—No te morirás de hambre aquí, tendrás casa, comida y un peso cuando yo cobre, eso sí, tenés que

hacer los mandados y atender la cocina; ¿cómo te llamás?

—Marichú.

—Yo me llamo Chona, mi sobrina me puso ese sobrenombre, soy la tía Chona.

Sonrió la zíngara imaginando las moneditas que se le pegarían en los dedos luego de los mandados.

Agarró una escupidera repleta hasta el borde:

—¿Dónde la vuelco?

—En el fondo, así engorda la tierra.

Anduvo con sumo cuidado para no salpicarse, derechita como si transportara un sagrario.

Salió al campito del fondo y derramó la porquería en el breñal.

Volvió al dormitorio, hizo lo mismo con el otro cubo:

—Señorita, ¿adónde lavo?

—En la pileta del galponcito que está a la izquierda.

De regreso miró las habitaciones, tanta oscuridad le molestó; luego abriría los postigos para que entrara la luz.

—Ya está, señorita.

—Ahora alcanzame las medias de lana.

Un par de medias que al tacto sintió lábiles como pescados. Chona agarró las medias y ejercitó raro manipuleo de cobijas que cubrían y descubrían sus

flacas piernas, al fin se puso las medias y finalmente cesó el movimiento.

—¿Va a levantarse?

—Tenés que ayudarme, soy medio paralítica. Alcanzame el salto de cama.

(Prenda raída de terciopelo morado.)

Ayudó a vestir a Chona, a bajar del lecho donde había realizado tantos esfuerzos para que ella no le viera los pies.

Luchó con aquel esqueleto medio vivo, medio muerto, híbrido igual que la casa, el jardín y la penumbra.

—Llevame al tocador.

Casi la arrastró hasta el baño enorme y frío, de mayólicas tristísimas con motivos de ánades, bañera de mármol apoyada en cuatro patas de tortuga. Una mesita blanca con objetos de tocador sostenía peines, horquillas, cepillos y desaliño total.

Sentó a Chona en la banqueta, ante la mesita. Vio el inodoro, el lavamanos; era un buen cuarto de baño aunque sin bidet.

—¿Tiene agua caliente?

—¿Para qué? Cuando la necesites calentás agua en la pava.

Salió dejando a Chona acicalándose.

Se puso a espiar por la cerradura porque le interesaba saber la forma de higienizarse sin agua.

Vio que humedecía un algodón con agua colonia y se lo pasaba por la cara y el cogote hasta donde alcanzaba su brazo, luego se peinaba un poco y quitaba la prótesis dental, la remojaba en un chorrito de la canilla, y se la colocaba enseguida en la bocaza. Metía tres dedos en un pote de crema, se embadurnaba, estiraba sus arrugas, pintaba las cejas con crayón negro, pellizcaba las mejillas y se pintaba la jeta hasta el paroxismo.

Cuando la llamó, se sobresaltó y retrasó un poco, para que aquélla creyera que estaba en otra habitación.

—¿Qué, señorita?

—Ayudame, me acostaré de nuevo.

Casi en vilo la llevó a la cama.

—¿Quiere que la desvista?

—Sacame el salto y dame una mañanita, deseo estar linda porque va a llegar mi sobrinita.

Tía Chona empezó a accionar bajo las cobijas y se sacó las medias, Marichú le quitó el salto.

—¿Dónde está la mañanita?

—En ese cajón de la cómoda.

Olor a sésamo ábrete y a manzanas acurrucadas le dio en la cara. Le agradó. Había dos manzanas maduras entre puntillas y sedalinas; Marichú pensó que así deben ser las ropas de los difuntos, y se le hizo agua la boca por las manzanas porque no había comido nada, aunque estaba acostumbrada a ayunar.

—¿Puedo comer una manzana?

—Comete las dos, total Tita ya habrá almorzado.

Le puso la mañanita y se sentó en la alfombra a comer las manzanas.

—Sos sencilla como nosotras, nos vamos a llevar bien… Son las doce y los mandados sin hacer, sacá dos pesos del monedero y andá a la panadería, decile al panadero que trabajás en la casa de las señoritas de Vélez; comprá dos panes y algo de factura.

Marichú gastó menos de dos pesos y se guardó el vuelto.

—¿Qué hago ahora?

—Con un poco de leche que quedó prepará cascarilla, el paquete está en la alacena; poné un platito con rodajas de pan y manteca y otro con factura y todo en la charola de plata con las servilletitas finas, por si Tita quiere picar.

Trajinaban los once años de Marichú en la cocina enorme donde una cocinilla a gota calentaba la leche, había un gran fogón y sobre la mesada, tacitas muy bellas de porcelana de juegos incompletos junto a otros objetos domésticos preciosos traídos de París.

Marichú deletreó las marcas de procedencia en fondos y posaderas, y aquel embeleso estaba medio

limpio, medio sucio, lavado a medias, tal lo que decoraba y hacía los interiores de la casa.

Aroma a cascarilla azucaró el ambiente y se expandió por la casa cual duende mielero, y Marichú navegaba en la leche chocolatada, copetuda, cuya espuma encrespaba la llana superficie apetitosa. No se molestó en lavar a fondo la vajilla, simplemente la dispuso para cuando llegara la sobrina. Observó en la cocina una chapa de fundición que protegía la pared del hogar apagado, y a la derecha vio un fregadero, la ventana que daba al parque le advirtió un brocal que no notó cuando fue a lavar las escupideras; también había un lindo rosal.

Miró de nuevo el interior, el techo de vigas donde las arañas tejían celajes que mecía la brisa, experimentó algo acerca de eso gris, flotante como miasmas de marisma, y abrió el ventiluz, pero el pringue persistió bajo techo colorando la cimera.

La cascarilla estaba lista, metió la cuchara y probó, preguntándose: "¿Cómo será la sobrina?".

Viendo a la tía, dedujo otra caducidad dulce y triste, acibarada y melancólica como un trago de cerveza caliente.

Chirrió la puerta cuando aquélla entró al universo híbrido.

—¿Qué tal? ¿Cómo te fue? ¿Sentiste frío? ¿Tenés hambre?

Oyó Marichú el rebote balbuceante, mustio y reptante.

—Bien... lo más bien... sentí frío... tengo hambre.

"Frío en verano", masculló la muchacha.

Gritó la vieja: "Vamos, chica, llegó mi sobrina".

Tita estaba sentada en la otra camita angosta, se había descalzado y apoyado los pies en la alfombra; las piernas delgadas y pálidas, a través de la sedalina, parecían grisines crudos.

Mordía una puntita de una mecha de su pelo, desteñido como antigua peluca. No se había desprendido del abrigo, lo cual extrañó a Marichú.

Tita suspiró:

—Qué tal...

Dijo la tía:

—Poné todo aquí —señalando sus rodillas apuntaladas bajo el cobertor, y vio tres tacitas, dándose cuenta de que la sierva intentaba compartir con ellas la pitanza.

La chica intuyó que la aceptaban y sirvió a ambas Vélez, sentándose ella sobre la alfombra a sorber su colación.

—Señorita Tita, ¿usted no almorzó?

—Siempre tengo hambre.

Comprobó Marichú durante la merienda servida a la hora del almuerzo que Tita era medio desdentada. Un largo diente superior, algo flojo, trataba de acertar el corazón de la factura ayudado por un canino inferior ya caduco.

Tita charlaba mientras acertaba y erraba el vizcachazo dental.

Devoraron todo.

Marichú exultaba de gozo por vivir en esa casa grande, con gente que no se higienizaba, merendaba en lugar de almorzar y nunca la esquivaban o menospreciaban.

Ahora exploraría los interiores a gusto y placer.

Dijo Tita:

—Mirá, vamos a dormir un poco, cerrá la puerta.

Dijo Chona:

—Mirá, podés ordenar las habitaciones, hacé como mejor te parezca, tené cuidado con las cosas de la biblioteca, no toqués las vitrinas de los trajes de época, a lo más limpiá los vidrios por la parte de afuera, y no vengas hasta que no te llamemos. Ah... comé si tenés hambre.

"¿Trajes de época qué diablo será?", reflexionó la zíngara.

Aunque calentaba su imaginación el tema, empezó por la biblioteca.

Ahí estaban los libros, dos paredes con anaque-

les hasta el techo y algunas bibliotecas pequeñas repletas.

El rincón en ochava... ahí estaban los trajes de época. Tembló porque le parecieron difuntos en cajas verticales o espantapájaros elegantes; cual gata sigilosa se acercó.

Insinuar a Marichú que no hiciera esto o aquello era recomendarle que lo hiciera sin falta, así que giró la llavecita de una caja y la abrió.

Toca la manga del traje de seda, todo voladitos de arriba abajo, un pimpollo añero y delicado; la mano de la gitana es un moscón posado en la vainilla.

Toca el escote, admira el manequin, muñeca que luce tales prendas. Uno por uno acaricia los detalles hasta el ruedo y ahí levanta el pollerón y ve la enagua almidonada, los zapatos de badana con ritmo de ballerina y los calzones hasta la rodilla con sus valencianas.

Se pone de pie, porque estuvo arrodillada, y acaricia los largos guantes del manequin, juega con el collar de amatistas, con los rizos retintos como ala de cuervo de jamás y nunca más.

Cierra la caja con la llavecita y ve el otro relicario que es de un hombre en traje militar cuyo rostro fiero impide abrir la caja y tocar; se limita a mirar desde afuera tanta gallardía.

Ahora descubre a una niñita vestida de azul cielo,

sentadita en su mecedora, entre voladitos, con una canasta de rosas, y recuerda aquella muñeca con la que pudo entablar un diálogo, pero ya no ocurrirá el prodigio porque ella ha crecido o porque la muñeca-niñita es sólo un manequin.

¿Cómo pudo ignorar hasta ese momento la existencia de tanta preciosidad?

Observa su imagen reflejada en un espejo, su miseria sufre la impudicia del atrevimiento, su soledad, su origen incierto, y sale sin hacer ruido, avergonzada de haber incursionado en la habitación de los trajes de época.

Va a la habitación contigua, la del altar con grandes santos, y se persigna ante Santa Teresa, la Virgen del Rosario y la Santa Cruz, manosea los escapularios roñosos por el uso, uno para el pecho, otro para la espalda, de numerosos ausentes que exorcizaron diablos de adelante y de atrás. Limpia con un trapito algunos objetos, sacude el polvo de una imagen. Le gusta esa casa porque la aterroriza.

En la penumbra percibe un crecimiento milagroso, ella de once se ve de veinte años, morena y aguileña, junco tostado, cintura breve y piernas de bailarina.

Y en su imaginación los santos y las santas, los santitos y las santitas, danzan rigodón católico acompasado con tilín-tilín de cuentas y medallones.

Encuentra una escoba en un rincón del retablo y quiere barrer el polvo de tanto olvido. Y allá va, caballera del tosco adminículo que la levanta hasta el techo de oscuras vigas. Marichú viaja, medio cuerpo metido en la penumbra que al espesarse es noche.

La caballera en el sobrevuelo admira cabezales y coronitas de plata, rebozos recoletos, pelo natural, las palmas de la Dolorosa muestran líneas de leer futuro: "Adivínanos la suerte, gitanilla".

Recuerda una historia que le contaron, de Santa Teresa, que se elevaba por los aires arrastrando consigo estera y todo, que el poder le venía de Dios, pero que podía venirle del Diablo.

Ahora volaba ella como la santa de Ávila, aunque en escoba.

Si lo supieran las señoritas Vélez, qué les diría, si ella nada sabía del poder recién descubierto y tan limpiamente ejercido.

Trata de agarrarse a una saliencia de la pared. Nada. Pasa de una habitación a otra, riesgo de darse un cocazo en el dintel. Luego, con alivio, advierte su descenso, deja la escoba y mira recelosa viendo dos lechos adoselados y la fatiga la vence en uno de ellos. Soñó hasta que Chona la llamó.

—Marichú, vamos, ya son las seis.

—Voy, señorita Chona.

Salió al corredor de madera, cuyo barandal las plantas trepadoras cubrían, y llamó a la puerta del dormitorio.

—Entrá.

Recibió un halo rancio de transpiración y pereza, trastrabilló soportando el atropello invisible crecido en el interior de la pieza, casi pudo dibujar el rostro, las garras, el cuerpo del ser monstruoso hecho de nada, de nadie, de acaso, de eso ahí guarecido y liberado cuando ella abrió la puerta.

—Vas al almacén, traé fiambre y una botellita de tinto. Ah, y un sifón.

Agrega Tita:

—Galletitas rellenas y dulce de membrillo, queso, si te dan...

—Traé todo y decile al almacenero que lo anote en la libreta.

Tomó la libreta de tapas negras grasientas, y salió con pena porque no habría vuelto. Dejó a las parientas cada cual en su camita como dos barquitos destartalados en marea turbia.

Llega al almacén y recita el argumento de las patronas.

El hombre estudia la cuenta:

—¿No sabés cuándo la van a achicar? Deciles que está al tope del fiado, que no habrá más hasta que paguen.

Igual le fio.

Piensa Marichú: "Con tantas cosas lindas que hay en la casa y no tienen plata". Pero ella no debe preocuparse por problemas ajenos, y espera no tener otros propios.

Buen lío se le armó cuando la encontraron jugando con don Julio, su padre adoptivo.

Total, ¿qué mal había en ello? Nunca lo entendió, como tampoco el escandalete que armó su gorda madre adoptiva cuando vio que ella cabalgaba sobre el ojijunto marido. Gente escandalosa... Si al señor Stafolaro le agradaba que ella le acariciara las partes, ¿por qué no darle el gusto? Resultaba muy gracioso el salto de resorte de las partes del señor Stafolaro cuando ella le pasaba la manita por encima. Primero no había nada ahí, después algo despertaba y el ojijunto, colorado, resoplaba, y Marichú quedaba admirada de poseer tanto poder en su mano pequeñita. Cuando ella cabalgó la escoba, recordó al hombre-caballo, y ella caballera cazándole el pájaro.

Si las Vélez fueran tan idiotas como aquella gente, adónde iría a parar, ya que cabalgar parecía ser un pecado mortal.

—¿Te dijo algo el chusmón?

Les cuenta todo.

—Que espere a que cobre el gran chusmón.

Cuando trae las vituallas en la charola, las parientas mantienen la misma posición a la romana. Luego tragan, hablan con la boca llena temas inconexos, porque lo único que ansían es saciarse.

—Al almacenero le pagaré ni bien cobre la pensión.

—¿Qué es una pensión, señorita Chona?

—Dinero, chica, el gobierno me otorgó una pensión porque mi padre fue militar y murió en combate.

Se atreve Marichú:

—¿Usted no trabaja, señorita Tita?

Chona salta como araña:

—No, para qué, mientras yo viva la nena no trabajará.

Tita succiona su sexto dedito, una minúscula excrecencia ungulada.

Pregunta Marichú:

—¿Dónde duermo?

—Arriba, chica, en el cuarto de arriba subiendo por la escalerita caracol.

"Me toca el altillo", gruñe adentro la gitana, que ya probó la cama con dosel.

Chona, avisada:

—Todavía no viste tu habitación… ¡es preciosa!

Tita bosteza:

—Ah, sí…

Comprende que ya sobra, que está de más.

Sale al patio y admira las enredaderas con sus corolas azules abiertas, se sienta sobre la hierba y tiembla; tembló así la noche en que la perdieron en un alfalfar; también durante la internación en un instituto de menores después de su cabalgata con el señor Stafolaro.

Ve la escalerita caracol por donde deberá subir para bajar al día siguiente, y así durante toda su vida, y su sangre arisca desvelada increpa su pasividad, la sumisión a la costumbre; allá va, sube, abre, la niña considerada mayor e indecente por haber cabalgado algo más que una escoba. Hay una cama turca, cobijas desparramadas aquí y allá y una bombita desnuda que alumbra la miserable soledad.

Su sangre arisca la impulsa a escapar al hierbal a dormir bajo las estrellas.

Y sueña caravanas de carretas cuyas ruedas dejan huellas por el mundo; con el corazón áspero de una salina porque el viento trae sal oceánica; con relinchos de caballos; sueña sus años escolares porque los Stafolaro, padres adoptivos, la mandaron a estudiar las primeras letras para que escribiera su nombre.

Quiso ser una chica común, igual a las demás, pero advirtió el aislamiento del grupo cuando las

compañeritas se tuteaban y se nombraban con el nombre de pila, y a ella duramente le decían "Stafolaro". ¡Qué no hubiera dado porque la llamaran Marichú!

Le huían y, aunque se bañaba todas las noches, una vez oyó: "Stafolaro tiene olor a chivo", y esa noche lloró y se bañó dos veces.

Repitieron la odiosa comparación y reaccionó con violencia y la expulsaron. Los padres adoptivos la cambiaron de escuela y el tema volvió calcado y cruel.

Hasta las Vélez que nunca se bañaban, discretamente, una al oído de la otra: "Qué raro olor despide".

Abandonó su escolaridad en tercer grado pero le gustaba leer. Aprendió la ciencia-arte de la soledad y fue una herida en el hierbal del universo ajeno; su mundo actual era el suburbio de las Vélez, un anacronismo enquistado en mil novecientos treinta y dos, donde perfeccionó su naturaleza soñadora, su rebeldía nocturna tirada en el pasto sin preocuparse por el olor que le habían asignado.

Aguardaba el campanil de la iglesia cercana que le avisaba que había llegado la hora del desayuno. "Señoritas, abran los ojitos..."

Entonces olisqueaba de nuevo aquel ambiente de marisma; ahí estaba Chona en su camita accionando con las medias bajo el cobertor; Tita dormía boca abajo vestida como si recién llegara.

Susurraba la tía:

—Tita, nena, despertate...

Tita empezaba a menear los extraños músculos o coyunturas de su cuerpo tan largo, tan angosto, de lombriz de tierra con dos brazos cuyas manos se agarraban a la almohada tratando de darse vuelta. A veces pedía auxilio:

—Ayudame Marichú, ¿no ves que no puedo sola?

Marichú la asió por los sobacos y la alzó, pensando que pesaría algo más, y la extrema delgadez de la patroncita la hizo trastabillar, caer con el fardito encima. Rieron las tres por la graciosa situación, mientras las dos gatearon en la alfombra como si buscaran el tesoro escondido.

Se incorporó la gitana, Tita no conseguía hacer pie y parecía un muñequito de base redonda y plomo, tambaleante; subía, bajaba, oscilaba de derecha a izquierda y viceversa, llorando neurótica. Al fin la sierva le hizo upa, una bámbola desarticulada de retablo de títeres, y la depositó en la camita frailera de niña monja, nimiedad oscura y húmeda, porque la sobrina se meaba de noche.

Ahora batían palmas las Vélez, restos de familia venida a menos, y Marichú saltaba.

Aconsejó la tía:

—Tita, tomá todo el café con leche que estás muy delgada, comé dulce, ponelo en la tostada, así... así... —y accionaba con el cuchillo en el aire para que entendiera.

Reparó Chona en que Marichú merendaba en la alfombra:

—Parecés una gitana.

—Tía Chona, ¿por qué insultas a Marichú?

—Me gustaría ser gitana.

Increpó Chona:

—Vamos, si fueras una gitana andarías por el mundo tocando la pandereta.

Como por hechizo la piel de Marichú se tintó de oliva, de aceitunas maduradas al sol.

Dijo Chona:

—Llevate esto y vení para los mandados.

Cuando ya salía, le gritó: "Decile al chusmón que le pagaré dentro de tres días, que no sea tacaño, che".

Iba la zíngara con la bolsita de los mandados, flotando en el encantamiento del decir de la patrona "parecés una gitana"; un poco de brisa menos que tibia le dio en la cara y mientras andaba, el aire otoñecía.

"Che —se quejó el almacenero—, las viejas nunca dan la cara."

Marichú experimentó un sentir distinto en su penita de andarina.

Por Chona profesaba algo de afecto, al menos se movía más que la otra a pesar de su invalidez; escupió asqueada al recordar la fría anguila que puso en pie, "qué asco siempre encamadas, meando en las escupideras o en las sábanas y desparramando todo lo demás".

Dejó la bolsita y agarró la escoba: "Nunca barreré en las habitaciones de los santos".

Barrió hasta el umbral del santoral y le pareció que Santa Teresa la observaba con sorna.

Recapituló: "La primera habitación de los trajes de época, la segunda de la ochava de los santos, la tercera de los lechos con dosel, la cuarta medio vacía"; barrería en la cuarta habitación la basura larga y lánguidamente depositada en rincones de una llanura de seis por cuatro cincuenta. Ahí vive el eco porque Marichú se nombra y desde el techo repiten su nombre la araña y el querubín que trepa una rama de laurel; jugando al eco termina su labor y va a la cocina.

Con tilín-tilín de vidrio y cristal despierta el nido de víboras que bulle. Devoran las tres y de pronto Chona dice:

—Dejemos un poco, hoy es jueves de visita y hay que convidar algo, te aviso Marichú que hoy viene Consuelito Funes y paquetearemos.

Paquetear: con un algodón empapado en agua de colonia inglesa repasan sus cuerpecitos flacos, caña vieja en Chona, nudosa y cansina en Tita, un paquete grande de algodón no les basta.

Cuántos frascos de perfume y de colonia en el ropero; Marichú admira la bonitura de las botellas y botellitas alineadas de mayor a menor; hay allí la *corbeille fleurie* para lavarse el pelo mecha a mecha, y darle al cuero cabelludo con el pañuelo de sedalina, hay espíritu de violetas en sus potiches de Sevres, de París, algunos ya vacíos de adorno.

Ahora trae la mañanita limpia de Chona, la pollera plisada, la blusa de encajes, los zapatos de cabritilla, todo en blanco, para Tita.

Dice la tía a la sobrinita:

—Ponete ahí, a media luz para estar más seductora, ahí, ahí... Marichú entornará un poco el postigo.

Suspira Tita:

—Cuando llegue Consuelito ya no habrá sol.

Acota Chona:

—Por si acaso, a ver, fruncí la boquita, así... así...; qué boquita de Jumeau de porcelana.

Frunce Tita el riñón que tiene por jeta. Grita Chona: "Marichú, cuando llegue Consuelito prepará la bandeja de plata con pedacitos de pan tostado, el que sobró, ¿sabés?, si quedó alguna feta de jamón hacé lo mismo y lavá bien el mate y la bombilla".

Al anochecer apareció Consuelito Funes y entró derechita a la habitación.

—No quiero que me vean la traza culera para que no me cuereen, así que cuando me vaya lo haré reculando.

—Consuelito, faltaba más, cuando se es bien nacido la ropa no importa —dijo Chona ofreciendo un lugar en su camita a la amiga, mojón de trapos que se agazapó en el sitio.

—¿Cómo están las cosas por acá?

—Viento en popa, che.

—Tita siempre tan calladita…

"Ah", suspiró ésta, insistiendo Consuelo:

—¿Y cómo andan los pretendientes? ¿Tenés novio? Contá.

Chona salta:

—Tita no anda en esas pavadas; además, aquí no hay nadie digno de ella, puro chusmón es lo que hay, o peor todavía, gringos pata sucia; mejor está solterita mi nena. ¿Qué querés tomar?

—Mate, mate que Dios perdona.

Entre mate y mate se les calienta el piso a las comadronas, y como son sanjuaninas, hablan del valle, del terremoto, del viento y las vides, de la muerte y la resurrección. Hablan de ausencias y añoranzas

y se ennoblecen las momias dibujando soterrados perfiles sepultos como ellas mismas, cuyanas erradicadas, habitantes de una ciudad bonaerense que no les conoce un gran pasado noble, histórico. Ahora son apenitas unos chuchos feos, humos de cigarro que fuma Consuelo, anécdotas, leyendas contadas cien veces y que se caen de la lengua solas, idénticas, siempre idénticas.

—Quién iba a vaticinarnos, querida Chona, que pararíamos en esta indigencia...

—Vamos, Consuelito, tan bajo no estamos, nos defendemos con la pensión graciable.

—A mí me alcanza para tabaco, vicio de vieja, y un poco de hígado que le tiro al gato.

—A nosotras nos rinde bastante, para lujo, no, pero vivimos.

—¿Por qué no permitís que trabaje Tita? Le haría bien salir un poco.

—Mientras yo viva no trabajará; moriré primero porque es la ley de la vida, pero tengo todo pensado, todo está a nombre de ella... Los depósitos de la Caja de Ahorros también. Ella no quedará desamparada.

—Insisto en que debería emplearse en la Administración, conocería muchachos...

Interrumpe Chona:

—Y vos, ¿por qué no te casaste?

—Un amor imposible...

—Sos romanticona.

Marichú ceba muchos mates amargos, con una pizca de azúcar para Tita.

—¿Te acordás, nena, cómo te gustaban los cuentos de San Juan?

—Y me asustaban, Consuelito, me asustaban...

Mientras las viejas reanudan la charla, Tita memoriza aquellos cuentos y los siguientes temores nocturnos que la obligan a cubrirse hasta la cabeza con la sábana. Consuelo Funes adobó el subconsciente de la boba, que esperaba la hora de ir a la cama con ansias de protección y evasión, tal vez por eso dormía tanto, acaso huía de sus vigilias vacías y del sometimiento de Chona.

—Consuelito, el cuento del Arriero Petrificado no me asustaba, los otros sí.

Así se expresa Tita, de cuarenta años, hija de primos, porque en la familia Vélez se ha procedido y se procede copando familiarmente cualquier problema o circunstancia. Es el clan.

Juega con el fantasma del arriero congelado en una cueva cordillerana, parado y envuelto en el poncho, y con el fantasma del abuelo de Consuelito, arriero también, en medio de la espantosa ventisca, cuando toca el hombro del congelado que se rompe en pedazos, igual que la muñeca que hace tanto se le

resbaló de las manos, dejándola con el temblor que nadie nunca pudo curarle.

Tita dice a Consuelo:

—Me dan miedo los Caballeros de la Casa de los Tres Cuervos.

Y Chona:

—A mí también, pero más me asusta hablar de empleos y matrimonios.

Repinta Consuelo un paisaje de junio en San Juan; la cordillera de los Andes es un carámbano monstruoso, blanco, azul, negro, de acuerdo al reverbero lunar. Los valles empenachados de fumatas encaraman casitas hundidas, abiertas al solitario, al errante, al difunto para que halle paz.

Este caballero ha fallecido en un lugar muy distante, manos piadosas lo han atado a su recado para que el caballo lo devuelva al hogar. La paisanada del valle dará comida y agua al animal en cada parada, "arre", y allá va derechito como ser viviente por cerros, quebradas y riachos, por caminos accidentados, sobre la bestia que será alimentada y protegida por transportar a su amo.

A medida que pasan los días o los meses, el cabalgante suma cuervos sobre, delante y atrás, ganando él compañía y los cuervos pitanza.

La casita de los Funes será la última estación del caballito y del esqueleto pelado, con un cuervo so-

bre, otro adelante y otro detrás, porque ha llegado a la Parada de los Tres Cuervos.

Los Funes darán de comer y beber al animal, y el cristiano desnudo de cualquier atavío, hueso y alma benditos, llegará al hogar donde lo descabalgarán espantando a las aves.

Tita ha despertado llorando, ha pasado a la camita de Chona gritando "los cuervos, los cuervos"; la otra susurró "no tengas miedo mi amor, aquí está tiíta para defenderte, ya se van, fuera pajarracos", y el resto de la noche será un abrazo anudado y prensil de besos, besitos, de arrumacos, en el fragor de una historia natal y folclórica.

—¿Te acordás del Lobizón Contagioso?

Despectiva, acota Consuelo:

—Ése no es sanjuanino, el Lobizón Contagioso es sólo entrerriano, nosotros tenemos el Viborón, y no es cuento.

Chupan las viejas mate amargo con una pizca de azúcar para Tita, en la noche bosteza Marichú sentada en la alfombra, ahora que le han dicho "gracias".

Pregunta Chona:

—¿Cómo era lo del Viborón?

Suplica Tita:

—Contalo...

Scherezada rural, repinta luego de liar un pitillo, la escena del desierto donde el señor de a caballo

trae un bultito berreante como corderito guacho, su hijito envuelto y fajado a la moda de entonces, como matambre.

Se ve que el señor es alguien ricachón por el chapeado de pura plata; bajo su enancada pena alienta la esperanza de llegar con vida al rancho de doña Belén, ama de cría cuyos pechos generosos han nutrido a medio pueblo, y hasta en Chile le reconocen méritos.

Descabalga el pálido señor tan de prisa que la doña apenitas si baraja el bultito llorón, ella conoce al patrón pudiente, saluda respetuosa, y prende a la teta el cogollo que chupa con tal fruición que quita el respiro a la gran ama. La pobre siente que algo más que leche le está sorbiendo el crío, y llama al marido: "Santos, sacame el niño que me muero".

El marido trata de desprender al glotón del pezón que chorrea sangre, y al comprobar que Belén está blanca de muerte, arroja agua de un jarro a la carita de manzana pinta. Ahora ya lo tiene en sus brazos y empieza a quitarle la capita, las fajas y otras ropitas usadas en aquellos tiempos para proteger el esqueleto de los bebés de posibles deformaciones óseas.

Quita la última faja, y no libera un cuerpecito infantil, libera al Viborón Sanjuanino que a coletazos y saltos huye del valle, asustando a las ovejas y a las cabras.

Aplaude la audiencia espeluznada. Ahora habrá arrumacos y besos.

Empieza el otoño y justo es relatar la historia de Marichú, a quien perdieron en un alfalfar, un día de mil novecientos veinticuatro, en verde campo vecino al mar, aún solariego, de otro modo la niña hubiera muerto.

La noche enfrió el cuerpecito de dos años de vida, que se arrastró hasta la orilla del mar de hierbas arañándose en el zarzal, y así arrancó sus primeros cachitos de carne en el espinario. Insistía en hallar la huella del carromato de sus padres gitanos; el último contacto con ellos fue el de las manos que la depositaron dentro de un canasto que colgaba entre las ruedas del carro.

Gitanos canasteros y tejedores creen en el poder del mimbre para proteger a sus crías, además para los gitanos es más fácil fabricar hijos que canastos, así transportan su obra manual dentro de los carros, y entregan a los chiquitines al azar, nunca a los mayorcitos que ayudan en el trabajo.

Venían desde el corazón del mundo, de Yugoslavia, y llegaron a Mar del Plata donde resolvieron tejer alfombras, idea inspirada en las cerdas de unas colas.

¡Qué cerdas! De caballos de raza para exposición e hipódromo de una estancia, cuyas tonalidades irisaban desde el rojo al naranjo... ¡Qué alfombras para el sueño de los pasos muelles! Desvelados por las colas, resolvieron, ¿qué de malo habría si los cabañeros vendían los equinos sin ellas, a los hipódromos de San Isidro, Palermo y La Plata?

Una mañana el patrón descubrió su caballada rabona, sacudiendo plumeritos, los culitos avergonzados al aire. Nadie oyó nada porque no hay como los gitanos para serenar caballos de raza en la alta noche. Los caballos de los Peralta se enamoraron del acento montenegrino, cuando el verano chillaba en las cigarras y ya el otoño ponía ámbar en las cosas.

Así fue.

Divagó la caricia bohemia hasta la grupa y de ahí al cogote, descendió trémula hasta el nacimiento de la cola donde aguardaba la tuzadora, y las víboras de satén cayeron al canasto, pesadas, lustrosas; cuando el potro, tensa arquitectura, se disponía a relinchar, susurraba el ladrón, en la oreja, silvestre filomela, y ya estaban en paz. En el campamento lavan las fibras, durante toda la noche tejen urdimbre casi sonora, en rojo, en caoba, amarillo y rosa, que los dedos morenos tienden, pulsan cual cuerdas de laúd y guitarra de cante jondo.

El señorón de la tribu funciona de pensador; bajo su sombrero impertérrito, aconseja: "Mejor nos va-

mos mañana al amanecer". Parten de improviso y a Marichú la pierden en el alfalfar. Don Peralta buscando a los zíngaros, la encontró.

Dijo la esposa:

—¿Para qué la trajiste, no ves que es gitana? A ver si nos ocurre lo de *Cumbres borrascosas*...

—No seas infeliz, es una chica igual a cualquier otra.

En realidad la recogió para que volvieran por ella y masacrarlos.

La señora Peralta se la regaló a la señora Stafolaro, quien se integraba en matrimonio con el ya presentado ojijunto don Julio, el del resorte en la bragueta, y la adoptaron.

Sara de Stafolaro andaba con la menopausia agravada por la muerte de una hijita, de modo que pasaba sus días inventando maravillas compensatorias, desde postres y licores, hasta aparecidos y fantasmas, y aseguró que Marichú conversó con la muñeca que fuera de su niña, diálogos extraordinarios comprobados por las amigotas de la casa. Marichú se sentía poderosa por poseer la facultad, fuera de serie, de hacer hablar a la muñeca con la voz de la finadita, además de conseguir que despertara aquello tan saltarín en el bajo vientre de su padre adoptivo; lo primero fue lo único bueno que ocurrió y por lo segundo fue a parar a un institu-

to de menores, acusada de perversidad por su madre adoptiva, pero en un descuido de los guardias, fugó.

Noche en la casona de las Vélez donde Consuelito Funes decidió quedarse porque entre cuento y cuento casi hizo la madrugada. Dormirá en la habitación tercera de los lechos adoselados. Chona ha programado arrumacos con su nena, porque el Viborón anda reptando por las piezas, "por ahí, por ahí".

Marichú ha trepado su escalerita.

El interior frailero de Chona-Tita es todo un susurro bisbiseante de terneza y besuqueo, de trac-trac de cabalgadura, y el elástico de la camita de tiíia soporta el sobrepeso de la yegua vieja con la amazona tan sutil enancada, o la potranca bajo la anciana *écuyère*; se duermen cuando amanece el aura fría como palma de mano de difunto. Gime Chona: "Bajate, Tita, tengo las piernas acalambradas"; penumbra en el dormitorio de las amantes, afuera el día es pleno.

Consuelo hará el gasto de la jornada ofreciendo de su peculio, desayuno y merienda, y allá va Marichú por las vituallas.

Exclama Chona:

—¡Qué delicadeza de atención, Consuelito!

Y Tita:

—Después de este desayuno no tendré ganas de comer con Chichí.

Deberá arreglarse para cobrar la pensión de la tía y verse con su amiga, se despereza estirándose como lombriz, baja de la camita y se dirige al baño dejando al andar huella húmeda y viscosa.

Tita es inocente en toda la extensión de la inocencia, su desgarbo, su deficiencia intelectual, lo asqueroso que deslíe, la indujeron a aislarse ante el evidente desprecio de los demás, de ahí que no tuvo oportunidad de ejercitar su juicio, de comparar, elegir, y diferenciar el bien del mal.

En el espejo observa su carita afilada, la narizota camote pegada entre los ojillos mínimos, la boquita demasiado semejante a un riñón de ternero. Se enoja y desenoja pensando en Chichí, y se lava de acuerdo a los cánones de la tía a la que oye "ponete el tapadito que va a refrescar".

Cumple todas las diligencias mecánicamente, exactamente, sin zafar un milímetro del margen aprendido. Luego, en pose ritual, entra al restaurante donde la aguarda Chichí y donde el mecanismo de pagar es suyo. La amiga se aprovecha.

Invita a la amiga:

—Chichí, ¿vamos al cine?

—No tengo plata, Tita.

—Pago yo que tengo mucha plata.

En el cine la mano de Tita busca la de Chichí:

—¿Después qué hacemos?

—Callate, cochina, ya sabés...

Chichí soporta una vez más las andanadas amorosas de Tita, saca ventajas y alimenta la idea de vivir a costa de la imbeciloide.

—¿Por qué no te venís a vivir conmigo?

—Con tía Chona ya no me gusta hacer cositas ricas; con vos, sí.

En la casona las sanjuaninas siguen charlando.

—Marichú, hoy almorzarás en la cocina, Consuelito y yo hablaremos en privado.

Dice Consuelo:

—Me imagino de qué querés hablar.

—Del secreto de familia que ha empezado a preocuparme.

—De esos casos hay muchos.

—Me refiero al caso del tío Augusto.

—Ya sé a qué te referís. Hay peores.

Reedita Chona un cielo del valle sanjuanino al que la cordillera rodea, aúna, aprieta en redondo abrazo de enero en la segunda mitad del siglo diecinueve, y el mismo efecto rodea, aúna y aprieta

apasionadamente a las adolescentes de la hacienda, madre y dos tías de Chona, en edad de merecer.

El viento arremolina y arrecia en el Carrascal. Las jovencitas adormecidas, sueñan.

Dice Chona:

—Mamita me contó que habían chupado de las canillas de las bordelesas, pancita arriba, en la bodega.

—Qué mamusa, che...

—Consuelito, no digas guasadas.

—A mí también me gusta chupar pero ya ves lo que les sucedió a las muchachitas. Les sucedió que el tío Augusto, hermano de aquellas hermanitas del verano, brioso de vino y loco de zonda, las poseyó y embarazó, brotando del monstruoso connubio Chona y sus primos.

—Te das cuenta, Consuelito, soy hija de hermanos, y lo peor ocurrió después, cuando mi hermana, la madre de Tita, se casó con uno de nuestros primos.

—Qué matete, che, qué matete.

—Otra vez tus guasadas, Consuelito, ¿sabés que Tita tiene seis dedos en cada pie y uno chiquitito con uñita en la mano derecha?

—Castigo de Dios no será, porque la chica no es culpable del vicio ajeno.

—Y mis pies, miralos Consuelito, ya no me sirven para caminar.

Chona alza hasta los ojos de la amiga, pata de ave de rapiña.

—Vos te has deformado los pies calzando el treinta y cinco, cuando tu número por lo menos será treinta y siete; te has hecho las patas a la miseria como las mujeres de la China.

—Siempre fueron así, Consuelo, pero antes me servían.

Consuelo calla porque no desea discutir, además es tarde para ambas, mujeres del interior venidas a menos desde los valles alucinados y alucinantes a esta llanura calva de cumbres, lisa mollera de cóndor.

Tita resuelve quedarse con Chichí, vivirá en la piecita que alquila la amiga cerca del hipódromo.

—Y bueno... me quedo con vos y salgo con chicos de noche para ganar plata para vos.

—Vos tenés mucha porque tu tía puso todo a tu nombre, pero un poco más...

Se va Consuelo cansada de cargar cruces ajenas, que ya tiene bastantes, y sabe que es la última vez que visita a las Vélez.

Marichú adivina con su natural bohemio proclive a vaticinios que otra ausencia se insinúa, y cuando

el péndulo del reloj marca las doce de la noche, dice a Chona:

—La señorita Tita ya no volverá.

La tía se endereza como un lagarto helado:

—¿Por qué lo decís?

Tita es una ausencia que dura dos semanas.

Con desmesurado esfuerzo Chona ata sus lábiles medias una a la otra, se las anuda alrededor del cuello, con desmesurado esfuerzo, aún mayor, trepa a una silla, pasa un extremo de la futura horca por la viga del techo, patea la silla, y saca la lengua larga y azulenca al mundo entero.

Piensa Marichú cómo lo habrá hecho, mientras mete lo mejor que puede la lengua azul de su patrona en la bocaza, luego de descolgarla.

La vestirá para que paquetee, con un vestido de sedalina con olor a manzanas acurrucadas parecidas a las que comió al llegar a la casa. Ve los pies de su ama y hace cuernos porque entiende que algo diabólico escondía Chona bajo las cobijas, la peina, le pinta los sumidos labios y las mejillas, y le hace upa como una vez a Tita. Allá va con su carga a la habitación de los trajes de época, desocupa una de las cajas verticales —la del guerrero no, porque le espanta tanta fiereza—, deposita en la caja vacía a Chona

que se escurre como arenque y vara de pronto pues comenzó su rigor mortis.

Se dice: "Ya está, quedó bastante bonita".

Cierra el relicario con la llave, y sin mirar a los santos de la habitación del vuelo, sale al campo, al senderito enladrillado invadido por el pastizal, a cuyos lados las rosas té ya se han amustiado porque llegó el otoño.

Índice

El marido de mi madrastra

Hadas, brujas y señoritas

"Quizá tras aquel manuscrito se escondía César Aira camuflado de loca *faulkneriana*", arriesgaba Enrique Vila-Matas al hablar del proceso que llevó a *Las primas*, de Aurora Venturini, a triunfar por sobre seiscientos originales en el Premio Página/12 de Novela, certamen que buscaba "una narración osada, innovadora y joven". Venturini tenía ochenta y cinco años cuando ganó el premio, pero era y sigue siendo la más osada, la más innovadora, la más joven narradora argentina.

Cinco años después de aquella revelación, Venturini renueva sus lauros con esta espléndida, vidriosa colección de cuentos, dividida en dos y fundida en una única manera de entender la literatura y la vida: como una sucesión de sombras, que a veces son fantasmas y otras amenazas, interrumpida muy brevemente por parpadeos de una luminosidad que lastima. O como sostiene la propia autora: "Lo real, objetivo, visto, oído, palpado, husmeado, posee apriontes extraordinarios que penetran imaginación y razón pura del escritor. Nadie crea algo absolutamente original. Cualquier aparente subjetividad arranca de la patética e incorruptible realidad. Fija, impenetrable; todo ya ha sido puesto en el universo temible, impreciso".

www.editorialmondadori.com
www.megustaleer.com.ar

